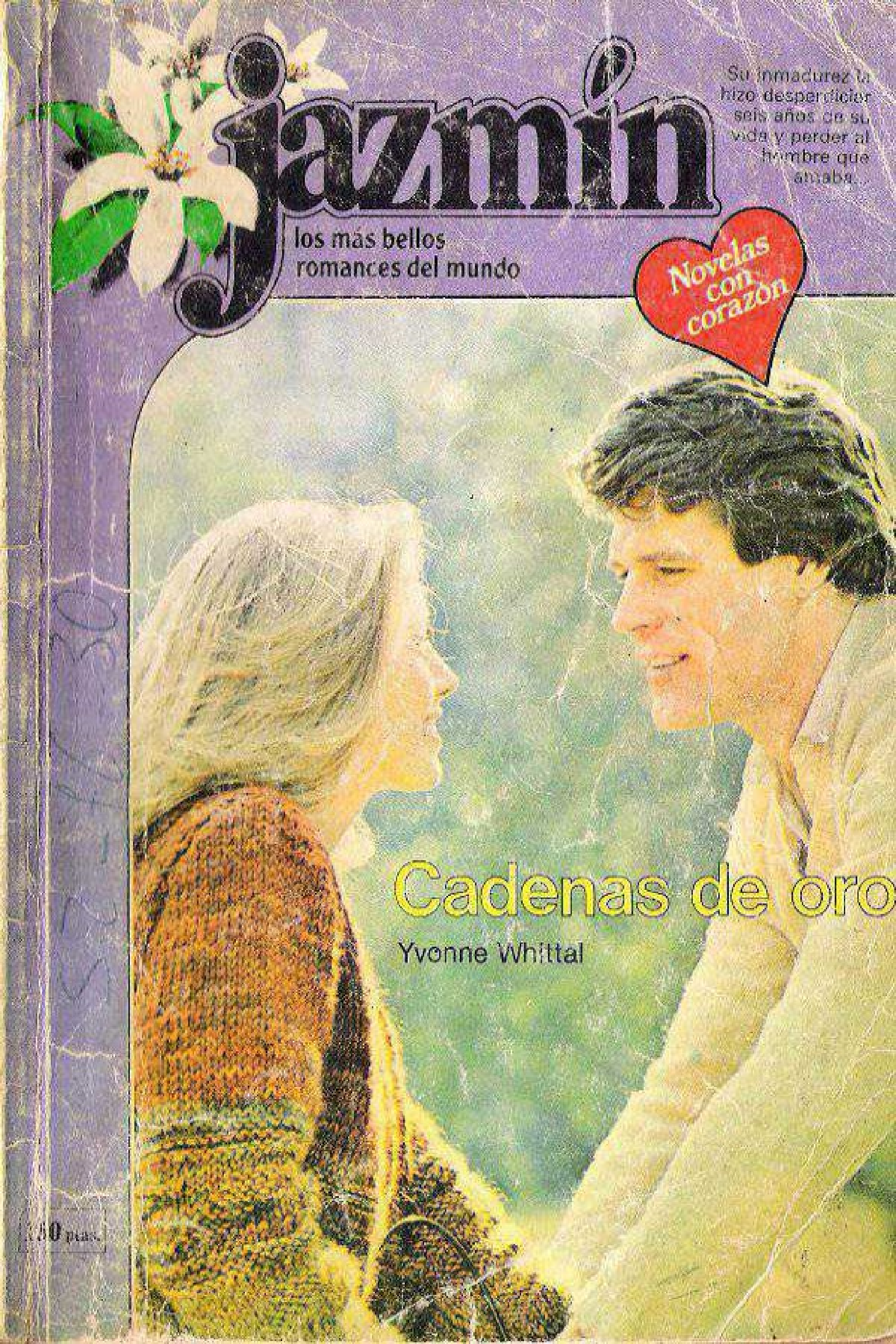

jazmín
los más bellos
romances del mundo
Su inmadurez la
hizo desperdiciar
seis años de su
vida y perder al
hombre que
amaba...
Novelas
con
corazón
Cadenas de oro
Yvonne Whittal

Cadenas de oro

Yvonne Whittal



Cadenas de oro (1984)
Título Original: Chains of gold (1983)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 271
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Greg Delaney y Susan «Sue» Delaney

Argumento:

Susan no deseaba volver a ver a Greg Delaney. La pasión que había existido entre ellos cuando eran adolescentes había terminado. El hombre del que se había enamorado era un extraño.

Cuando seis años más tarde, por razones de trabajo, Greg vuelve a formar parte de su mundo, ella le dice que ya no se puede revivir el pasado. A pesar de que Susan todavía lo amaba, no dudó en buscar protección en los brazos de otro hombre.

Su inmadurez la hizo desperdiciar seis años de su vida y perder al hombre que amaba…

Capítulo 1

Susan Brenner suspiró con alivio al dejar atrás Johannesburgo, y pisó el acelerador de su Audi.
Esa noche llegaría más tarde de lo normal a casa, pero no había tenido más remedio que permanecer en la ciudad una hora más de lo acostumbrado. El señor de la agencia la había llevado a ver varios apartamentos, pero ninguno de ellos se ajustaba a lo que quería. Buscaba algo que se ajustara a su presupuesto y mientras tanto, estaba viviendo con sus padres en su amplia casa en las afueras de la mina de oro Western Ridges.
Su padre había trabajado en todo lo relacionado con las minas durante tantos años que Susan estaba segura de que tenía polvo de oro en las venas en lugar de sangre. A Richard Brenner le habían enviado a Western Ridges como director general hacía ocho años, cuando se rumoreaba que cerrarían pronto la mina, pero los conocimientos de su padre activaron el mercado de valores y las acciones de Western Ridges subieron más que nunca. Marge, la madre de Susan, confiaba en que pronto trasladarían de nuevo a su esposo a su cómodo trabajo en la ciudad, en la oficina principal de la mina, pero los directores le dieron tanto valor a Richard que le dejaron allí permanentemente, y Marge tuvo que renunciar a sus esperanzas de abandonar alguna vez el pequeño pueblo minero.
Susan sonrió con cinismo. Ella casi nunca estaba de acuerdo con sus padres, y su posición elevada en la comunidad minera de Western Ridges, fue algo que siempre le irritó. Sus padres esperaban que se comportara como la hija de un director general, pero ella siempre estaba dispuesta a hacer lo contrario de lo que ellos querían.
El guardia de seguridad reconoció su coche cuando se acercaba a la entrada de la zona de la mina y en seguida subió la barrera. La saludó al pasar, un honor conferido solo a los funcionarios de la mina y sus familiares. La casa del director general se encontraba un poco apartada, era de dos pisos, y estaba situada detrás de altos árboles y plantas. Había mucho terreno a su alrededor y Marge Brenner, como la primera dama de Western Ridges, había organizado innumerables festivales bajo la sombra de aquellos árboles.
Susan frunció el ceño al ver que no estaba el coche de su padre. El que llegara tarde podía significar cualquier cosa, desde una explosión, hasta un pequeño desastre en la oficina, y a ella, las circunstancias peligrosas bajo las que trabajaban, los mineros siempre la habían asustado. En una ocasión vio los resultados de una explosión y pedía que nunca más tuviera que presenciar otra.
Marge Brenner recibió a Susan en el vestíbulo. Tenía cuarenta y cinco años, y era de baja estatura y delgada. Susan había heredado el color claro de su cabello.
—¿Dónde está papá? —le preguntó, sintiendo, que el miedo la invadía.
—Ha tenido que quedarse un rato más en la oficina, pero llegará pronto.
—Al no ver su coche, pensé que había sucedido algo.
—Ha ocurrido algo —confirmó Marge, y Susan tuvo una premonición—. Greg ha regresado.
¡Greg! Después de todos esos años su nombre aún tenía la propiedad de perturbarla intensamente, pero exteriormente, aparentó calma al contemplar a su madre.
—¿Cuándo?
—Ha llegado esta tarde.
—¿Para qué necesitarán los servicios de un geólogo?
—Tu padre ha sido muy reservado sobre todo este asunto y lo único que ha dejado escapar durante la comida de hoy ha sido que la oficina central había enviado aquí a Greg?
—¿Cuánto tiempo se quedará?
—No lo sé. Quizá Richard nos pueda contar más cuando llegue a casa.
Era extraño pensar en Greg Delaney de regresó a Western Ridges después de tantos años, aún más el que volviera como un geólogo experimentado.
Susan le apartó de su mente cuando se dio cuenta de que su madre la observaba con curiosidad y, dirigiéndose hacia la escalera, le dijo:
—Subiré a cambiarme para la cena.
—¿Has visto algún apartamento que te haya gustado?—le preguntó Marge.
—Me temo, que todavía no —le contestó Susan mientras subía las escaleras.
Se entretuvo preparando el agua para el baño y quitándose las horquillas del cabello, pero no pudo evitar que sus pensamientos regresaran al pasado. En aquella época tenía dieciocho años, acababa de salir del colegio cuando trasladaron a sus padres de la ciudad a la mina. Le habían molestado las complicaciones y el protocolo a que tuvieron que adaptarse debido a la posición de su padre y manifestó sus sentimientos con claridad. En lugar de estrechar sus relaciones con el joven que sus padres habían elegido para ella, prefirió a Greg Delaney.
Greg era un inconformista. A los, veintitrés años dejó la universidad para convertirse en auxiliar en la mina, y en sus ratos libres conducía una motocicleta a gran velocidad. Susan le conoció una tarde, cuando fue a dar un paseo por el parque para calmarse después de haber tenido una discusión con sus padres. Se dirigió hacia ella a gran velocidad, la asustó, pero Susan no pudo escapar. Sentado a horcajadas sobre su Kawasaki dio vueltas alrededor de ella y todo lo que vio de su rostro bajo el casco de seguridad negro fueron aquellos ojos con expresión de burla. Cuando al fin se detuvo a su lado y apagó el motor fue su risa la que le llamó la atención, y su enfado desapareció.
Susan recordaba todos los detalles de aquel encuentro como si hubiera sido el día anterior. Él se quitó el casco de seguridad y Susan contempló su cabello oscuro. Su nariz era recta, pero fueron los ojos los que le llamaron la atención. El joven la observó detenidamente y la hizo sentirse avergonzada.
—Usted es Susan Brenner —le había dicho—. Soy Greg Delaney.
—He oído hablar de usted —dijo mientras le veía descender de la Kawasaki—. Mi padre ha recibido varias cartas solicitándole que le expulsen del pueblo.
—¿En serio?
Así comenzó todo, y ella pronto descubrió por qué Greg era tan rebelde. Su padre era capataz de la mina, un hombre estricto, que no permitía libertades, y esperaba que sus hijos siguieran sus pasos. James, el mayor, lo hizo y tenía el carácter ejemplar que había deseado su padre, pero Greg estaba decidido a tener su propia personalidad. En aquella época, Susan estaba convencida de que su terquedad era lo que le había hecho dejar los estudios de geología para trabajar en el laboratorio y no dudaba de que había comprado la Kawasaki para molestar a sus padres, al igual que les molestaba con su comportamiento, salvaje, temerario e inconformista.
Cuando Susan supo todo eso, Greg le empezó a interesar. Hablaban el mismo idioma, y con gran desagrado par sus padres, su amistad pronto se convirtió en algo que pensó, que iba a durar siempre. Pero el matrimonio estaba fuera de los planes de Greg, hasta que se dio cuenta de que no podría tener a Susan de otra forma.
Richard y Marge Brenner se llevaron una sorpresa cuando Greg fue a verles una noche y les expresó su deseo de casarse con su única hija, y al instante se negaron.
—En ese caso viviremos juntos —les amenazó Susan, y eso horrorizó a sus padres al extremo de que al fin cedieron.
Se casaron tres semanas más tarde, sin embargo su matrimonio duró menos de un año.
Los problemas comenzaron cuando una explosión en la mina, destruyó la sección treinta y tres matando a dos grupos de hombres que estaban cambiando de turnos. James Delaney fue uno de los muertos, y su muerte afectó a Greg de una forma extraña. Los acongojados Delaney buscaron consolarse en Greg y él los reconfortó, pero en ese proceso se volvió intranquilo y malhumorado. Vendió la Kawasaki para cambiarla por un Alfa y el pelo que casi le llegaba a los hombros se lo cortó. Cambió su forma de vestir, y Richard y Marge Brenner se sintieron encantados con la nueva imagen de su yerno. La noticia de que pensaba terminar sus estudios sorprendió a Susan y tuvieron una serie de discusiones. Ella se volvió cínica cuando se dio cuenta de que había perdido al hombre del que se había enamorado con locura y comenzó a burlarse de su nueva apariencia.
De repente, sus padres le aceptaban por completo, ellos, que eran tan conscientes de la posición social y por esa razón ella llegó a despreciarle.
Su divorcio fue rápido, y para recuperarse del sufrimiento se dedicó con entusiasmo a su trabajo y pronto consiguió una elevada posición en la compañía y su matrimonio con Greg se convirtió en algo que ella mantenía en el pasado.
Dos años después de la muerte de su hijo, los Delaney se fueron a vivir a una pequeña propiedad que compraron en Transvaal. Ellos cortaron lo que Susan había esperado fuera el último vínculo con Greg, pero ahora, por alguna sutileza del destino él regresaba de nuevo a su vida y eso la inquietaba.
Apartando estos pensamientos, se dio un baño rápido y se puso un vestido de tirantes. Al mirarse en el espejo mientras se hacía un moño, se dio cuenta de que sus ojos reflejaban preocupación. Se dijo a sí misma que no tenía nada que temer. Greg ya no significaba nada para ella y además de eso, estaba Trevor Wylie que llevaba dos años tratando de convencerla para que se casara con él. Le agradaba Trevor, era un buen acompañante, pero no le amaba lo suficiente. Él era paciente y comprensivo, y quizá ella no fuera justa con él, pero no se atrevía a casarse de nuevo para descubrir más tarde que había cometido un terrible error. Su matrimonio con Greg había sido una unión apasionada, pero el fuego disminuyó y luego desapareció junto con la imagen del hombre de quien se había enamorado. Si ambos no hubieran sido tan obstinados quizá hubiesen conseguido que las cosas funcionaran pero no fue así, y al final la única forma de comunicación que existía entre ellos era gritarse insultos el uno al otro.
El motor de un coche interrumpió sus agitados pensamientos, y bajó por la escalera con temor por si se encontraba con Greg, pero en la sala además de su madre no había otra persona más que su padre.
Alto, moreno, de constitución fuerte y ojos azules, Richard Brenner miró a Susan a los ojos mientras le ofrecía un vaso de vino.
—Creo que tu madre te ha dicho que Greg ha regresado.
—Sí, ya me lo ha comunicado, pero no me ha explicado por qué —Susan se sentó en el sofá al lado de su madre mientras su padre lo hacía en su sillón favorito, y después le preguntó—: ¿Qué hace aquí?
—No te lo puedo decir hasta que me lo autorice la oficina central.
—Oh, vamos papá, somos tu familia. ¿No puedes contarnos lo que ocurre?
—Lo siento. Es una información secreta y así permanecerá hasta que me autoricen.
Marge miró a Susan sonriendo.
—Ya deberías saber, querida, que no conseguiremos que nos lo diga, así que mejor te bebes el vino y nos vamos a cenar antes de que se enfríe la comida.
Esa noche el ambiente en la mesa era tenso y Susan sospechó que, al menos por una vez, todos estaban pensando en lo mismo. ¡Greg Delaney! No se explicaba por qué había vuelto.
—¿Qué te parece ver otra vez a Greg? —su padre rompió el silencio cuando Marge ya había servido el café y se había sentado de nuevo.
—¿Tendré que verle?
—Le he invitado a que venga a cenar el viernes por la noche, junto con algunos de los funcionarios de la mina y sus esposas.
—Ésta es la primera noticia que tengo de ello —se quejó Marge.
—No hace falta que prepares nada especial, querida —expresó Richard con una ligera nota de irritación en la voz—. Una comida sencilla con unos aperitivos por delante, será suficiente.
—¿Cuántas personas vendrán?
—Unas veinte —contestó Richard en tono vago, y después miró a su hija—. Tú estarás aquí, ¿no es así?
—Puede. A menos que tenga algo más interesante qué hacer.
—Algún día tendrás que verle, querida, así que mejor que sea cuanto antes —comentó su madre.
—Sabes —comenzó a decirle pensativo su padre antes de que Susan pudiera decir nada—. Nunca pude comprender por qué decidisteis divorciaros.
Susan le sonrió burlona.
—Simplemente no éramos compatibles, y no olvides que mamá y tú en un principio os opusisteis a nuestro matrimonio.
—No lo negamos —confesó su padre—, pero desde luego que admiramos su decisión de terminar los estudios.
—Le admirasteis porque por fin él se adaptó a los valores con los que vosotros estáis de acuerdo.
—¿Puedes culparnos por sentirnos encantados de que el hombre con el que se casó nuestra hija se convirtiera en un ser humano sensible y responsable, que con el tiempo aportaría algo de valor a nuestra sociedad?
—¿Quieres decir que os agradaba que él se convirtiera en un presuntuoso como vosotros?
—Vamos, Susan, eso no es justo —intervino Marge—. Tu padre y yo solo hemos deseado lo mejor para ti y queríamos que fueras feliz, pero no podíamos pensar que pudieras ser dichosa con un hombre tan salvaje e irresponsable como era Greg cuando le conociste. Y nosotros, tan solo nos sentimos aliviados cuando pareció que él iba a cambiar para mejorar.
—No tiene objeto discutir sobre algo que ocurrió hace seis años —Susan terminó la charla con brusquedad; después se disculpó, y subió a su habitación.
No quería que Greg se metiera otra vez en su vida. Durante seis años había conseguido apartarle de su mente, y aunque no era legal, utilizó de nuevo el apellido Brenner y trató de convencerse a sí misma de que nunca se había llevado a cabo su matrimonio con Greg. Esos meses que había estado casada con él, los quería olvidar, pero ahora la obligaban a recordarlos, y volvió el dolor y la sensación de vacío que había pensado que nunca sentiría de nuevo. No era que ella no hubiera deseado que Greg continuará sus estudios, pero le había parecido que estaba haciendo lo que querían sus padres y eso era lo que no había podido tolerar. Quizá en muchos aspectos fue una tonta, pero ahora ya era demasiado tarde y tendría que continuar con la farsa que había mantenido durante todos esos años.
Susan nunca creyó necesario hablar a Trevor Wylie sobre Greg. No le había ocultado que había estado casada y consideraba ridículo comportarse ahora misteriosamente con él. Al día siguiente fueron a comer juntos a un restaurante que se encontraba cerca de sus oficinas.
No queriendo estropear la comida esperó hasta que les sirvieron el café para decirle en tono indiferente.
—Greg ha regresado a Western Ridges.
Si eso sorprendió a Trevor no lo demostró y le dijo tranquilo:
—Me imagino que era inevitable, y que vuestros caminos tendrían que cruzarse alguna vez. ¿Ya le has visto?
—Aún no, pero van a darle una fiesta de bienvenida el viernes por la noche en casa de mis padres.
—Entonces sin duda, le verás allí.
—No estoy segura de querer verle de nuevo —expresó irritada.
—Lo mejor que puedes hacer es asegurarte de una vez por todas si aún sigue significando algo para ti —le insistió Trevor, y se dibujó una ligera sonrisa en la boca de Susan antes de que apareciera un reflejo malicioso en sus ojos.
—Eres un caso muy especial, Trevor —le comentó con un ligero tono de burla—. Cualquier otro hombre se hubiera sentido celoso ante la idea de que volviera a ver al que fue mi esposo, pero en lugar de eso, con toda tranquilidad me insistes en que le vea.
Él sonrió al mirarla.
—Por supuesto que confío en que sentirás tal desagrado hacia él que vendrás corriendo a mí para pedirme que me case contigo.
—Oh, Trevor. ¡Has sido tan paciente conmigo que me siento culpable!
Su mano buscó la de ella por encima de la mesa.
—Sé como te sientes en relación a emprender lo que temes pudiera ser otro error y espero; confiado, que mi paciencia será recompensada.
—¿Sabes una cosa? Si no estuviéramos sentados aquí en este restaurante tan lleno de gente, te daría un beso.
Su rostro se iluminó con una sonrisa.
—No hay ley alguna que te lo prohíba.
Aceptando el reto implícito en sus palabras, Susan se le acercó y le dio un beso.
—No te merezco, Trevor —murmuró, sin importarle que les pudieran mirar—. En serio qué no.
—Haces que me sienta como si fuera un santo —expresó él sonriente—. ¡Y puedo asegurarte de que no lo soy!
No era necesario que le dijeran a Susan que Trevor no era un santo. Era un hombre atractivo y había salido con muchas mujeres antes de que se conocieran. No tenía dudas de que seguía viéndose con algunas de sus antiguas amigas para satisfacer sus necesidades físicas puesto que eso era algo que Susan siempre le había negado, pero en lo que se refería al matrimonio parecía decidido a esperar hasta que Susan estuviera preparada.
Apartando sus pensamientos, le sonrió maliciosa.
—Estás muy atractivo con una marca de lápiz de labios.
—Vamos —le dijo él limpiándose la boca con un pañuelo—. Ya es hora de regresar al trabajo.
Susan no lo discutió. Al mirar su reloj vio que debía regresar de inmediato a la oficina. Trevor también parecía muy ansioso por regresar a su trabajo, y aunque eso la extrañó por un momento, pronto lo olvidó.
La noche del viernes llegó demasiado rápido y Susan se encontraba sentada frente al espejo en su habitación, maquillándose, cuando su madre entró.
—Susan, ¿te portarás bien con él, cariño?
—¿Con quién? —le preguntó fingiendo deliberadamente.
—Con Greg, por supuesto.
—¿Por qué debo comportarme bien con él?
—Porque esta noche él será nuestro invitado.
—Recuerdo una época en la que por ningún motivo hubiera querido que estuviera sentado en la misma habitación en la que te encontraras —expresó en tono burlón.
—Es que siempre me miraba como si me retara a decirle algo sobre la forma tan rara en que se vestía, y eso me asustaba —comentó Marge sonriendo al recordar—. A pesar de lo que tú pensabas entonces, y de lo que puedes seguir creyendo ahora, siempre encontré muy interesante charlar con Greg. Nunca tuvo miedo a decir lo que pensaba y aunque con frecuencia se burlaba de mis ideas anticuadas, siempre me escuchó.
Susan contempló a su madre en silencio durante un instante antes de decirle:
—Me sorprendes, mamá.
—¿Yo? —Marge sonrió acariciando con suavidad la mejilla de Susan—. Quizá siempre has estado demasiado ocupada como para detenerte y averiguar cómo soy en realidad.
Cuando salía se detuvo en la puerta y miró de nuevo a Susan.
—No te demores querida, me parece que ya llegan algunos de nuestros invitados.
—Entonces, será mejor que vayas. Ya sabes que a papá le molesta mucho que no estés allí para darles la bienvenida.
Marge asintió, y Susan se quedó contemplando la puerta durante un rato después de que hubo salido su madre; se encogió de hombros con indiferencia. Su madre siempre había sido una persona muy difícil de comprender. En ocasiones Susan pensaba que la conocía tan bien como a ella misma pero entonces sucedía algo que la dejaba de nuevo intrigada, tal como se encontraba ahora.
No tenía objeto negarse a sí misma que estaba nerviosa cuando por fin bajó. En su interior estaba temblando, a pesar de su apariencia externa de calma, que era algo de lo que siempre se había enorgullecido; de todas formas, se sintió aliviada al ver que no se encontraba entre los huéspedes que se hallaban en la sala y en la terraza.
Susan vio a su padre manteniendo una charla seria con funcionarios de la misma empresa, mientras su madre se desenvolvía elegancia entre sus esposas. Se dio cuenta de que varias miradas la seguían mientras se servía una copa de vino y cogía un canapé. Se volvió y había reto en sus ojos grises, mientras desafiaba el pensamiento de los que esperaban ver cómo reaccionaría cuando se encontrara con el hombre con el que había estado casada; después se retiró a un rincón de la terraza que estaba en penumbra.
Hacía una noche cálida, casi bochornosa; se apoyó contra una columna. Desde allí vio la llegada de Greg pocos minutos más tarde. Apareció su coche detrás de los demás al final del camino, pero no se había dado cuenta de que era él hasta que reconoció aquel andar familiar y pasó tan cerca de ella que casi se le cayó la copa. Todo había sucedido con tanta rapidez que no había tenido oportunidad de observarle con calma.
La voz de Greg llegaba hasta donde estaba sentada Susan, Pensaba entrar y saludarle, pero después cambió de idea. Se podía imaginar todas las miradas curiosas clavadas en ellos para observar su primer encuentro después de tantos años, y eso fue suficiente para hacerla decidirse a permanecer donde se encontraba.
Se quedó parada allí, rígida y tensa, deseando no haberse bebido el vino con tanta rapidez. Tendría que entrar en algún momento, pero lo retrasaría todo lo posible.
Un hombre alto y moreno salió a la terraza. La vio y se dirigió hacia ella.
—Hola, Sue.
Susan no se explicaba que pudiera parecer tan indiferente. Además él era el único que siempre le había llamado Sue, y eso atrajo un torbellino de recuerdos a su mente.
—Así que el hijo pródigo regresa —comentó ella en tono de burla—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?
—Me imagino que suficiente para hacer lo que me han mandado.
—¿Y qué es eso?
Durante unos segundos la observó con mirada penetrante.
—Examinar el potencial de la mina y estudiar la posible reapertura de la sección treinta y tres, en el nivel noventa y cinco.
Sintió frío por la sorpresa.
—Esa sección ha estado cerrada desde que…
—Desde que mi hermano se mató en la explosión subterránea —terminó de decir él, y al asentir ella sin decir palabra, añadió con cierta irritación—: Eso fue hace más de seis años, Sue, y no existe ninguna razón por la que deba permanecer cerrada, si aún existe una veta de oro para extraerla.
—¿Y tú estás aquí como geólogo? —le preguntó cuando pudo hablar.
—Así es.
—Bueno, bueno, bueno —murmuró burlona—. ¡Así que ésta es la información secreta que mi padre nos ha estado ocultando!
Greg frunció el ceño mientras contemplaba el whisky de su vaso, después lo llevó a los labios y se lo bebió de un solo trago antes de hablar.
—Ya no es secreto, gracias a un periodista indiscreto, y mañana aparecerá en todos los periódicos.
—¡Qué faena! ¡Apuesto cualquier cosa a que mi padre se ha puesto furioso!
—Sí, y con razón.
Por algún motivo su comentario le resultó desagradable y se separó del muro quedándose frente a él, contemplando los rasgos que se habían endurecido a través de los años.
—Discúlpame —le dijo sarcástica—. Debía haber recordado que ahora tú eres uno de ellos, y que lo que me gusta a mí, no te resultaría divertido.
—Veo que el sarcasmo y la burla siguen siendo dos de tus características principales —comentó con una sonrisa forzada.
—Mi opinión sobre ciertos asuntos no ha cambiado, si es a eso a lo que te refieres —le replicó—. Al menos no he traicionado todo aquello en lo que creía.
Su flecha dio en el blanco, según pudo comprobar por el destello de enfado en sus ojos.
—No quiero comenzar una discusión contigo, Sue, aunque tengo que aceptar que confiaba en que podríamos olvidar el pasado y ser amigos —comentó mientras ella retrocedía buscando espació para poder respirar con más tranquilidad.
—¿Sinceramente has pensado que podríamos ser amigos?
—¿Por qué no? —le preguntó él con brusquedad—. Estuvimos casados, pero, ¿qué importa eso? Vivimos en un mundo civilizado, ¿por qué no podemos intentar al menos tratarnos con amabilidad?
—¿Solo pensando en amistad?
Le sonrió sensual, y burlonamente.
—Por supuesto, a menos que desees otra cosa.
Se quedó sin aliento y se despreció a sí misma cuando sintió cómo todo su cuerpo respondía a esa nota de intimidad en su voz. Lo hubiera podido tolerar, pero Greg la conocía demasiado bien como para no darse cuenta de cómo estaba reaccionando y sintió cómo se despertaba su enfado.
—¡Te puedes ir al infierno, Greg Delaney, y hazlo con todas mis felicitaciones!
—Ah, estáis aquí —la voz agradable de Marge Brenner interrumpió la enemistad que flotaba en el aire—. Me preguntaban dónde habíais ido, pero debí imaginarme que tendríais mucho de qué hablar.
Susan se repuso con rapidez, pero su voz era cortante cuando habló:
—Creo que ya hemos hablado lo necesario, así que si me disculpáis voy a buscar algo de beber.
Entró, sin importarle la mirada curiosa de su madre y sin interesarle la de todos los demás, consciente tan solo de una rabia interior dirigida principalmente contra ella misma. Durante todos esos años se había sentido orgullosa, diciéndose a sí misma que Greg ya no significaba nada para ella, pero con la más ligera sugerencia de intimidad entre ellos, él había conseguido despertar sus sentimientos y, lo peor de todo, era que estaba segura de que él disfrutaba en silencio su victoria.
Se sirvió una copa de brandy, algo que en pocas ocasiones hacía, y después de tomársela de un solo trago, decidió que ya había estado bastante en la fiesta de bienvenida a Greg Delaney.

Capítulo 2

El que Susan se retirara tan pronto de la fiesta no pasó desapercibido y al día siguiente su madre le comunicó su descontento con toda claridad. Ella no hizo caso de sus comentarios, y se sentó a desayunar tranquilamente.

Cogió el periódico que su padre había tirado. Encontró lo que buscaba sin ninguna dificultad y sus ojos recorrieron con rapidez la columna. Allí estaba todo y dicho con mucha sutileza. No se hacían afirmaciones específicas pero incluso el lector, más ignorante sospecharía que Western Bridges estaba planeando volver a abrir aquella sección trágica, dejando la sospecha en el ambiente de que esa operación produciría grandes resultados.

—¿Así que de nuevo van a abrir la sección treinta y tres?

—Esa es la idea.

—¿No es peligroso?

—No lo sabremos hasta que se haga una investigación completa.

—¿Y Greg va a hacer esa investigación?

—Necesitamos su opinión.

—¿Así que en gran parte dependerá de lo que él encuentre?

—Sí, así es —su padre asintió con la cabeza.

—¿No está produciendo la mina suficiente oro en la actualidad?

—Tenemos que pensar en el futuro, Susan.

—¿Cuando dices tenemos, me imagino que te refieres a la oficina central?

—La oficina central ha patrocinado esta investigación debido a mis sugerencias —le aclaró su padre, sorprendiéndola.

—¿No resulta extraño que después de tantos años, desde los días de la fiebre del oro, siga siendo el mismo el deseo por obtener ese metal? Cuanto más oro encuentra el hombre, más parece querer.

—Ya no extraemos oro con el fin de obtener ganancias personales. Lo hacemos para la prosperidad de nuestro país…, y olvides que el sistema monetario mundial está unido al oro.

—Pero aún sigue siendo un asunto de competencia —insistió Susan a pesar de la mirada de su madre—. Western Ridges tiene que permanecer entre los cinco principales en cuanto a producción.

—Así son los negocios Susan y no hay por qué darle vuelta —comentó su padre tenso, dejando la servilleta junto a su plato y contemplándola enfadado—. Si hubiera que cerrar esta mina miles de personas se quedarían sin trabajo y tengo que pensar en ello, así como en el nivel de producción.

Susan nunca se había detenido a considerar la responsabilidad de su padre en la mina y de repente pensó que su cargo no era de envidiar.

Se terminó el café, y se levantó de la mesa para caminar hasta donde se encontraba él, y darle un beso en la frente.

—Algunas veces…, solo algunas veces, papá, me haces sentir un poco avergonzada de mí misma.

Salió media hora más tarde para ir en el coche a la ciudad a realizar las compras que nunca tenía tiempo de hacer durante la semana. Confiaba que el resto del fin de semana sería agradable y tranquilo, pero sus esperanzas se desvanecieron la tarde del sábado cuando estaba sentada en la terraza leyendo un libro. Un Rover blanco se acercó despacio, y unos minutos después Greg acercaba una silla y se sentaba a su lado. Alto y bronceado, con una camisa de *sport* y pantalones vaqueros, estaba tan atractivo, que a Susan la puso nerviosa. La observó con detenimiento. Susan de nuevo veía en sus ojos ese brillo familiar de intimidad y el recordar que en otro tiempo, él la había desnudado, la hizo sentirse incómoda. Sus miradas se encontraron y la burla en la de él, le hizo darse cuenta de que era consciente de su incomodidad.

—Nunca me imaginé que volverías a vivir con tus padres —le comentó con ironía antes de que ella hubiera conseguido recuperarse.

—Solo es por una temporada. Hemos vendido mi apartamento de la ciudad y estoy buscando otro.

—Yo tengo un apartamento en Johannesburgo, pero durante mi estancia aquí en Western Ridges, me hospedaré en el albergue para hombres.

—Ya conoces bien ese lugar.

—Así es. Sin embargo, ahora tengo una habitación para mí solo, con un baño privado y un salón.

—¡Qué bien!

Ante su burla, él se quedó en silencio durante un instante, pero decidió no tomarlo en cuenta y cambió de tema.

—¿Por qué abandonaste la fiesta el viernes, después de mi llegada?

—Ese tipo de reuniones me aburre mucho, y además, no me sentía con deseos de permanecer allí.

—¿Te molesté?

—No te vanaglories, Greg, nada de lo que puedas hacer o decir me molestará —le mintió Susan, evitando mirarle a los ojos.

—¿Estás sola en casa?

—¿Por qué?

—Vi a tu padre jugando en el campo de golf y, ¿no acostumbra tu madre a jugar al tenis los fines de semana?

—Así es. Pero ¿qué más te da?

—Si no tienes algo mejor que hacer, ¿te gustaría dar un paseo conmigo?

—No, gracias.

—¿Tienes miedo a que te puedas enamorar? —le sonrió.

—Vete, Greg —le dijo, cerrando de golpe el libro y dejándolo sobre la mesa, a la vez que se levantaba—. Tengo mejores cosas que hacer que perder mi tiempo contigo.

—¡Escúchame, Sue! —le puso una mano sobre su hombro y le hizo darse la vuelta. La expresión de Greg se suavizó y el calor de aquella mano grande sobre su hombro estaba haciéndole sentir cosas que la hacían difícil mirarle—. Todo lo que quiero es ser tu amigo y, desde luego, no creo que eso sea pedir demasiado.

Susan se apartó de su lado.

—Hubo una época en la que estábamos juntos, pero eso ya pasó y se terminó. No me gusta revivir el pasado.

—¿Quieres decir que hay alguien más?

—Sí, ¿y qué tiene eso que ver? —le preguntó, echando hacia atrás la cabeza y haciendo frente a su mirada.

—No voy a hacer nada al respecto…, pequeña tonta —le dijo riéndose—. Tienes todo el derecho, al igual que yo, a brindar tu afecto a quien desees.

—Entonces, parece que al menos nos comprendemos.

—Completamente. ¿Quieres cenar conmigo mañana por la noche ?, como recuerdo de los viejos tiempos.

—¡No! —le rechazó decidida.

—¿Qué daño te puede hacer eso?

—En realidad, ninguno.

—Entonces, ¿por qué no aceptas, mi invitación?

—Tengo un compromiso —le respondió, deseando que se fuera y la dejara en paz.

—¿Qué me dices del martes por la noche?

—Voy a pasar la noche con unos amigos.

—No sabes mentir, Sue. Siempre fuiste así y no cambiarás, pero por esta vez te seguiré el juego —Greg sonrió, como si le divirtiera el haberla pillado en una mentira, y después se hizo más seria la expresión en su rostro—. Entonces, ¿el miércoles por la noche?

—En realidad no…

—Antes de que te niegues, déjame explicarte lo que pienso —la interrumpió con suavidad—. Cenaremos juntos y espero que consigamos aclarar algunos puntos oscuros que hay entre nosotros; después; te acompañaré a casa a una hora respetable.

—No sé.

—Te doy mi palabra de que no tengo ningún otro motivo para invitarte a salir y si después de eso no quieres volver a verme otra vez, respetaré tus deseos.

No había nada malo en eso. Era un pequeño precio que pagaría para liberarse de él, y de ese nuevo sentimiento que experimentaba. Mirándole detenidamente, le dijo con frialdad:

—Si ésa es la única forma en que puedo librarme de ti, no tengo más remedio que cenar contigo el miércoles por la noche.

—Me odias, ¿verdad?

—No se puede odiar a quien no se conoce. En una ocasión pensé que te conocía, pero el Greg Delaney que ahora estás mostrando al mundo es un extraño que no me interesa.

—Un hombre no puede llevar siempre una chaqueta de cuero y botas, Sue —le replicó—. Quizá ahora mi forma de vestir sea más convencional, pero por dentro sigo siendo el mismo.

—No es así como yo te vi. Sufriste una metamorfosis total, por eso te desprecio.

La expresión de su rostro se ensombreció, y ella comprendió que ya no era el joven de veintitrés años con el que se había casado. Era un hombre maduro de treinta, un hombre con el que era mejor no jugar para no volver a salir mal parada. Había algo en él que le atraía, y debía tener cuidado.

—Hay momentos en la vida de todo hombre en que se tiene que mirar más allá del presente —la voz profunda de Greg irrumpió en sus pensamientos—. Y el futuro que veía para mí ya no me parecía agradable.

—¡Vaya, felicidades! Te fuiste y obtuviste lo que querías de la vida; espero que eso te haga dichoso —replicó ella con sarcasmo.

—Tengo la satisfacción de hacer lo que siempre he querido.

—Me alegro por ti.

El pesado silencio que siguió, la hizo sentirse intranquila.

—Sigues sin comprender, ¿no es así?

Susan tenía la horrible sensación de que estaba comenzando a comprenderlo todo, pero por nada en el mundo iba a dejar que él se enteraran.

—Creo que será mejor que te vayas. No quiero que comencemos a discutir.

—Quizá tengas razón —le contestó él con brusquedad—. Te veré el miércoles por la noche a las siete.

Se alejó de ella, y cuando su coche desapareció de su vista, se dio cuenta de lo tensa que había estado. Era totalmente ridículo sentirse así cuando Greg estaba cerca de ella. Antes, nunca se ponía nerviosa en su compañía, ¿por qué de repente le parecía como si su vida estuviera amenazada?

Apartó de su mente esos pensamientos y habiendo perdido el interés en el libro que estaba leyendo, entró en la casa.

El cenar con Trevor Wylie la noche del lunes ya no fue el agradable descanso que siempre había sido para Susan. Se enfadó bastante con él después de leer aquel artículo en el periódico, y cuando estaban tomando el café después de terminar de cenar, decidió hablarle con claridad.

—Ese artículo sobre Western Ridges en el periódico del sábado —comenzó sin ningún preámbulo—. Lo escribiste tú, ¿no es así?

Trevor levantó la vista del café.

—No, por supuesto que no lo hice.

—Muy bien, entonces, lo escribió uno de tus reporteros. Pero tú le enviaste a investigar después de que te comenté que Greg regresaba a la mina.

—No niego que envié un reportero a Western Ridges.

—¿Por qué, Trevor? —le preguntó desencantada.

—Cuando me contaste que Greg se encontraba en la mina, comencé a preguntarme para qué necesitarían los servicios de un geólogo. Tenía que ser para algo importante y decidí enviar a alguien para averiguarlo —se movió un poco incómodo en su silla ante la acusación de la muchacha—. Es parte de mi trabajo, Susan.

—Nunca pensé que tendría que tener cuidado con lo que te dijera en privado, pero parece que estaba equivocada.

—No hables así, Susan. Sabes que puedes confiar en mí.

—No creo que pueda volver a hacerlo. Si en una charla no puedo comentar algo que está sucediendo en Western Ridges sin que te lances a la búsqueda de una historia, desde luego que no debo confiarte ninguna otra información.

—No eres razonable —dijo Trevor con suavidad, pero Susan estaba decidida a decir lo que pensaba.

—La información que descubriste estaba clasificada como estrictamente confidencial. En realidad no me importa que se haya publicado, incluso lo encuentro divertido, pero mi padre sospecha que yo he tenido algo que ver. Puedo darme cuenta por la forma en que me mira y eso es lo que no me gusta —ya no estaba enfadada, pero sí decidida a que la comprendiera—. Las diferencias que he tenido con mis padres siempre han sido por motivos personales y no estoy dispuesta a que se me utilice para hacer de conocimiento público, lo relacionado con los negocios de Western Ridges. Algunas veces me gustaría que mi padre no fuera tan estricto, pero no quiero que crea que puedo tener dudas sobre su integridad en lo que se refiere a su trabajo.

—Te ruego que me disculpes, Susan. Nunca he tratado de ocasionarte problemas, pero debes comprender que si no investigo e informo de cosas que interesan a la gente, estaría faltando a mi deber con el periódico.

Recordó la charla que había tenido con su padre durante el desayuno, la mañana siguiente a la fiesta, y de nuevo se sintió avergonzada.

—Por supuesto que tienes razón —suspiró—. Pero no puedo evitar desear que no lo hubieras hecho.

—No pensé que te importara tanto Western Ridges, ni la opinión que tuviera tu padre de ti —comentó Trevor en tono de broma, pero Susan no pudo responderle de igual forma.

—Mejor lo dejamos así, ¿no te parece?

Durante un rato ninguno de ellos intentó hablar; más tarde Trevor le dijo:

—Háblame sobre Greg. ¿Le has visto?

—Sí, le he visto.

—¿Y? —le preguntó Trevor y después se rio al darse cuenta de que ella no deseaba hablar—. Vamos, Susan no te enfades.

—Le vi, hablamos, y voy a cenar con él el miércoles por la noche.

—Así que ha progresado tanto —comentó él, con, la mirada fija en ella.

—No ha habido ningún progreso —le contestó con firmeza y con un ligero tono de irritación en la voz—. Es una cena en recuerdo de los viejos tiempos y no he tenido más remedio que aceptar.

—Ya comprendo.

Le dio la impresión de que no le creía y comentó desesperada:

—Mi matrimonio con Greg está olvidado y terminado, Trevor y desde luego no tengo ninguna intención de volver al punto donde lo dejamos ya hace años.

Él la contempló pensativo durante un momento, después le sonrió y sirvió vino en sus copas…

—Brindemos por eso.

La noche terminó agradablemente y cuando Trevor la cogió entre sus brazos a la entrada de la casa de sus padres, ella le devolvió el beso con un poco más de pasión de la normal.

—Quisiera que te casaras conmigo, Susan —dijo al fin, apartándola un poco de su cuerpo—. Me portaría bien contigo. Tú lo sabes.

—Lo sé —murmuró ella incómoda—. Pero necesito un poco más de tiempo.

—Nos conocemos desde hace dos años —le recordó él con suavidad—. ¿Cuánto tiempo más necesitas para estar segura?

Ella le besó, para que se callara, y él la abrazó, con pasión, pero no despertaba en ella aquellas emociones violentas que siempre había experimentado con Greg. ¡Maldito Greg! ¿Por qué tenía que acordarse de él en ese preciso momento?

Separándose un poco de Trevor, murmuró:

—Buenas noches, Trevor y gracias por una noche encantadora.

—Susan… —sus dedos aprisionaron su hombro antes de que se apartara de él y en la penumbra iluminada por la luz de la luna su rostro pareció extrañamente triste—. No me hagas esperar, demasiado…, por favor.

—Pronto te daré una respuesta —le prometió, y dándose la vuelta entró en la casa.

Esa noche Susan no pudo dormir. Sabía que tenía que tomar una decisión, y pronto. Trevor no esperaría indefinidamente y ella no podía culparle de impaciente. Sabía que sería un excelente esposo, y que podrían formar un hogar, pero aún dudaba.

No sabía qué le pasaba. Se preguntaba si amaba a Trevor lo suficiente como para casarse con él. Estaba convencida de que sí, pero no podía aceptar.

Greg estaba constantemente en su pensamiento y eso era algo que no le había sucedido durante años. La hacía recordar cosas que hubiera preferido olvidar.

Y la sangre le corría con demasiada rapidez por las venas. Bajó a la cocina a calentarse un poco de leche para conseguir dormirse.

¡Se estaba comportando como una tonta y lo sabía! Era ridículo pensar en su matrimonio con Greg y si quería encontrar de nuevo la felicidad tendría que apartarle por completo de su mente.

Estaba bebiendo la leche caliente, cuando oyó unos pasos detrás de ella que la hicieron volverse con rapidez, era su padre que entraba en la cocina.

—Normalmente no andas dando vueltas por la casa a media noche, ¿no es así? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Normalmente, no —le respondió ella sonriendo.

—¿Por qué esta noche necesitas algo que te ayude a dormir? —le preguntó, sirviéndose un vaso de leche fría y sentándose en el borde de la mesa.

—He tenido mucho en qué pensar.

—¿Cómo qué?

—Como que tú crees que yo he tenido algo que ver con ese reportero que anduvo investigando.

—Yo nunca he dicho que tuvieras que ver con eso —protestó él en voz alta.

—No, pero lo has pensado.

Durante un momento se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior, y después le sonrió un poco avergonzado.

—Bueno, tengo que aceptar que es cierto, creí que tenías algo que ver.

—Y en cierta forma tenías razón. Le comenté a Trevor que Greg había regresado, sin acordarme de cómo funciona la mente de un periodista. Nunca pensé que encontraría esa información lo bastante interesante como para enviar a alguien para obtener una noticia.

Richard la observó.

—¿Eso es todo lo que te molesta?

Vaciló un instante, y después hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Trevor me ha pedido que me case con él.

—¿Otra vez?

—Otra vez —le respondió sonriendo.

—Trevor es un buen muchacho, a pesar de que trabaja para un periódico, pero, ¿estás segura de que te quieres casar con él?

—Ése es el problema. No lo estoy, y Trevor no me esperará siempre —expresó en voz alta los pensamientos que la preocupaban desde hacía una hora, y todavía no se sentía capaz de tomar una decisión.

Había pasado ya por un divorcio, y no tenía intención de sufrir el trauma de otro. Debía pensar las cosas y era por eso por lo que le resultaba tan difícil dar a Trevor la respuesta que esperaba.

—Greg ha estado aquí esta noche —le informó su padre.

—¿Fue una visita social o de negocios?

—Social y de negocios —aceptó Richard, y después añadió pensativo—: Greg es un muchacho muy inteligente. El año pasado terminó la tesis para su doctorado; tenemos mucha suerte de que esté aquí como asesor.

—¿No me digas que ya es el doctor Delaney?

—Sí, pero no creo que le importe mucho el título —él la miró intensamente—. Tal vez Greg y tú…

—No, no podríamos y desde luego que yo no lo haría —interrumpió Susan la pregunta esperanzada de su padre sobre si habría alguna posibilidad de que Greg y ella reanudaran su relación.

—¿Cómo sabías lo que te iba a preguntar? —le preguntó, mientras aparecía en sus labios una de sus raras sonrisas.

—Por lo general a las dos de la mañana adivino las cosas con bastante facilidad —le respondió burlona. Después se inclinó hacia su padre dándole un beso en la frente—. Buenas noches, papá. Siento haberte despertado, pero me voy a acostar de nuevo, y ahora espero dormir.

—Buenas noches, Susan.

La joven al fin se durmió, pero al despertarse a la mañana siguiente, se sentía como si su cabeza tuviera el doble del tamaño normal. Para su desgracia, en el trabajo una de las computadoras, localizó un error que les llevó horas rectificar. Tuvo que quedarse hasta bastante tarde para terminar el trabajo que se había amontonado sobre su escritorio durante el día, y cuando regresó a su casa por la noche estaba demasiado cansada como para pensar en cualquier otra cosa más que en acostarse a dormir. El miércoles estuvo igual de atareada y al llegar a casa por la tarde, recordó que debería cenar con Greg. Se encontraba demasiado cansada e irritable para querer pasar varias horas en su compañía.

Llamó a la oficina y preguntó por Greg, pero le dijeron que estaba en una junta y que no se le podía interrumpir. Desaparecieron sus esperanzas de cancelar su cita para cenar, y no le quedó otra alternativa, que prepararse para la molesta noche que le esperaba.

Al oír los pasos de su madre por el pasillo, se volvió. Antes de que pudiera decir nada, Marge se adelantó diciéndole:

—Ya sé que esta noche cenas con Greg.

—Me imagino que te lo dijo él cuando estuvo aquí la otra noche.

—Así fue —Marge frunció el ceño al mirarla—. ¿No has debido decírmelo?

—Te lo he debido haber dicho yo misma, pero he estado tan ocupada estos dos últimos días que hasta se me había olvidado.

—¿Vais a hacer las paces de nuevo?

—¡No digas tonterías, mamá!

—Bueno, no te enfades. Solo era una pregunta amable, nada más.

—Lo siento, mamá —dijo Susan suspirando—. Estoy cansada e irritable y la idea de cenar esta noche con Greg no es más que una molestia que desearía evitar.

—Susan… —la voz de su madre la hizo detenerse cuando ya había comenzado a subir por la escalera—. Si te casas de nuevo o si permaneces soltera no es asunto mío, y si acaso decides casarte, no me preocupa mucho con quién lo hagas. Solo quiero que seas feliz.

Susan parpadeó y se quedó mirándola fijamente.

—¿Por qué hablas de matrimonio en este preciso momento?

—Por ningún motivo en especial —le contestó Marge con expresión solemne—. Solo que no quiero que tengas la impresión de que estoy intentando forzarte en un sentido o en el otro. Eso es todo.

En ese momento la suspicacia le impidió razonar con claridad, y antes de decir algo que después pudiera lamentar, Susan se dio la vuelta en silencio y continuó ascendiendo por la escalera hasta su habitación. Nunca comprendería por completo a su madre y tratar de profundizar en su mente era imposible. Además se sentía demasiado cansada como para intentarlo.

Se dio un baño y se puso su vestido de noche favorito, era de seda azul con mangas anchas y falda amplia. El escote quizá resultaba un poco atrevido, pero el vestido tenía mucho estilo. Se hizo un moño y se maquilló. Estaba arreglada y esperando a Greg quince minutos antes de las siete, pero permaneció en su dormitorio, decidida a no permitir que llegara y la encontrara esperándole. Lo último que deseaba era que pensara que estaba contenta por ir a cenar con él.

Greg llegó a las siete en punto. Susan oyó su coche al llegar, pero permaneció en su habitación hasta que su madre llamó a la puerta y le avisó.

—Greg te está esperando, Susan.

—Bajaré en seguida —le respondió, y después de unos segundos, siguió a su madre, descendiendo por la escalera.

Capítulo 3

Sentada junto a Greg en la intimidad de su Rover, Susan estaba incómoda. Era consciente de su presencia, hasta el punto de que se le hacía difícil respirar. Siempre le había sucedido algo parecido, pero después de seis años tal efecto parecía ser más fuerte que nunca. Era aterrador descubrir que aún tenía el poder de perturbarla así, pero estaba dispuesta a luchar contra ello con todas sus fuerzas.
—Esta tarde he intentado localizarte para cancelar nuestra cita, pero estabas en la junta —le dijo ella al fin, rompiendo el silencio.
—No estaba en ninguna junta.
—Pero la secretaria…
—La secretaria es joven y bonita, y está deseando hacerme favores —le comentó sonriendo.
En cualquier otra ocasión, Susan se hubiera dado cuenta del significado de esa afirmación, pero había tenido un día muy duro en la oficina y no se encontraba muy lúcida.
—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó en voz baja.
—Tuve el presentimiento de que intentarías cancelar nuestra cita, así que le pedí a mi secretaria que pensara en algo inteligente si tratabas de hablar conmigo, y así lo hizo.
Las manos de Susan se entrelazaron con fuerza sobre su regazo hasta que se llegó a hacer daño. Estaba muy enfadada.
—¡Te crees muy inteligente!
—No inteligente, Sue —le contradijo con suavidad—. Pero tienes que aceptar que te conozco muy bien.
—Tenía un motivo para cancelar la cita —manifestó con frialdad.
—¿Quieres decírmelo?—le preguntó con un aire de indiferencia que en cierta forma le molestó.
—Ya no tiene importancia. Ahora estoy aquí y será mejor que terminemos con esto lo más pronto posible.
Durante un largo rato él permaneció silencioso, pero cuando en un cruce de calles les pilló el semáforo en rojo, detuvo el coche y se volvió hacia ella para decirle con dureza:
—Espero que no te pases toda la noche tratando de que yo comprenda que estás cenando conmigo obligada.
—Solo quiero que sepas con exactitud cuáles son mis sentimientos —le replicó con frialdad.
—No te preocupes, Sue. Soy consciente de tus sentimientos, así que no es necesario que me los reveles constantemente. Si no estuviera tan seguro de que podíamos conseguir llegar a un acuerdo entre los dos, no me hubiera molestado en pedirte que me acompañaras esta noche.
Susan no se pudo imaginar que podrían conseguir ellos, pero lo dejó así y ninguno trató de hablar durante el resto del viaje hasta la ciudad.
Era evidente que Greg había hecho una reserva, pues cuando llegaron al restaurante los acompañaron hasta una mesa en un rincón tranquilo, algo separados del resto de las personas que había en el comedor. Apenas se habían sentado cuando colocaron sobre la mesa una botella de champán y unas copas. La botella estaba en hielo, y el camarero encargado de los vinos la descorchó, después llenó sus copas y los dejó solos.
—No sabía que íbamos a celebrar algo —comentó Susan burlona.
—¿No te parece que cenar juntos por primera vez después de seis años es una ocasión digna de celebrarse?
—¿Qué esperas conseguir con todo esto?
—Todo lo que quiero es pasar una noche tranquila con mi exesposa, con la esperanza de que podamos ser amigos y no enemigos —el movimiento de la llama de la vela que había sobre la mesa, hizo que sus ojos brillaran al alzar su copa—. ¿Brindamos por eso?
—Más bien yo lo haría por la esperanza de que nuestros caminos se crucen lo menos posible durante tu estancia en Western Ridges —aclaró con franqueza mientras alzaba su copa, y la expresión en el rostro de Greg se ensombreció extrañamente.
—¿Por qué? —le preguntó con rudeza—. ¿Es Trevor un amante celoso?
Sus padres tenían que haberle dicho el nombre de Trevor Wylie, pues desde luego que ella no lo había mencionado y, después de beber un sorbo de champán respondió tranquila:
—Trevor no es celoso, y tampoco es mi amante.
—Pensaba que era algo serio para ti.
—Lo es.
—¿Y él piensa seriamente en ti?
—Quiere casarse conmigo.
—¿Y nunca te has acostado con él? —Greg seguía burlándose y Susan no pudo controlarse.
—Deberías conocerme lo suficiente como para no preguntar eso —le replicó, recordando como se burlaba de ella en el pasado cuando sus principios le hicieron conservar la virginidad hasta que le colocó el anillo en su dedo el día de la boda.
—Pobre Sue —dijo Greg burlón, y la intimidad, insolente en la expresión de sus ojos hizo que se ruborizara. Sus miradas se encontraron y en la de él hubo un ligero destello divertido mientras movía la cabeza con fingida tristeza—. ¡Qué terrible debe haber sido para ti tener que contenerte todos estos años!
La burla hizo el efecto que él deseaba y Susan sintió dolor. Dejó la copa sobre la mesa y cogió su bolso.
—Me voy.
—¿Por qué? —le preguntó, y la rudeza de su voz la obligó a permanecer sentada—. ¿Tu deseo de irte proviene de que mi comentario ha dado en el blanco?
—Sí, ha sido un golpe bajo.
—Bueno, también yo tengo sentimientos, y si quieres molestar también lo puedo hacer yo —dijo, y entonces su rostro se suavizó un poco—. Vamos, Sue, cálmate, ¿quieres?
Susan se preguntaba cómo podría hacerlo, cómo calmar los sentimientos que seguía teniendo el poder de despertar en ella. También le hubiera gustado saber qué se proponía, si acaso esperaba conseguir unas cuantas horas de intensa pasión.
—Es imposible, Greg.
—Nada es imposible —insistió él cogiendo su mano, y apretándola con fuerza cuando ella intentó retirarla.
—Han sucedido demasiadas cosas entre nosotros para que pueda existir el tipo de amistad que pides —comentó ella, bajando la vista hasta aquella mano grande que rodeaba la suya. El contacto de su mano le hacía recordar tiempos pasados. No quería pensar en eso ahora, quería despreciarle por haberse comportado como un traidor con las cosas que en una ocasión había considerado importantes, pero en ese momento todo lo que cruzaba, por su mente eran las sensaciones que despertaba su dedo pulgar moviéndose y acariciando la palma de su mano.
—Tenemos que aprender a vivir con el pasado. No es algo que podamos eliminar —le dijo Greg como si se hubiera imaginado lo que pensaba—. En una ocasión nos casamos, pero no resultó. ¿Por eso tendremos que pasar el resto de nuestras vidas odiándonos? ¿Firmamos una tregua?
Hablaba con mucha dulzura y parecía razonable pero el instinto la previno para que no confiara en él.
—¿Solo por esta noche? —le preguntó ella, cediendo a su persuasión y en contra de su voluntad.
—Solo por esta noche, si lo deseas —aceptó con calma.
—Muy bien.
—Propongo un brindis por eso —le dijo sonriendo, y soltándole la mano, llenó las copas—. Por nuestra tregua temporal.
Las burbujas del champán le hicieron cosquillas en la nariz al beberlo, pero ella no podía relajarse. La mirada de Greg no la dejaba en paz ni un solo instante. Él la contemplaba con una extraña intensidad que le turbaba, y conforme fue avanzando la noche, hubo momentos en los que no sabía ni qué decir. Le era difícil hablar en su presencia. Como había dicho él, tenían que aprender a vivir con el pasado y éste se encontraba entre ambos en esos momentos. La atracción entre ellos seguía existiendo y era inútil tratar de negarlo. Era una sensación tan fuerte como siempre, pero también se encontraban presentes los acontecimientos que los había separado, y la enemistad no era algo que pudiera desaparecer en unas horas.
Cuando salieron del restaurante dos horas después, Susan estaba ansiosa por volver a casa, pero Greg no parecía tener prisa cuando se subió al coche y se sentó a su lado.
—No puedo invitarte a mi casa de la mina, pero podemos ir a mi apartamento a tomar una taza de café —le sugirió, pasando le el brazo por detrás de su asiento e inclinándose hacia ella.
—Si no te importa, preferiría regresar a mi casa.
—Aún es temprano —comentó con tono burlón—. ¿O es que no quieres estar a solas conmigo?
—Estoy cansada, Greg, y preferiría regresar a casa.
—¿Sabes algo, Sue? —Sus dedos fuertes la cogieron por el mentón y la obligaron a elevar la vista a su rostro—. A los diecinueve años eras guapa, pero ahora, a los veinticinco, aún lo eres más.
Ella sintió el deseo de golpearle en la mano para que la retirara pero le conocía demasiado bien y sabía las consecuencias que tendría esa acción. Lo mejor que podía hacer era permanecer tranquila a pesar de sentir cómo aumentaba el enfado en su interior y, ejerciendo un rígido autocontrol, le pidió con tranquilidad:
—¿Quieres llevarme a casa…, por favor?
Durante un instante pensó que no iba a hacer caso a la súplica que se percibía en su voz, su rostro se acercó tanto al suyo que pudo sentir su aliento sobre sus labios, pero en ese instante su boca se retorció en una sonrisa irónica y la soltó.
En el camino de regreso el silencio entre ellos era tenso, y en esos momentos Susan deseaba no haber aceptado cenar con Greg. Apenas recordaba lo que había comido, y nunca se había sentido tan feliz al ver la casa de sus padres como cuando pasaron a través del arco de piedra que había en la entrada, y se dirigían por el camino hacia ella.
—Buenas noches, Greg y gracias por invitarme a cenar —le dijo con rapidez, mientras trataba de abrir la puerta del coche tan pronto como él apagó el motor y las luces.
Entró en el coche el aire fresco de la noche cuando Susan abrió la puerta. La mano de Greg sobre su brazo evitó que bajara, y le preguntó burlón:
—¿No me vas a invitar a pasar?
—No, no lo voy a hacer.
—¿Ni siquiera para tomar una taza de café?
—¡No! —casi gritó, desesperada por apartarse de él y del calor de su mano sobre su brazo.
—Entonces, déjame que por lo menos te acompañe hasta la puerta —insistió.
Unos instantes después estaba a su lado, pasándole la mano por la cintura mientras subían los escalones hacia la puerta de la casa. Las luces del vestíbulo estaban encendidas y los sonidos que escucharon procedentes del salón, hicieron que Greg se inclinara para murmurarle al oído.
—Creo que todavía hay alguien levantado.
El brillo malicioso de sus ojos le hizo comprender que no tenía ninguna intención de irse, pero antes de que pudiera hacer o decir nada, vio que su padre salía al vestíbulo.
—Hola a los dos —saludó vestido con su bata azul favorita, un libro bajo el brazo y sus gafas de leer, en la mano. Les miró y después dijo casi disculpándose—: Ya me voy a acostar.
—No se preocupe por nosotros, señor —comentó Greg con suavidad—. Susan me va a preparar una taza de café, y después me marcharé.
Susan se enderezó enfadada mientras su padre hacía un gesto afirmativo y subía por la escalera; estaba furiosa cuando se volvió hacia Greg.
—Te has invitado tú solo a una taza de café, te había, dicho claramente…
—Si recuerdo bien la cocina está por aquí —murmuró él interrumpiéndola y cogiéndola por el brazo la hizo dirigirse a la misma.
—¡Suéltame el brazo! —replicó furiosa, tratando de soltarse, pero solo consiguió que sus dedos la apretaran con más fuerza.
—Cálmate, Sue. ¡Cualquiera pensaría que estoy planeando violarte debajo de la mesa de la cocina!
—¡No seas repugnante!
La situación se estaba volviendo peligrosa; pero por algún motivo se sintió indefensa, sin poder hacer nada mientras la hacía volverse para quedar frente a él.
—Sue… —su voz era un murmullo ronco, y las manos sobre sus hombros la hicieron temblar. Su mirada buscó la suya como atraída por un imán y lo que vio en ella la asustó, al mismo tiempo que la excitó. La atracción entre ellos no había muerto. Aún estaba muy viva y hechizada con una fuerza mayor que en el pasado. Trató de luchar contra ella, pero era como pelear contra la corriente de un río y sus defensas se estaban desmoronando cuando Greg la atrajo con fuerza hacia él, murmurando—: ¡Oh, cielos, eres preciosa!
El roce de sus labios le resultó tan familiar como el loco deseo que despertó en ella y por un instante tuvo la extraña sensación de que al fin había llegado a su casa después de un largo viaje. Se le entregó por completo cuando él deslizó sus manos sobre sus caderas para acercarla hacia su cuerpo. Susan no hizo ningún esfuerzo por ocultar que le necesitaba. Él sabía cómo excitarla y lo hizo; ella le abrazó. Sabía que más tarde se despreciaría a sí misma, pero los largos años de abstinencia se apoderaron de su mente y su cuerpo hasta que se estremeció.
Los brazos apasionados de Trevor nunca la habían excitud de esa forma. Se dio cuenta de que solo Greg tenía ese efecto en ella y pensando en eso, reaccionó.
Le apartó de su lado con tal fuerza, que le pilló desprevenido; por un momento el enfado hizo desaparecer la vergüenza que sentía, y le dijo con violencia:
—¡Vete de aquí, Greg!
El deseo aún nublaba sus ojos cuando Greg extendió los brazos para volver a abrazarla.
—Sue, escúchame.
—¡Te he pedido que te vayas! ¡Y en el futuro, procura no cruzarte de nuevo en mi camino, inteligente doctor Greg Delaney!
Levantó la cabeza como si ella le hubiera golpeado y la furia brilló en los ojos en que hacía unos momentos se había reflejado el deseo.
—Sigues siendo la misma de siempre; el hombre que piense casarse contigo debe ir al psiquiatra. No tengo ninguna duda de que ese tonto de Trevor piense casarse contigo, pero puedo advertirle de que le harás un desgraciado.
Susan sintió un dolor en la garganta que no la dejó hablar, pero de todas formas Greg no la hubiera escuchado, ya que después de hablar, había abandonado la casa. De esa misma forma se había apartado de ella aquella noche en que decidieron terminar su matrimonio. En aquel momento Susan se dio cuenta de que no le volvería ver a menos que fuera necesario, y ahora presintió lo mismo.
Oyó que su coche se alejaba y en ese momento observó cómo le temblaba todo el cuerpo. Sintió vergüenza cuando pensó en la facilidad con la que se había rendido, pero así comprendió lo mucho que le deseaba. Era una locura, pero era innegable. Él había despertado en ella las mismas emociones de siempre, pero lo más humillante de todo era que seguramente Greg se había dado cuenta de lo que ella había sentido. Aunque hubiera tratado de disimular, él lo hubiera notado. La conocía bastante bien; demasiado para su tranquilidad, y eso era lo que le preocupaba en ese instante.
Susan apagó la luz de la cocina y entró en el salón. La radio estaba encendida y sonaban las notas nostálgicas de una canción. Se sentó, la canción desató una tormenta en su interior que no pudo calmar. Le traía demasiados recuerdos; anécdotas, incidentes, que aún la unían a Greg. El comprender eso fue aterrador, pero era cierto y supo que nunca se encontraría completamente libre. No había posibilidad de una relación amistosa entre Greg y ella, esa noche había quedado demostrado.
Apagó la radio y las luces, y subió a su habitación, pero pasó mucho rato antes de que pudiera dormirse.

* * *

Susan se enteró al escuchar conversaciones entre sus padres, de que el proyecto de la mina relacionado con la sección treinta y tres, todavía se estaba estudiando. Los funcionarios de la oficina central permanecían ahora más tiempo en Western Ridges que nunca, y Susan comenzó a sospechar que no se ponían de acuerdo los que tenían que dar la autorización necesaria para comenzar las investigaciones oportunas. Eso hizo que se preguntara si se trataba de una empresa segura, sin embargo, ella no era la única que comenzaba a creer que había un problema personal más que técnico en ese asunto.
—¿Qué está sucediendo en Western Ridges? —le preguntó un día Trevor mientras comían—. Hay muchos rumores, pero nada concreto.
—Estoy segura de que tú sabes de eso más que yo —le mintió, manteniendo en silencio sus propias sospechas y temores.
—¿Qué opina tu padre de esto? —Trevor estaba tratando de obtener información y al instante Susan se puso a la defensiva.
—Es muy raro que mi padre hable de su trabajo en casa.
—Y si lo hiciera, no me lo dirías.
—No sé nada…, en serio, no lo sé.
—¿Qué me dices de Greg? ¿No se le ha escapado algo?
—No he vuelto a verle desde que cenamos juntos la otra noche.
—No te había querido preguntar nada. Me imagino que tu cita con él no fue un éxito.
—No lo fue.
—¿Habías esperado que lo fuera?
—Nunca esperé nada —le respondió ella con brusquedad, pero por alguna razón sintió que no había dicho la verdad completa. En cierta forma, ella había querido algo. Deseó probarse a sí misma, que Greg ya no significaba nada para ella, pero había descubierto lo contrario.
Aún existía aquella atracción fatal, y él le había demostrado, sin dudas de ningún tipo, que seguía viva.
—Hay una posibilidad de que me trasladen a la ciudad del Cabo a finales del mes que viene —le anunció Trevor interrumpiendo sus pensamientos, y cuando ella le miró sorprendida añadió—: Si me trasladan, ¿te casarás conmigo?
Ella le contempló en silencio sintiendo un dolor. Él estaba hablando del traslado con aparente indiferencia, pretendiendo que aún no era oficial, pero por algún motivo ella presintió que sí lo era. Le estaba pidiendo, quizá por última vez, que se casara con él y sabía que en esa ocasión tenía que contestarle algo definitivo.
—¿Tienes que aceptar el traslado? —le preguntó tratando de ganar tiempo.
—Para mí representa un ascenso. Las oportunidades que se me presentan con el mismo no son como para despreciarlas.
Sintió como si la hubieran acorralado, pero aún tenía tiempo de escaparse si quería.
—¿Me darás un poco de tiempo para pensarlo?
—¿Cuánto?
—¿Dos semanas? —le sugirió ella, odiándose a sí misma por ser, la causa de su preocupación.
—Dos semanas —aceptó él con brusquedad.
Susan se sentía muy deprimida cuando salieron del restaurante para regresa a sus respectivas oficinas. Tenía fama de ser muy, sincera, pero por una vez no lo había sido. Sabía cuál debía ser su respuesta a esa proposición de matrimonio, pero no se había atrevido a decírselo. El demorarla solo conseguiría hacerlo más difícil para los dos, y se maldijo a sí misma por ser tan tonta.
Las presiones en el trabajo evitaron que pensara demasiada en ello esa tarde, y recibió una llamada que hizo que se apresurara después del trabajo para ir a ver un apartamento que se quedaría vacío a finales de mes.
El apartamento no quedaba muy lejos de su oficina. Podría ir andando hasta el trabajo. Subió en ascensor al octavo piso. El apartamento que le había dicho el agente, estaba situado frente al ascensor. Llamó al timbre con la esperanza de que hubiera alguien que se lo pudiera enseñar. Se quedó parada junto a la puerta, impaciente, sintiendo cómo desaparecía la excitación y en su lugar acudía el desencanto, y después, cuando ya pensaba que no había nadie, se abrió la puerta.
Susan se quedó asombrada, nunca había visto a una mujer tan guapa, a su lado se sintió inferior.
—¿La señorita Brenner? —preguntó la mujer y cuando Susan asintió le sonrió y se presentó—: Soy Ángela Meade. El señor de la agencia me ha llamado por teléfono para hacerme saber que vendría a ver el apartamento.
—Confío que no le moleste.
—De ninguna manera. Por favor, pase.
Mientras Susan seguía a Ángela Meade de una habitación a otra, se dio cuenta de que era una persona a la que le encantaba hablar y cuando terminó el recorrido por el apartamento, Susan ya sabía que Ángela tenía veintinueve años, y que era una secretaria privada que había encontrado un apartamento más grande en el que podría recibir visitas con mayor comodidad. Por lo que Susan comprendió, le gustaban bastante los hombres.
—Brenner…, Brenner, ¿dónde he oído ese nombre? —murmuró pensativa—. Oh sí, ya recuerdo. Un amigo íntimo estuvo casado con una joven llamada Susan Brenner, ¿Por casualidad es pariente suya?
—Ese amigo íntimo, ¿no será por casualidad Greg Delaney?
—Sí, pero… —Ángela se detuvo de repente, y su rostro mostró su sorpresa—. ¿No me diga que usted es Susan Brenner?
Susan no pudo comprender por qué se sintió como si la hubieran golpeado, pero la enorgulleció el poder disimular sus sentimientos en ese momento mejor que Ángela Meade.
—Yo soy Susan Brenner —le confirmó aparentando indiferencia.
—¡Oh, cielos! —exclamó Ángela preocupada—. Hablo demasiado.
—No es necesario que se preocupe. Greg y yo nos divorciamos hace más de seis años y sus amistades femeninas no me interesan.
—Si no le molesta que se lo diga, pienso que usted debía estar loca para dejarle, porque para mí es un hombre extraordinario.
—Ésa es su opinión.
—También la de varias de las jóvenes que han salido con él.
—Qué interesante —observó Susan, mientras asimilaba él que Greg no había carecido de compañía femenina durante esos años, y en ese momento no pudo analizar con exactitud cómo le sentaba ese hecho.
—¿Está segura de que ya no significa nada para usted? —preguntó Ángela contemplándola con curiosidad.
Susan controló como pudo sus pensamientos.
—Ya le he dicho que nos divorciamos hace más de seis años.
—Eso no contesta a mi pregunta.
—Mire —comenzó a decirle Susan con un ligero tono de impaciencia en la voz—. Si usted ha estado saliendo con Greg, por favor siéntase libre para continuar sus relaciones, ya no quiero hablar más del asunto.
—Según veo no le importa nada.
—Exactamente —Susan le replicó con violencia.
—Bueno, de todas formas eso es un alivio —Ángela se rio—. Me horrorizan las exesposas. Parece que tengo la desafortunada tendencia a conocer a hombres que han estado casados antes, y sus exesposas parecen no darse cuenta de que ya no tienen derechos sobre ellos.
—Gracias por permitirme ver el apartamento —comentó Susan cambiando de tema.
—¿Le gusta?
—Es muy acogedor. Adiós, señorita Meade.
Le pareció que Ángela seguía hablando mientras la acompañaba hasta el ascensor, pero Susan ya no la escuchaba.
Al regresar a Western Ridges iba pensando en la casualidad de coincidir con una amiga de Greg. Con todos los apartamentos que había en Johannesburgo, tenía que haber ido a ese. El apartamento le había gustado, era exactamente lo que estaba buscando, pero en su mente aparecía la imagen de Greg y Ángela juntos en aquella cama redonda de la habitación principal, y sintió que los celos hacían presa de ella. Quizá se estaba imaginando demasiado, pero Ángela Meade no daba la impresión de que se contentara con relaciones platónicas, y la virilidad de Greg era algo que Susan conocía muy bien.
Esa noche tuvo mucho en qué pensar, y mucho tiempo para hacerlo mientras sus padres asistían a una cena. Trató de contemplar la situación objetivamente y se dijo a sí misma que ya era bastante adulta como para no hacer caso de ciertas cosas que no eran agradables, pero a pesar de todo, no pudo deshacerse de ese molesto, dolor en alguna parte de su corazón. ¿Sería lo bastante adulta como para dormir en una habitación que Greg pudiera haber compartido con otra mujer? ¿En realidad eso le importaba tanto?
A la mañana siguiente, poco después de llegar a la oficina, llamó a la agencia y les comunicó que no deseaba el apartamento. Cuando colgó el auricular se dijo a sí misma que era una tonta pero ya se había decidido. No podía soportar ver de nuevo aquel apartamento, ni a la mujer que vivía en él, y aunque el sentido común le decía que Greg, era libre para hacer lo que quisiera no le agradó lo que le había contado Ángela.

Capítulo 4

El aparcamiento del sótano del edificio parecía un horno comparado con el fresco que gracias al aire acondicionado hacía en las oficinas, pero a pesar del calor, Susan se estremeció al salir del ascensor.

No le gustaba bajar allí tan tarde, pero había tenido que trabajar media hora más de lo normal, bien iluminado, le parecía un lugar sombrío y sentía miedo. En ese momento, una mano pesada se apoyó en su hombro.

Gritó mientras se daba la vuelta, pero el temor fue desapareciendo despacio cuando se encontró frente a Greg.

—Siento haberte asustado —le dijo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con rudeza.

—Te esperaba. ¿Me puedes llevar hasta Western Ridges?

—¿Qué le ocurre a tu coche?

—He tenido que dejarlo en el taller para que le hicieran algunas reparaciones.

Susan vaciló, no estaba segura de lo que debería hacer. Greg era la última persona que hubiera deseado ver en ese momento, y tuvo deseos de decirle que buscara transporte en algún otro lugar, pero comprendió que esa actitud hubiera sido cruel y rencorosa.

—Bueno, me imagino que será mejor que subas al coche —expresó resignada mientras sacaba las llaves de su bolso y abría la puerta.

—Eres en extremo bondadosa —comentó él burlándose mientras daba la vuelta para subir por el otro lado del Audi. Al darse cuenta de que comprendía lo que sentía, Susan se sonrojó.

Su presencia la perturbaba. Trató de reponerse, y unos segundos después, arrancó.

—¿Puedes hacerme otro favor? —Greg rompió el tenso silencio entre ellos.

—¿De qué se trata? —le preguntó, incapaz de disimular su irritación.

—Tengo que recoger algunas cosas en mi apartamento, pero solo tardaré unos minutos.

Susan sintió cómo la suspicacia se adueñaba de su mente. ¿Sería verdad, o estaría tramando algo de nuevo? La luz roja del semáforo la obligó a detenerse, y se volvió hacia él. Pudo ver su perfil, parecía pensativo. Le daba la impresión de que no notaba su presencia. Se preguntaba en qué estaría pensando.

Unos instantes después cambió la luz del semáforo y le preguntó:

—¿En qué dirección?

—Da la vuelta aquí a la izquierda —le indicó, y durante unos minutos siguió sus instrucciones hasta aparcar el coche frente un moderno grupo de apartamentos. Él se soltó el cinturón de seguridad, y volviéndose hacia ella le sugirió—: Si quieres podemos tomar una taza de café mientras recojo mis cosas.

La invitación pareció inocente, pero Susan se sintió tensa ante la sugerencia.

—Te esperaré aquí, gracias.

—En serio, tengo que recoger algunas cosas. No se trata de un sucio plan para conseguir que subas, y que te quedes allí a mi merced.

Pero Susan recordaba la facilidad con la que se había rendido a sus besos hacía unas noches, e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Prefiero esperar aquí.

—¡Oh!, vamos, Sue, ¡deja de comportarte como una niña asustada!

—Salió del coche antes de que ella pudiera contestarle, y cerrando su puerta, se dirigió hacia ella, Susan salió antes de que la sacara por la fuerza.

—Ahora eres sensata —dijo mientras esperaba que cerrara la puerta del coche, y después la cogió por el brazo y se dirigieron al edificio.

En el espacio cerrado del ascensor, Susan se dio cuenta de que la miraba, recorriendo cada centímetro de su esbelto cuerpo. Al mirarle a los ojos, le pareció ver algo que no pudo definir en ese breve momento antes de que se detuviera el ascensor y se abrieran las puertas.

El apartamento de Greg era grande, el mobiliario era moderno y funcional, y dominaban los tonos oscuros. Le agradó el que tuviera muchas plantas.

—Aquí encontrarás todo lo que necesitas —le indicó Greg interrumpiendo su inspección y empujándola con suavidad en dirección a la cocina.

Susan se volvió para mirarle con frialdad.

—¿Me estás mandando preparar el café?

—Si no me falla la memoria, siempre has hecho un café mucho mejor que el mío —le dijo sonriendo—. ¿Quieres ser una buena muchacha y preparar la cafetera?

Se alejó sin esperar su respuesta, y ella, dejando el bolso sobre una silla en el salón, hizo lo que le había pedido.

Teniendo en cuenta que vivía él solo, llamaba la atención que la cocina estuviera limpia y ordenada. Todo se encontraba en su sitio. Él siempre había sido cuidadoso y ordenado. Durante su breve matrimonio ella lo había comprobado, nunca encontró las cosas fuera de su sitio, ni la ropa tirada por el suelo. En aquella época ella era muy desordenada, y eso a él le molestaba.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios y, por algún motivo que no pudo explicarse, experimentó una ligera tristeza, pero se recuperó con rapidez cuando oyó pasos detrás de ella. Greg se había quitado la chaqueta y la corbata, y sus músculos se dibujaron bajo una camisa que parecía ajustarse demasiado a sus hombros mientras él colocaba un grupo de libros sobre la mesa y dejaba la mochila en el suelo, apoyada contra el armario.

—¿Hace cuánto tiempo vives aquí? —le preguntó, mientras le entregaba la taza de café.

—Dos años, quizá un poco más —le comentó encogiendo los hombros—. Pero en realidad estoy aquí tan poco que nunca pueda considerarlo como mi hogar.

—¿Te envían fuera con frecuencia…, quiero decir, a las distintas minas? —continuó preguntándole para disimular lo nerviosa que se encontraba.

—He estado en casi todas partes menos en el Cabo.

—¿Te gusta este tipo de vida?

—No en particular. Me agradaría tener un hogar con una esposa e hijos, en un lugar que pueda decir que es mío.

Susan sintió que todo su cuerpo se estremecía.

—¿Estás pensando en casarte de nuevo?

—Sí —le sonrió irónico—. ¿Tú no?

—¿Te refieres a Trevor? —le preguntó.

—¿No me dijiste que te había pedido que te casaras con él?

—Sí, así es.

—¿Y bien? —le preguntó Greg con una dureza sorprendente.

—Estoy pensándolo —eso era una mentira pues ella sabía bien cuál sería su respuesta a Trevor, pero en ese momento lo utilizaba como ayuda en esa situación tan difícil y dolorosa. Bebió el café, sintiendo con agrado el calor en su interior y después le dirigió una rápida mirada a Greg—. ¿Y tú tienes a alguien?

Él se volvió para fregar la taza en la pila.

—Pudiera decirse que sí.

Susan se obligó a tomar el resto del café, y fregó la taza mientras Greg murmuraba algo sobre si ya estaba preparada para irse. Sintió un intenso dolor mientras se quedaba allí parada por unos instantes en la pequeña cocina, pero sabía que no se atrevería a analizar sus sentimientos.

Cuando Greg regresó, sus miradas se encontraron y por un breve instante su mente regresó al pasado. En su noche de bodas se habían quedado así parados contemplándose, mientras se encontraban apresados por una curiosa sensación que los hacía sentirse dueños el uno del otro. ¿Estaría experimentándolo Greg de nuevo, igual que ella? Su mirada ardiente mantuvo cautiva la de Susan hasta hacerla sentir que apenas podía respirar. Se acercó a, ella, y parecía estar a punto de decirle algo cuando el ruido de alguien insertando una llave en la cerradura de la puerta de la calle hizo que se detuviera volviéndose para mirar a la persona que entraba en su apartamento.

—¡Greg querido, qué agradable es encontrarte aquí alguna vez! —exclamaba una voz ronca y familiar unos momentos después; era Ángela Meade. Se acercó a Greg, le abrazó y le besó en la boca. Ángela se sorprendió al ver a Susan, y retirando sus brazos del cuello de Greg, le dijo—: ¡Oh, hola!

Greg tosió aparentemente turbado mientras se volvía hacia Susan.

—Permitidme que os presente.

—Ya nos conocemos —le interrumpió Susan con brusquedad.

Él frunció el ceño como interrogándolas.

—Hace dos días ella vino a ver mi apartamento —le explicó Ángela.

—Ya comprendo —murmuró Greg y por un instante se produjo un pequeño silencio. Entonces él le dijo—: Ángela ha estado cuidando mis plantas durante mi estancia en la mina.

—No es necesario que aclares el motivo de la presencia de la señorita Meade aquí, en tu apartamento —comentó Susan en tono seco, agradeciendo la frialdad que sentía en el corazón, como si fuera un escudo contra el dolor.

—Quizá será mejor que venga en otro momento —sugirió Ángela, pero la mano de Greg sobre su brazo la detuvo cuando se iba.

—Por favor, no te vayas, Ángela —le pidió con suavidad—. Solo he venido a recoger unas cuantas cosas y Sue me va a llevar hasta la mina porque tengo mi coche en el taller.

—¿Cuándo te veré de nuevo?

—Te llamaré —le respondió Greg sonriéndole mientras recogía la mochila y los libros que había dejado sobre la mesa.

—¿Pronto? —insistió Ángela.

—Tan pronto como pueda —le prometió, reordenando sus pertenencias de modo que le quedara una mano libre para coger a Susan por el brazo—. Y gracias por la ayuda.

Susan recogió su bolso y salieron del apartamento. No hablaron en el ascensor, pero Susan estaba nerviosa. ¡Era Ángela! ¡Greg quería casarse con ella! Susan no podía dejar de pensar e ello.

Greg colocó sus pertenencias en el asiento trasero del coche y poco después Susan arrancaba el coche a gran velocidad. Aceleró como si eso pudiera calmarla; Greg no hizo ningún comentario hasta que abandonaron la ciudad.

—¿No estás conduciendo demasiado deprisa? —le preguntó.

—Antes te encantaba la velocidad —comentó burlona.

—Aún me gusta, pero solo cuando conduzco yo.

—¿No me consideras capaz de conducir bien un coche a tanta velocidad?

—Creo que conduces muy bien, pero a pesar de eso, preferiría que fueras más despacio.

Iba a más de cien kilómetros en una zona en que lo máximo permitido era ochenta; cuando se dio cuenta, disminuyó la velocidad.

—¿Está mejor así? —le preguntó, sintiéndose más calmada.

—Mucho mejor —le sonrió Greg con ironía—. ¿Siempre conduces tan deprisa?

—Ya es tarde —le mintió con toda tranquilidad—, y quiero llegar a casa antes de que sea de noche.

—¿Qué piensas de Ángela?

—Creo que es…, muy agradable —replicó, apartando su mente del tema.

—Quieres decir que es muy sensual —comentó risueño.

—También —aceptó ella con tranquilidad mientras apretaba sus manos sobre el volante—. ¿Vas a casarte con ella?

De nuevo se produjo un silencio, y después él respondió:

—Aún no lo he decidido.

—¿Pero estás pensando en ello?

—Sí, estoy pensando en casarme.

—Entonces has cambiado, ¿no es así? —Susan le sonrió con cinismo, devolviéndole el saludo al guardia de seguridad de la puerta cuando entraban en la zona de la mina—. Nunca te agradó el matrimonio.

—Me casé contigo, ¿no es así? —comentó burlándose.

—Te casaste conmigo porque sabías que era la única forma de tenerme —le devolvió el golpe.

—¿Nunca vas a permitir que lo olvide?

—Es la verdad —insistió ella, deteniendo el Audi frente a la entrada de la casa.

Susan pensó que dejaría pasar sus comentarios sin respuesta, pero cuando recogió sus pertenencias del asiento trasero se inclinó hacia ella con una mirada amenazadora.

—La verdad es que me deseabas tanto como yo a ti, pero a pesar de todas tus ideas liberales, en tu interior seguías siendo una puritana y necesitabas tener el anillo de bodas en el dedo antes de poder acostarte conmigo.

—No tenías que casarte conmigo.

—No tenía que casarme contigo, pero lo hice —le dijo con dureza—. Y desde entonces no has permitido que lo olvide. Muchas veces me has acusado de hipocresía, pero si tuvieras el valor de analizarte a ti misma, te darías cuenta de que eres mucho más hipócrita que yo.

Se bajó del coche y cerró la puerta de golpe antes de que Susan pudiera pensar en una respuesta adecuada. Pero volvió a abrirla y, le dijo:

—Gracias por traerme.

Los tímpanos de Susan se resintieron cuando él golpeó la puerta por segunda vez y apretando los dientes arrancó. Pensaba que no debía enfadarse. Era consciente de que estaba molesta con Greg por hacer que se viera como era en realidad, pero sobre todo estaba furiosa consigo misma por haber sido tan tonta…, ¡y ahora también le preocupaba la existencia de Ángela Meade!

Esa noche, cuando Susan bajaba por la escalera con la intención de coger un libro del salón, oyó un ruido en la cocina y se dirigió a ella. Encontró a su madre rodeada de varios pasteles, grandes y pequeños algunos recién sacados del horno, y aún enfriándose.

—¿Estás preparándolo todo para una de tus famosas fiestas al aire libre? —preguntó Susan, aspirando el olor agradable que llenaba la cocina y sonriendo con cinismo.

—Así es, y que Dios me ayude. Confío en que mañana tengamos un buen día para hacerlo en el jardín.

—¿Cuántas mujeres esperas?

—Una treinta. Creo que son suficientes.

—Demasiadas —dijo Susan mientras contemplaba los armarios llenos de comida—. No sé como puedes soportar estas fiestas dos veces al año. Las señoras llegarán con sus mejores vestidos. Cuando estén hartas de té y pastel comenzarán con los últimos chismes y no pararán hasta que hayan destruido las personalidades de varias ausentes.

—Ya lo sé —dijo Marge suspirando, quitándose el delantal y colgándolo detrás de la puerta antes de acercar una silla sentarse.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Todas esperan que lo haga y no puedo desilusionarlas.

Durante un instante, Susan pensó en esa respuesta, sirvió café en las tazas que había sacado del armario, y después miró a su madre y le sonrió.

—¿Por qué no reconoces que no quieres desilusionarlas porque en el fondo disfrutas haciendo el papel de primera dama.

—No disfruto. ¡Lo odio!

—Entonces, con más razón, debes terminar con esta farsa de las dos fiestas anuales que te dejan el jardín estropeado, un montón de platos sucios y una gran cantidad de chismes desagradables.

—Esta fiesta al aire libre se ha convertido en una especie de tradición en Western Ridges. Me encanta que las chicas jóvenes no se molesten en asistir, pero las mayores siguen viniendo y no me siento con fuerzas para desilusionarlas.

—Sigo pensando que estás loca, y que toda esta ceremonia que va junto con el puesto de papá, lo único que consigue es ponerme dolor de cabeza —dijo Susan mientras colocaba las tazas de café sobre la mesa y acercaba una silla para sentarse.

—¿Te puedo confiar un pequeño secreto? —Marge le sonrió a su hija con ironía—. A tu padre y a mí también nos pone dolor de cabeza.

—No puedo creer lo que estoy escuchando. Siempre has disfrutado de los actos sociales en que estás de anfitriona.

—Escúchame, jovencita —le habló Marge con seriedad—. Estás muy equivocada si piensas que disfruto atendiendo a los funcionarios retirados y a sus esposas, reuniendo a las señoras que les encanta discutir, para jugar a las cartas una vez a la semana y pasándome la vida entregando trofeos por las actividades deportivas. Lo odio y siempre lo he hecho. Preferiría jugar al tenis, o arreglar el jardín, y además, no creo que haya nada más agradable que pasarme una noche tranquila en casa con un buen libro. ¿Te das cuenta que eso es algo que no he hecho desde hace mucho tiempo?

Susan bebió el café pensativa mientras asimilaba esa información.

—Entonces, ¿por qué haces todo eso, si te disgusta tanto?

—Me agradaría mucho sentarme a tomar el té con alguna amiga, y charlar tranquilamente, pero tu padre tiene un puesto en la mina que me obliga a permanecer alejada de esas actividades. Como esposa del director general tengo unas obligaciones o compromisos sociales, y los llevaré a cabo aunque me cueste la vida, ¿No comprendes? Tenemos una responsabilidad con esta gente. Necesitan alguien a quien acudir; alguien a quien puedan admirar y quizá respetar, y eso es lo que nos mantiene a todos unidos como si fuéramos una familia en este pueblo minero.

—¡Por la forma en que lo dices, parece que la comunidad desaparecería si papá y tú os retirarais y no hicierais vida social!

—Podría suceder —dijo Marge frunciendo el ceño—. Ellos se apoyan en nosotros, y como ya te he mencionado antes, no podemos abandonarlos.

Susan se sintió avergonzada.

—Y pensar que durante todos estos años yo he creído…

—Dilo —la urgió Marge sonriendo cuando Susan se detuvo con una expresión de culpabilidad en el rostro—. Pensabas que tu padre y yo éramos los más presumidos de este lado del Ecuador.

—Estaba equivocada, ¿no es así? Me he equivocado en muchas cosas.

Se produjo un silencio breve y tenso antes de que Marge preguntara:

—¿También sobre Greg?

—En cierta forma, también estaba equivocada sobre Greg. Eso no elimina el hecho de que vosotros os horrorizarais al pensar que nos íbamos a casar hace seis años.

Marge no se sintió ofendida por su comentario, le sonrió al explicarle:

—Algunas veces los padres se hacen en su mente una imagen del hombre con quien confían que se case su hija, y en ese momento Greg era todo lo contrario a lo que nos habíamos imaginado, así que era muy natural que nos sintiéramos desencantados y algo horrorizados —su sonrisa se hizo más amplia al recordar—. La opinión que teníamos de él cambió cuando supimos quién era en realidad y sabes muy bien lo mucho que nos disgustó el que te divorciaras de él.

—Pensé que estabais molestos porque al fin él se había convertido en lo que vosotros deseabais que fuera…, ya sabes —Susan hizo un gesto con la mano—. Ropa clásica, cabello corto y modales perfectos, en lugar del bohemio loco y con frecuencia rudo con el que me había casado.

—Greg nunca fue rudo, ni tampoco un bohemio. Estoy de acuerdo en que era un poco loco y que prefería vestirse informalmente, pero bajo esas apariencias había un hombre sólido y responsable con la cabeza muy bien puesta sobre los hombros, tu padre y yo pensábamos que Greg tenía grandes posibilidades y que estaba perdiendo el tiempo en el laboratorio.

—¿Os agradaba?

—Aún me simpatiza —asintió con la cabeza Margen. Y a tu padre también.

—¿No estaréis esperando que pueda haber una reconciliación entre nosotros?

—¿No hay ninguna esperanza de que arregléis vuestros problemas? —le preguntó Marge, sin tomarse la molestia de negar, que la suposición de Susan era correcta.

—No hay ninguna esperanza —afirmó Susan mientras recordaba la imagen de Ángela Meade con los brazos alrededor del cuello de Greg, lo que le hizo sentir en su interior algo muy cercano al dolor—. Es demasiado lo que se interpone entre nosotros como para que pueda suceder algo así.

—Lo siento mucho, pero es tu vida, y ni tu padre ni yo interferiremos.

Esa noche al acostarse, Susan no pudo dormir. Su mente regresaba al pasado, recordando varios incidentes en que ella había sido la culpable. Ella cometió muchos errores; demasiados como para no sentir un profundo dolor en su interior, y su mayor error había sido dejar ir con indiferencia la única felicidad verdadera que había conocido.

Durante los días siguientes Susan estuvo muy inquieta. En la mina aumentaban las actividades alrededor del pozo número dos, y en sus asuntos personales había una actividad de diferente naturaleza. Trevor le había pedido que se casara con él y se le estaba terminando el plazo para contestarle. Tenía que decidir. Si contraía matrimonio con Trevor tendría la posibilidad de alguna felicidad, ¿pero qué tipo de unión resultaría si no le amaba?

Al fin supo lo que debería hacer, y cuando se sentó frente a Trevor en la mesa del restaurante en la fecha que habían determinado, tenía una respuesta, pero esperó con paciencia hasta que él trató el tema.

—Saldré para ciudad del Cabo antes de lo esperado —le comunicó Trevor cuando tomaban el café, y ella levantó la vista, contemplándole con atención.

—Entonces, ¿el traslado es definitivo?

—Me lo han firmado, sellado y entregado por escrito esta mañana.

—¿Cuándo tienes que irte?

—La próxima semana —se contemplaron en silencio; ambos supieron que no se podía dilatar más tratar el tema. La mano de Trevor buscó la suya y sus ojos se encontraron cuando él le dijo—: Susan…, ¿y nosotros?

—No tiene ningún sentido darle vueltas al asunto. Te aprecio mucho, Trevor, has sido un amigo maravilloso y quisiera dejarlo así.

Su rechazo le afectó bastante.

—¿No hay ninguna posibilidad de que puedas cambiar de modo de pensar?

—Lo siento, Trevor —retiró su mano con suavidad; en ese momento se odiaba a sí misma—. De verdad, lo siento.

—Aprecio tu sinceridad, aunque me haga daño.

—Tienes que creer que nunca hubiera querido herirte —le dijo mientras trataba de contener las lágrimas.

—Lo sé —respondió en el tono de voz que se usa para calmar a un niño, y después le sonrió con dulzura—. Bebe el café que se te enfría.

Susan obedeció en silencio. Sabía que su negativa le iba a hacer daño, pero no era posible evitarlo y ahora se sentía aliviada.

—¿Nos vemos de nuevo para comer la próxima semana? —le sugirió Trevor, disimulando su desilusión de una forma que ella admiró.

—Me encantará —le sonrió, pero la sonrisa desapareció de inmediato.

Greg acababa de entrar en el restaurante, y Ángela iba cogida, a su brazo. Le estaba diciendo algo a él, lo que le hizo inclinar la cabeza, y la sonrisa que le dirigió la hizo estremecer de celos.

—¿Qué sucede? —preguntó Trevor.

—Nada…, nada —respondió luchando por calmarse mientras dejaba la taza sobre la mesa y recogía su bolso—. ¿Nos vamos ya?

Trevor hizo un gesto afirmativo y se levantó en seguida, pero aún faltaba lo peor. Para salir no tenían más remedio que pasar junto a la mesa de Greg y Ángela, y cuando se les acercaron Greg la miró con indiferencia. Susan se obligó a sonreírles con amabilidad, pero Greg la ignoró y dedicó toda su atención a su compañera.

La humillación la hizo sonrojarse y su enfado era evidente. Greg la había ignorado con una facilidad que le hacía mucho más daño que cualquier otra cosa que hubiera podido hacer, pero cuando se calmó, tuvo que aceptar que se lo merecía. En el pasado le encantaba herirle y ahora él tan solo le estaba pagando con la misma moneda.

—¿El que estaba allí sentado con aquella rubia tan guapa era Greg Delaney? —le preguntó Trevor interrumpiendo sus pensamientos mientras se dirigían a la oficina de Susan.

—Sí —aceptó con brusquedad.

—Ya veo.

Trevor no tuvo necesidad de comentar nada más, pues en sus ojos lo vio todo cuando se despidió. Había adivinado sus sentimientos, y sabía más de lo que ella misma quería reconocer en ese momento. Decirlo con palabras hubiera sido lo mismo que rendirse y aún no estaba preparada para hacerlo ante algo que pensaba que había desaparecido hacía años. Consciente e inconscientemente, había luchado contra esa emoción durante tanto tiempo que ahora no se atrevía a ceder por miedo a salir mal parada, sabía que en esa ocasión el dolor no sería fácil de soportar. Quedaría débil e indefensa, y eso la asustaba más que cualquier otra cosa. En el pasado había cometido errores y tendría que aprender a vivir con ellos en el futuro. Los recuerdos se amontonaban en su mente, pero los apartó con esa fuerza y decisión tan característicos de su modo de ser, y al entrar en la oficina y sentarse en su escritorio, ya estaba calmada.

Capítulo 5

A noche siguiente, cuando Susan bajó a cenar, encontró la mesa preparada para dos personas en lugar de para tres. Cuando poco después entró su madre en el comedor preguntó con curiosidad:
—¿No va a cenar papá con nosotras?
—Ha llamado por teléfono hace media hora para decir que llegaría tarde. Esta noche van a bajar al nivel noventa y cinco.
—¿Quién va a bajar?
—Creo que Greg.
—¿Greg? —el miedo la hizo palidecer—. ¡Oh, no…, no!
—¿Dónde vas? —le preguntó Marge cuando Susan estaba a, punto de salir.
—Hasta el fondo del pozo si es necesario.
—Pero, Susan, no puedes… —su madre la siguió mientras cruzaba el vestíbulo, pero ella no se detuvo a escuchar más. Cogió las llaves y sin cambiarse de vestido, salió corriendo.
Se subió al Audi y pocos momentos después Susan se alejaba de la casa, dirigiéndose a toda velocidad hacia el área prohibida para todos menos para los empleados. El guardia de seguridad de la puerta la reconoció al instante, pero no levantó la barrera.
—No puede pasar sin permiso, señorita —le previno, pero Susan no se encontraba con el estado de ánimo como para que le hicieran cumplir las reglas de seguridad.
—¡Voy a pasar le guste o no! —le gritó—. ¡Levante esa barrera o la atravesaré!
La expresión de su rostro fue suficiente para que el guardia la creyera capaz, de hacer lo que decía. Corrió hacia la barrera para abrirla e instantes después ella se dirigía a toda velocidad al edificio de oficinas.
Al entrar, se chocó con Bill MacCullen, un hombre alto y fuerte, pero que estuvo a punto de caer con el impacto, éste, extendió las manos para detenerla.
—¿Dónde está mi padre? —le preguntó.
—Acabo de dejarle en su oficina —le informó.
—¡Gracias!
—Oiga, ¿dónde es el fuego? —le preguntó con tono festivo mientras ella pasaba corriendo a su lado.
—No hay fuego, es que tengo que ver en seguida a mi padre.
Abrió de golpe la puerta que estaba a su izquierda. La oficina de la secretaria estaba oscura pero vio un pequeño resplandor debajo de la puerta de la oficina de su padre.
—¡*Susan*! —exclamó su padre, levantándose con brusquedad cuando ella entró corriendo en la oficina—. ¿Qué demonios haces aquí? ¿Cómo has podido entrar?
—¿Dónde está Greg? —le preguntó, sin molestarse en contestar.
Richard frunció el ceño mientras se subía la manga de la camisa para mirar el reloj.
—Ya debe estar al llegar. ¿Por qué preguntas?
—¿Vas a enviarle al nivel noventa y cinco?
—Sí.
—¡Papá, cómo puedes hacerlo!
—¿Cómo puedo hacer qué? —preguntó frunciendo el ceño y sentándose sobre el borde del escritorio junto a los teléfonos—. Por todos los santos, Susan, ¿qué te ocurre?
Sintió deseos de pegarle, pero eso no hubiera arreglado nada.
—Su hermano James murió allí, y ahora vas mandar a Greg a esa misma sección de la mina.
—Mi querida niña, Greg vino aquí a realizar un trabajo Él sabía lo que tenía que hacer y ése es un asunto en el que no caben sentimientos personales.
—¡Qué duro te has vuelto!
—Susan —comenzó a decirle su padre con notable calma—, Greg ha sabido desde el principio que tendría que bajar a esa sección, y hasta ahora no le he oído quejarse por ello. En realidad, ha sido idea suya bajar allí esta noche para echar un vistazo, y yo, le esperaré aquí, hasta que salga de nuevo.
Ella sintió que le faltaba el aire, y al mismo tiempo estaba avergonzada de sí misma, pero sentía miedo. Hizo un esfuerzo para controlarse, observando por primera vez la preocupación y la tensión en el rostro de su padre, y de repente comprendió que las responsabilidades de ese trabajo representaban una carga pesada.
Aspirando profundamente para calmarse, le preguntó:
—¿Bajará solo?
—En esta etapa no ha querido que nadie le acompañe, excepto un capataz experimentado.
—¿Estarás en contacto con Greg mientras esté allá abajo?
—Sí, por teléfono —asintió Richard aflojando la corbata y desabrochándose el cuello de la camisa, escucharon pasos en la oficina exterior, y murmuró previniéndola—: Aquí viene.
Un segundo más tarde Greg entró en la oficina de su padre. En el casco de seguridad que llevaba en su cabeza, había una linterna y llevaba el mono blanco con la cremallera subida hasta la cintura. Susan había oído decir que algunas veces el calor en la mina llegaba a ser insoportable y era evidente que Greg iba preparado para ello. Susan se puso nerviosa cuando su mirada indiferente la recorrió antes de fijarse en su padre.
—Voy a bajar —le avisó con brusquedad y Richard se levantó.
—Voy contigo hasta la entrada del pozo.
Susan los siguió en silencio. En ese momento la chica no existía para ellos, y sabía la razón. Estaban preocupados por la peligrosa misión que tenían en sus manos, pero deseó poder entrar en la mente de Greg. ¿Tenía miedo como ella? Contempló su ancha espalda y dudó de que pudiera tener miedo.
Se detuvo junto al coche, pero no podía permanecer allí parada viendo cómo bajaba a la mina sin tratar, al menos, de romper la enemistad que existía entre ellos.
—Greg… —él se detuvo, y le hizo un gesto a su padre de que siguiera adelante, después se volvió y su mirada se detuvo en ella. Había querido decirle tanto, pero de repente se quedó sin palabras y solo le dijo en voz muy baja—. Buena suerte.
La expresión de su rostro no cambió y Susan se preparó para lo que pensó que sería otro comentario hiriente, pero él solo se llevó la mano al casco de seguridad saludándola y siguió a su padre hasta el pozo número dos donde le esperaba el capataz.
Las puertas de acero del ascensor permanecían abiertas en el área iluminada alrededor de la entrada del pozo. Sin saber de dónde, llegó Bill MacCullen y detrás de él el ingeniero electricista. Se quedaron todos parados formando un círculo, hablando y haciendo gestos; entonces Greg y el capataz entraron al ascensor. Las puertas se cerraron, la campana sonó dos veces y entonces descendieron hasta el interior de la tierra.
Susan se sentó detrás del volante del coche y cerró la puerta, pero no arrancó el motor; desde allí tenía un excelente punto de observación de la entrada del pozo donde permanecían los hombres y se quedó sentada contemplándolo como si fuera su único vínculo con Greg. Su mente se encontraba en medio de un terrible remolino mientras se quedó allí, y al fin se rindió a la dolorosa verdad. ¡Amaba a Greg! Le amaba con intensidad. Era un sentimiento primitivo, acompañado por un fiero deseo de protegerle, pero Susan se sentía impotente.
Se le escapó un grito de dolor y, levantando los brazos hasta el volante, apoyó en ellos el rostro. Las lágrimas la ahogaban, pero sus ojos permanecían secos, y no tuvo idea de cuánto tiempo permaneció allí con la cabeza en los brazos hasta que se dio cuenta de que alguien se sentaba a su lado.
—¿Por qué no te has ido a casa? —le preguntó su padre con dureza, y ella levantó la cabeza, dejando caer los brazos mientras se reclinaba en el asiento.
—¿Cuánto tiempo va a estar Greg abajo?
—Eso es difícil de saber —le confesó sombrío—. Quizá dos o tres horas.
—¡Oh, Dios!
—Vamos, Susan, no es tan grave.
—¿Y si algo sale mal?
—Nada saldrá mal —le dijo regañándola—. Greg ha bajad ˜ para conocer el área, eso es todo.
—Pero y si…
—¡Nada! —Richard la interrumpió con violencia y se inclinó hacia adelante, contemplando su rostro pálido cuando ella bajo las manos—. ¿Estoy en lo cierto al pensar que aún te interesa.
—Nunca ha dejado de interesarme —murmuró ella y el decir lo que sentía fue su rendición final a algo que hubiera dado cualquier cosa por negar, después sonrió con amargura—. Eso es mucho decir, ¿no te parece?
Su padre la miró durante un momento y después le preguntó:
—¿Qué vas a hacer al respecto?
—Nada.
—Pero si aún sientes algo por él, entonces, con toda seguridad…
—Él tiene otra persona —le interrumpió.
—¿Estás segura? —le preguntó su padre, con expresión de sorpresa.
—Muy segura.
—Si hay algo que yo pueda hacer…
Susan hizo un gesto negativo con la cabeza y suspiró.
—Creo que será mejor que regreses a la oficina por si Greg te necesita.
Richard asintió, pero notó la preocupación en su hija.
—¿Y tú?
—Me iré a casa y esperaré. No tiene sentido que me quede aquí esperando, ¿no te parece?
—No tiene ningún sentido —su padre le sonrió un momento y por primera vez en muchos años Susan se sintió muy cerca de él—. Regresaré a casa tan pronto como pueda.
Él la besó en la frente, después salió del Audi y se dirigió con rapidez hacia su oficina para comenzar su larga espera.
Susan regresó a la casa conduciendo muy distraída. Su mente, se encontraba a nueve mil quinientos pies por debajo de la superficie, tratando de imaginarse lo que estaría haciendo Greg, y debido a su preocupación, casi atropella a un ciclista en una de las calles menos iluminadas de la ciudad. El incidente la hizo recuperarse para llegar a la casa sin mayores problemas y en cierta forma agradeció que hubiera sucedido.
Marge Brenner se encontraba en el vestíbulo cuando Susan entró en la casa unos minutos más tarde; la ansiedad se reflejaba en su rostro al acercarse a su hija.
—¿Dónde has estado? —le preguntó, cogiéndola del brazo.
—He ido a la mina.
—¿Viste a Greg?
—Un instante —le contestó sintiendo un intenso dolor al recordar aquellos ojos oscuros con expresión acusadora. No tenía muchos deseos de hablar y Marge la comprendió.
—Te he dejado la cena en el horno junto a la de tu padre.
—No tengo apetito —murmuró Susan sintiendo náuseas de solo pensar en la comida—. Creo que subiré a mi habitación.
Su madre no la detuvo, y Susan subió por la escalera con las piernas temblorosas. Necesitaba estar sola durante un rato y cuando cerró la puerta de la habitación se recostó contra ella. Después se dirigió hacia la cama y se sentó. En el cajón de la mesilla, cuidadosamente escondida se encontraba una fotografía de Greg y de ella el día de la boda. La cogió y la contempló recordando con claridad la felicidad y la satisfacción que había sentido entonces al ganar a sus padres. Ahora le molestaba haber pensado así, pero no se detuvo mucho en eso, pues el rostro de Greg era el que ocupaba toda su atención. Podía ver la burla en sus ojos, pero en ese día también había algo más en ellos, algo que solo era para ella. Había orgullo y mucho amor; pero antes de que pasara un año, ella le negó su amor. En lugar de darle su apoyo y comprensión, le ridiculizó y se burló de él, y sus comentarios desdeñosos consiguieron separarlos. Ella siempre había estado demasiado ocupada pensando en ella misma, y había sido la única culpable de todo lo que había sucedido. Ahora se despreciaba por la forma en que se había comportado.
Recordaba las últimas palabras que Greg le había dicho y le dolía profundamente que le hubiera llamado hipócrita, tal vez porque en el fondo tenía razón.
Por fin había tenido valor para mirarse a sí misma y lo que había visto no le resultaba muy agradable. Guardó la fotografía en el sobre en el que estaba, y lo escondió en el cajón, pero al hacerlo sus manos temblaban. ¡Ya era demasiado tarde! La comprensión y la compasión habían llegado con seis años de retraso y no podía culpar a Greg por ello.
De repente, perdió el control y dejándose caer en la cama, lloró sin consuelo.
En lugar de aliviarla, las lágrimas la dejaron agotada y temblorosa. Se puso unos pantalones y un suéter antes de ir al baño a lavarse la cara que la tenía roja e hinchada. Al mirarse en el espejo se dio cuenta de su aspecto desastroso y se maquilló para disimularlo. Se quitó las horquillas del cabello y dejó que cayera sobre los hombros, después lo cepilló con fuerza. Muchas veces Greg la había contemplado mientras ella cumplía con ese ritual de cada noche y cuando terminaba, le acariciaba.
La mente de Susan volvió al presente, y rezó en silencio para que a Greg no le ocurriera nada.
Su madre llamó a la puerta de su habitación, y entró con una taza en la mano.
—Pensé que te apetecería tomar un poco de café.
—Gracias —murmuró Susan cogiendo la taza y evitando su mirada, pero pronto se dio cuenta de que su intento de disimular que había estado llorando, no había tenido éxito.
—¿Has estado llorando? —le preguntó Marge.
—Sí, un poco.
—Ya verás como aunque en estos momentos el futuro pueda parecerte triste, todo se arreglará —Marge le habló calmándola, y acompañándola hasta la cama, se sentó a su lado.
Sus miradas se encontraron y Susan vio algo en los ojos de su madre que la hizo respirar profundamente.
—¿Lo sabes?
—Lo sospechaba, pero no me ha quedado ninguna duda cuando has salido corriendo de casa esta noche —le dijo Margue, haciendo que Susan se preguntara si Greg también se habría dado; cuenta, y se estremeció al pensarlo mientras su madre le colocaba una mano sobre el brazo—. ¿Hay algo que podamos hacer tu padre y yo? ¿Hablar con Greg, quizá?
—¡Oh, no! No, por favor, no le digáis nada… ¡Prométeme que no lo haréis!
—No diremos nada, si es lo que deseas, pero…
—Solo serviría para que sintiera pena por mí —Susan interrumpió a su madre, y después de escucharla, ésta parecía confundida.
—¿Por qué sentirá pena por ti si sabe que aún te interesa?
—Hay alguien más —le explicó Susan—. Alguien con quien se piensa casar.
—¿Conoces a esa mujer?
—N-nos conocimos por una coincidencia muy extraña —le dijo Susan, y después hizo algo que no había hecho desde hacía muchos años: le contó todo a su madre, y había un gran dolor en su voz cuando terminó comentando—: Hacen una buena pareja.
—Susan… —Marge se calló, tenía un brillo en sus ojos grises que no pudo ver su hija. Hizo un gesto con las manos y se levantó—. Te di mi palabra de que no me metería y la cumpliré.
La alfombra hizo que no se oyeran sus pasos cuando salió de la habitación, y Susan se quedó allí durante bastante tiempo, mirando la taza antes de llevársela a los labios.
Las horas pasaron con una lentitud desesperante, y Susan oyó todos los ruidos que se produjeron en la casa o en sus alrededores. Su madre se acostó, y ella sintió admiración por su aparente tranquilidad durante todas las horas que su padre estuvo fuera.
Desde los dormitorios se oía el sonido de los tambores, que mantenían un ritmo lento, que igualaba los latidos asustados de su propio corazón y comenzaba a pensar que esa noche nunca terminaría cuando oyó que llegaba el coche de su padre.
Unos instantes después bajaba corriendo por la escalera, y cuando su padre entró, ella ya estaba en el vestíbulo.
—¿Papá?
—Todo está bien, nena —le dijo sonriendo y pasándole un brazo por los hombros. Desde hacía muchos años no la llamaban así—. Greg salió del pozo hace media hora y ha sacado varias muestras que nos indicarán lo que queremos saber.
Susan se estremeció de alivio y abrazó a su padre mientras murmuraba con voz ronca:
—¡Gracias a Dios!
Durante un rato ninguno de ellos habló, y permanecieron abrazados, compartiendo su alivio. Después, Richard dijo:
—Espero que tu madre haya dejado mi cena en el horno. ¡Vengo muerto de hambre!
—¿Sabes una cosa?—le comentó riendo sintiendo también cierto malestar en el estómago—. ¡Yo *también*!
Él frunció el ceño al preguntarle:
—¿No me digas que aún no has cenado?
—No podía —le confesó, recordando las náuseas que había sentido al ver la comida—. No hasta que supiera que Greg estaba a salvo.
—Niña tonta.
Era media noche cuando Susan se retiró a su habitación. Durante un rato estuvo acostada pensando en cosas muy diversas antes de conseguir dormirse.

Durante la semana siguiente, Susan estuvo muy intranquila. Comió con Trevor antes de que se fuera a la Ciudad del Cabo, y por primera vez en los dos años que llevaban saliendo, no tenían nada que decirse. Susan sintió verdadero alivio cuando se despidieron y se separaron.
Deseaba arreglar la situación; explicarle a Greg o disculparse con él, si era necesario, para poder estar tranquila consigo misma. Por ese motivo, le envió una nota a su casa, pidiéndole una entrevista a solas, cuando él pudiera.
La espera fue una lenta tortura, y estaba comenzando a perder la esperanza de que él le llegara a contestar, cuando un día, le llamó a la oficina.
—Si quieres verme, hoy estaré en mi apartamento —le expresó en tono cortante—. Ya conoces el camino, y será buena hora después del trabajo.
—Llegaré hacia las cinco —le dijo, sintiéndose después aliviada al pensar que al fin tendría la oportunidad de descargar un poco su conciencia.
El resto de la tarde se le hizo muy largo.
Llovía cuando entraba por la puerta del apartamento de Greg, y llamó al timbre. Pasaron unos segundos antes de que le abriera, pero algo en la forma en que él la miró la hizo dudar. Vestido de negro, con la camisa abierta hasta la cintura, estaba tan atractivo que Susan se preguntó a sí misma si habría sido una idea prudente verle a solas en su apartamento; estaba llena de indecisión cuando él abrió la puerta por completo y le hizo un gesto expresivo con la mano para que pasara.
—¿Te vas a quedar ahí toda la noche o vas a entrar? —le preguntó con tono burlón. Susan reuniendo los restos de valor que le quedaban, entró en el apartamento.
Greg tenía puesto el hilo musical, en ese momento sonaba una sonata de piano de Beethoven y, a juzgar por los papeles que se encontraban sobre la mesa, Greg había estado revisando el correo. Sus manos le rozaron los hombros.
—Déjame quitarte la gabardina.
Se la quitó, y cuando la estaba colgando ella se volvió para quedar frente a él.
—Greg, yo…
—¿Quieres beber algo? —le preguntó interrumpiendo su intento de comenzar su discurso bien ensayado y, atravesando la habitación hacia el bar, le preguntó—: ¿Un jerez?
—Sí, gracias.
De repente, se sentía tan nerviosa que agradeció la idea de tomar una copa que le aumentara el valor. Su mano temblaba cuando aceptó el jerez que él le entregaba:
—Te tiemblan las manos —le señaló él—. Espero que no te hayas enfriado.
Ella estaba furiosa, pero trató de controlarse. Se sentaron frente a frente y ninguno de ellos habló durante un rato. Había una extraña tensión en el ambiente que no podía explicar, pero que llegó a la conclusión, de que se debía a que no se habían separado muy amablemente la última vez que se habían encontrado antes de la noche en que él bajó a la mina.
Susan trató de recordar lo que había planeado decirle, pero se le habían olvidado las palabras, y al fin le dijo lo primero que se le ocurrió para romper el tenso silencio.
—Confío en que no te haya molestado que te pidiera esta cita.
—Si me molestara no te hubiera llamado, y no te hubiese dicho que nos viéramos aquí.
—No…, por supuesto…, qué tonta soy —murmuró incómoda.
—Muy tonta —afirmó él burlón, colocando el vaso sobre la mesa y sin apartar la vista de ella. Por algún motivo inexplicable Susan tuvo la sensación de que estaba preparada para algún tipo de acción que aún no podía adivinar.
—No tengo la menor idea de lo que debes estar pensando pero yo…
—Lo que yo estoy pensando no tiene importancia por el momento —la interrumpió con brusquedad—. Tómate el jerez y hablaremos más tarde, si es necesario.
¿Si es necesario? ¡Por supuesto que lo era! Tenía que hablarle, explicarle, si podía aclarar las cosas entre ellos. Eso, era importante, ¡extremadamente importante!
Ella cogió la copa para terminar la bebida y al hacerlo, las pinturas que adornaban las paredes atrajeron su mirada. En su mayor parte eran paisajes, pero había uno sobre la chimenea, que le llamó la atención. Era un valioso Pierneef y no pudo disimular el tono de sorpresa en su voz al decirle:
—¡No sabía que te interesaba algún tipo de arte!
—Me conoces muy poco.
—Eso es cierto. También estaba convencida de que me conocía a mí misma, y acabo de descubrir que estaba muy equivocada.
—¿Te has estado psicoanalizando?
—Digamos que hice caso de tu consejo, y reuní el valor suficiente para mirarme con más detenimiento —le confesó con sinceridad.
—¿Y cuál fue el resultado?
—No me ha gustado mucho lo que he visto.
—¿Te has visto a ti misma como alguien capaz de adaptarse a cualquier situación, cambiando su propia personalidad en cada ocasión?
La exactitud de lo que le decía, le dolió.
—Al ponerlo en palabras suena mucho peor.
—¿Quieres enfrentarte a la verdad, no es así?
—No siempre es fácil hacerlo —respondió nerviosa.
—Con un poco de ayuda podrías tener éxito.
Ella fingió no comprenderle cuando le retiró la copa y la hizo levantarse, pero sí comprendió, asustada, el calor de su boca contra la palma de su mano y las caricias de su lengua sobre su piel. Trató de apartar la mano, pero Greg la sujetó con más fuerza, y pasó un brazo a través de su cintura. Su mente rechazó ese contacto físico, pero su cuerpo se entregó.
—Greg… —comenzó a protestar cuando le miró a los ojos, pero él le hizo un gesto negativo con la cabeza.
—No hables. Ya has dicho bastante.
Le pasó una mano por el cabello, tirando al suelo las horquillas, y haciéndola inclinar hacia atrás la cabeza para que su boca pudiera seguir un camino sensual a lo largo del cuello antes de besarle en los labios, con tal pasión que la dejó temblando, y la despojó de toda voluntad de oponerse.
En su interior surgió el deseo. Trató de pensar con lógica, pero solo era consciente de sus labios y de sus manos. Cuando la cogió en sus brazos y la llevó hasta el dormitorio, ella fue incapaz de resistirse.
Greg la desnudó con facilidad y la llenó de besos apasionados.
A partir de ese momento, Susan perdió el control de lo que hacía y cuando sus cuerpos se fundieron ella hundió los dedos en su cabello sintiendo algo muy cercano a la angustia.
—¡Oh Dios, qué estamos haciendo? —dijo con voz ronca, mientras en su interior luchaba por retomar el ¡control y la vergüenza.
—¿Hace falta que te lo explique? —comentó él burlón, y después su boca descendió sobre la suya, aplastándole los labios y la conciencia.
La intimidad de sus caricias provocaron una excitación sensual que le agradaba.
El tiempo y el lugar no tenían significado alguno hasta que su cuerpo musculoso estuvo sobre el suyo deliberadamente, y entonces, por segunda vez, un ligero destello de cordura prevaleció.
—¡*No*! —le gritó con una voz que parecía ser de otra persona y sus manos le empujaron con desesperación. ¡Greg, no lo hagas!
—Ya es demasiado tarde —gruñó él con voz ronca mientras su respiración se volvía tan rápida como la de ella.
Demasiado tarde, sintió el eco de estas palabras en su mente drogada, y se rindió a las demandas salvajes que él le hacía y su cuerpo le respondió con una demanda propia, frenética y salvaje buscando la satisfacción que solo Greg podía darle.

Capítulo 6

Turbada por lo que habían hecho, Susan no se preguntó el motivo por el que había sucedido todo. Había algo tan extraño en la forma en que él se había levantado para vestirse, que ella se cubrió con la sábana mientras le contemplaba asombrada.
—Vístete —le ordenó, deteniéndose para coger su ropa del suelo y dejársela sobre la cama—. Cuando salgas, puedes cerrar la puerta y dejar la llave en el buzón.
Ella se sentó con rapidez, mientras le miraba sorprendida. Él se dirigió hacia la puerta.
—¿Dónde vas?
—¡Afuera! —le gritó.
—Pero, Greg…
—Mira, Sue —irritado, suspiró cortando sus protestas mientras se volvía para quedar frente a ella—. Ya has conseguido lo que viniste a buscar y me ha agradado. Ahora tienes que ser una buena muchacha, y hacer lo que se te dice.
Susan tardó un rato en comprender el significado de sus palabras y cuando lo hizo, se quedó pálida por completo.
—Por Dios, Greg, yo no…
—¿Tú no qué? ¿Vas a negar que no fue más una necesidad física lo que te hizo pedirme vernos en privado?
La humillación hizo que el color regresara a su rostro.
—¡Desde luego que lo niego!
—Entonces, me he equivocado, si quieres, puedes añadirlo a la larga lista de motivos por los que me desprecias, pero en realidad me importa muy poco. Vístete y vete. No quiero que estés aquí cuando regrese.
Salió de la habitación y momentos después, oyó un portazo.
De momento se sobresaltó, pero después se sentó durante varios minutos, absorta en sus pensamientos. Greg le había dado un golpe bajo y la dejó atontada durante un rato; poco a poco, el dolor le hizo recuperarse.
Ella había querido hablar con él; aclarar la situación, pero él no lo había entendido y, cuando Susan recordó con qué facilidad se había rendido ante sus caricias, no pudo culparle si pensaba que había llegado hasta su apartamento hambrienta de amor en el sentido físico. La vergüenza y la humillación la recorrieron como una llama, quemando su dignidad y su orgullo. Debía odiar a Greg por tratarla como a una prostituta, pero no podía hacerlo; no cuando pensaba en el gusto con que ella había participado en lo que había ocurrido entre ellos y, con una sensación de repugnancia hacia ella misma, se levantó y se vistió con tanta rapidez como pudo.
No se entretuvo en recogerse el pelo, y dejándolo suelto, cogió la gabardina y salió. Cerró el apartamento y en menos de cinco minutos ya había dejado la llave en el buzón, y se dirigía en su coche a Western Ridges.
Cuando llegó a la casa, ya había dejado de llover, y percibió el olor a tierra fría y húmeda cuando se dirigió andando desde el coche hasta la casa. En esos momentos tenía ganas de estar, sola, y tuvo la suerte de subir hasta su habitación sin encontrarse con nadie en la escalera. Se desnudó con rapidez para darse una ducha y, parada bajo el agua que golpeaba su cuerpo, no podía comprender cómo algo que al principio había parecido tan hermoso se había convertido en un incidente tan bajo y sucio. Se enjabonó con fuerza como si tratara de borrar el dolor y la humillación, pero nada podía alejar el recuerdo doloroso de lo que había ocurrido.
—Hoy has venido muy tarde —le comento su madre a la hora de la cena…
—Me quedé un rato más en la oficina —replicó Susan, odiándose a sí misma por la mentira, pero solo sería una den las muchas que tendría que decir durante las semanas siguientes para salvar lo que le quedaba de orgullo.
Durante los días que siguieron, temía encontrarse con Greg, pero aún tenía menos deseos de ver a Ángela Meade, y una mañana ésta entró en su oficina. Algo le dijo a Susan que no se trataba de una visita social. El rostro de Ángela mostraba un desagrado que se acercaba al odio y Susan comenzó a sospechar que el tema de la conversación iba a ser Greg Delaney.
—¿En qué puedo servirla? —le preguntó con una sonrisa amable, mientras Ángela se sentaba con elegancia en la silla que ella le había señalado.
—Usted me hizo creer que todo había terminado entre Greg y usted. Me dijo que no tenía ningún interés en él y que no sería una de esas exesposas que interfieren en la vida de su antiguo esposo.
—Todo ha terminado entre Greg y yo y, además yo no he interferido, ¿o lo he hecho?
—Usted hizo que llegara tarde a una cita conmigo la otra noche, debido a que inventó una excusa para verle en privado en su apartamento.
—Tenía que hablarle sobre algo importante, y la verdad es que fue Greg quien sugirió su apartamento como lugar de reunión.
—Como mujer puedo comprender la importancia de lo que tenía que hacer en su apartamento, pero será mejor que sepa que está perdiendo el tiempo con Greg.
Había un tono ofensivo en su comentario, y Susan no pudo pasarle por alto.
—¿Le ha contado Greg por qué quería verle?
—Él me lo refirió todo —le respondió Ángela sonriendo—. Él siempre lo hace.
—Ya veo.
—Me alegro de que lo comprenda —Ángela ronroneó como un gatito que sabía cómo y dónde hacer lo que quería. Y añadió—: Hay algo más que me gustaría aclararle. Greg es mío. Usted ya tuvo su oportunidad y la desperdició, pero ahora me pertenece y nada de lo que usted haga podrá alterar ése hecho —levantó su mano izquierda para tocarse las cuentas de la gargantilla que llevaba puesta, y Susan se fijó en el anillo de diamantes que brillaba en el dedo que se lleva el de compromiso. Susan se dio cuenta de que había sido un gesto, deliberado, pero eso no disminuyó su disgusto.
—¿Están comprometidos para casarse? —le preguntó Susan con cortesía.
—Le enviaré una invitación —le replicó Ángela con una expresión de triunfo no disimulado en su rostro, mientras se levantaba con elegancia—. Tan solo recuerde a partir de ahora, que él es de mi propiedad.
Susan recordó lo que había tratado de olvidar tan desesperadamente. Greg la había humillado, tal vez se lo hubiera perdonado, pero el saber que se lo había contado a Ángela era algo que no podía tolerar. No le parecía una actitud propia de Greg, pero Ángela había sido tan convincente que, si había dicho la verdad, Susan nunca se lo perdonaría.
Después de eso le resultó imposible trabajar. No podía concentrarse y sintió el deseo de llorar. Tenía que reponerse, y debía acostumbrarse a la idea de que ya no habría una segunda oportunidad para Greg y para ella. Era evidente que él había tomado una decisión sobre Ángela.
Susan anhelaba la llegada de la hora de la comida y salió corriendo del edificio. Sin embargo, alguien la detuvo cogiéndola por el brazo, y le preguntó:
—¿Por qué tanta prisa?
—¡Trevor! —se sorprendió—. ¿Qué haces aquí en Johannesburgo?
—He venido esta mañana para un asunto de negocios.
—¿Cuánto tiempo te quedarás?
—Unos cuantos días. ¿Quieres comer conmigo?
—Sí, claro —aceptó la invitación de inmediato y sin decir una palabra más se dirigieron a su restaurante favorito que se encontraba cerca de allí.
Susan nunca se había sentido tan aliviada y feliz de ver a una persona, y Trevor apareció como si supiera, de alguna forma, que le necesitaba.
Ella necesitaba a Trevor mucho más de lo que él se podía imaginar. No pensaba quedarse sentada sufriendo; haría algo sobre su futuro y, si Trevor aún lo deseaba, iba a jugar un papel importante en su vida.
Era muy fácil pensar en ello, pero se le hacía muy difícil expresarlo en palabras, y les faltaba poco tiempo para regresar a la oficina cuando reunió el valor suficiente para hablarle.
—Antes de irte, Trevor, me…, me pediste que me casara contigo —abordó el tema con vacilación y al no ayudarla él, se puso nerviosa y le preguntó—. ¿Sigues pensando igual?
—Susan… —parecía sorprendido—. ¿Has cambiado de forma de pensar?
—Sí, así es.
—¿Te casarías conmigo?
—Si aún me quieres —le respondió ella con una débil sonrisa colocando su mano sobre la suya, y Trevor al instante la apretó con fuerza.
—Por supuesto que aún te quiero —le dijo excitado, dirigiendo una breve mirada a su alrededor, antes de que sus ojos se encontraran de nuevo con los de ella—. Demonios, me gustaría que nos encontráramos solos para poderte mostrar con exactitud lo mucho que te quiero.
—Ven esta noche a Western Ridges —le invitó ella, pero él frunció el ceño.
—Tengo que asistir a una cena de negocios.
—¿Hasta qué hora crees que durará?
—Seguramente, hasta poco después de las ocho. ¿No sería demasiado tarde para ir a verte?
—Desde luego que no —le aseguró ella, y cuando abandonaron el restaurante unos minutos más tarde, Trevor le dio un beso en la mejilla antes de separarse.
Esa tarde, cuando se sentó en su escritorio a trabajar, Susan se sentía mucho más tranquila. Había hecho algo en relación a su futuro que podía considerar como constructivo y pensaba que Greg y Ángela se podían ir juntos al infierno.
Al llegar a casa esa noche se encontró a sus padres arreglados. Era evidente que salían.
—A tu padre y a mí nos han invitado esta noche a cenar —explicó Marge cuando se encontraron en el vestíbulo—, te he dejado la cena en el horno.
—Gracias —le sonrió Susan.
—¿No te importa quedarte sola en la casa? —le preguntó su madre.
—No estaré sola esta noche —le informó Susan—. Trevor vendrá después de las ocho.
—¿Trevor? —la voz de Marge mostró sorpresa—. Pensé que le habían trasladado a Ciudad del Cabo.
—Ha venido de viaje de negocios a Johannesburgo. Estará aquí unos días.
—Está bien, salúdale de nuestra parte si no le llegamos a verlo esta noche.
—Lo haré.
Antes de irse, su padre le dijo con cariño:
—No hagas ninguna diablura, niña —una de sus raras sonrisas se dibujó en su boca y se reflejó en sus ojos muy azules, y Susan le respondió:
—Prometo qué no acabaré con la casa.
Cuando se quedó sola, lo primero que hizo fue darse una ducha y ponerse cómoda. Sacó de su armario unos pantalones y una blusa, y se vistió. Después, se cepilló el cabello y se hizo un moño.
Se maquilló, y bajó a cenar.
Más tarde, se sentó en el salón a tomar el café mientras escuchaba música clásica. Quería relajarse. No quería pensar en nada. Si analizaba sus acciones, estaba segura de que encontraría algo que le disgustaría.
Trevor tardó bastante, pero al fin llegó.
—¿Estás sola? —le preguntó, cuando ella le hizo pasar al salón.
—Mis padres han ido a una cena —le explicó.
—¿Así que tenemos toda la casa para nosotros?
—Así es.
—¿Y por qué no? —le dijo él, cogiéndola entre sus brazos con algo de brusquedad—. Ya he esperado bastante para esto.
Sintió su boca contra la suya, fría y, ligeramente posesiva. Abrió los labios deseando responder a sus besos y a sus caricias, pero solo consiguió despertar sus emociones muy superficialmente. Se consoló pensando que con el tiempo mejoraría, ahora le parecía más que suficiente sentirse a salvo en sus brazos teniendo la seguridad de que la amaba y deseaba.
—¿Quieres algo de beber? —le preguntó, soltándose con suavidad de sus brazos.
—Más tarde —le dijo él sonriendo, cogiéndola, de la mano y haciéndola sentarse en el sofá—. Tengo, algo para ti.
Buscó en el bolsillo de su chaqueta, y poco después le dio una caja pequeña, sin decirle lo que contenía, pero se quedó sin aliento cuando la abrió, y contempló un anillo de compromiso con un grupo de diamantes.
—Oh, Trevor —murmuró en voz baja, y con cierto sentimiento de culpabilidad. Cuando él sacó el anillo del estuche, y se lo colocó en el dedo, a Susan se le llenaron los ojos de lágrimas.
—¿Cuándo te casarás conmigo?—le preguntó.
—¿Te parece mucho esperar un mes? —dijo ella tratando de ganar tiempo, y una expresión de desagrado apareció en el rostro de Trevor.
—¿Tenemos que esperar tanto?
—Debo avisar en la oficina, y tendré muchas cosas que hacer antes de poder pensar en reunirme contigo en Ciudad del Cabo —argumentó para poder acostumbrarse a la idea.
Trevor contempló pensativo sus manos entrelazadas, y después sonrió.
—He esperado dos años, así que me imagino que un mes más no me matará.
—Es muy amable de tu parte ser tan comprensivo.
—No soy amable ni tampoco comprensivo, pero sé que te molesta que te obliguen a hacer las cosas deprisa, y no deseo hacer nada que pueda hacerte, cambiar de opinión.
—Oh, Trevor —murmuró con inseguridad y en esta ocasión experimentó cierto remordimiento al pensar que quizá él nunca le llegara a interesar tanto como ella a él.
—Te juro que te haré feliz —le dijo levantándole el rostro, ella respondió a sus besos con un poco de más calor que la primera vez.
Sus brazos la rodearon y pasaron varios minutos antes de que pudiera apartarse de él, sin que sospechara que no estaba disfrutando de la intimidad que compartían.
—Voy a preparar café —comentó.
—Nada de café —hizo un gesto con la cabeza, y le sonrió—. En la bolsa que he dejado en el vestíbulo hay una botella de champán frío.
—Entonces, voy a sacar las copas —dijo riendo, dirigiéndose hacia el armario de nogal, y sacando dos copas mientras Trevor iba a por la botella y la abría.
—Por el futuro —brindó cuando estaban sentados, frente a frente—. Y que nunca te arrepientas de tu decisión.
Bebieron champán, hablaron y, ninguno de ellos mencionó a Greg, pero eso no evitó que su imagen no estuviera presente en su mente. Era algo que le turbaba, y que le exigía mucha fuerza de voluntad, para poder concentrarse en el rostro del hombre con el que se acababa de comprometer.
Los besos de Trevor eran más apasionados conforme avanzaba la noche, y Susan le rehuía mentalmente mientras aumentaba el deseo que él sentía. Constantemente se decía a sí misma que sería diferente después de que se casaran, y que cuando pasaran los años se reiría de sí misma por haber pensado que nunca podría amar a otro hombre tanto como había amado a Greg.
Greg. Tenía que expulsarle de su mente y de su alma; tenía que eliminarle para siempre de su corazón, y debía comenzar ese momento.
Ya pasaban de las once de la noche, cuando el ruido de coches que se acercaban a la casa le ofreció una excusa para soltarse del abrazo de Trevor.
Pasaron unos segundos, y Richard y Marge Brenner entraron en la casa. Greg iba con ellos. Susan consiguió mantener la calma mientras se quedaba allí parada al lado de Trevor.
—Hola, Trevor, no esperábamos que aún estuvieras aquí comentó Marge con torpeza y falta de tacto—. Me alegro de verte de nuevo.
—Trevor, él es Greg Delaney —Richard hizo la presentación—. Greg…, Trevor Wylie, un amigo de Susan.
—Trevor es algo más que un amigo, papá —le corrigió Susan mientras los dos hombres se miraban con frialdad, y se dio cuenta como la mirada burlona de Greg se fijaba en Trevor, y después regresaba a ella. De repente, decidió que ése era el mejor momento para darles la noticia, y levantando la mano izquierda para enseñar su anillo, les dijo—: Esta noche Trevor y yo nos hemos comprometido.
Greg y su padre se miraron, parecían preocupados.
—Bueno, felicidades —comentó Richard, recuperando el aplomo con rapidez y dirigiéndole una mirada de advertencia a Marge.
—Sí, sí, por supuesto —murmuró Marge—. Felicidades.
—Gracias —Trevor y Susan contestaron casi al unísono; sin embargo, Susan estaba contemplando a Greg. Había una extraña palidez en su rostro, y en sus ojos oscuros se había hecho más intensa la burla. Susan se obligó a sí misma a hacerle frente.
—Me imagino que esto requiere una copa —fue Richard quien rompió el silencio, pero Trevor se negó.
—Discúlpeme, señor Brenner, pero mañana tengo una junta muy temprano y debo regresar al hotel.
—Bueno, en otra ocasión será.
—Gracias —asintió Trevor, y mirando a Greg y a sus padres le dijo—: Buenas noches.
—Te acompañaré hasta el coche —dijo Susan, cogiéndose al brazo de Trevor, y al salir sintió que los tres les miraban.
—Tu Greg no ha parecido alegrarse mucho, ¿no crees? —comentó Trevor cuando se detuvieron junto al coche que había alquilado, y eso la molestó.
—Él no es mi Greg.
—Lo siento —levantó la mano y le acarició con suavidad la nuca—. Creo que aún me molesta todo lo que se relaciona con Greg Delaney.
—¿Cuándo te veré de nuevo? —preguntó ella cambiando de tema.
—Todos los días que pueda durante la próxima semana —le prometió—. Te llamaré por teléfono cada vez que tenga un rato libre.
Ella aceptó en silencio, y después murmuró cansada:
—Buenas noches.
—Te amo, Susan —le dijo en voz baja, y después la besó con pasión, antes de soltarla y subirse al coche.
Susan se quedó allí parada en la oscuridad y pasó un rato antes de que entrara en la casa. Al hacerlo, se imaginaba lo que estarían pensando los demás, pero no le importaba.
—Si me disculpáis, subiré a mi habitación —dijo y sin esperar respuesta atravesó con rapidez el vestíbulo, y subió por la escalera.
Sola en su dormitorio, se sentó frente al espejo y comenzó a deshacerse el moño. La luz hizo brillar el anillo en su dedo, atrayendo su atención, y bajó la mano para contemplarlo. La realidad de su compromiso con Trevor le trastornaba, pero dejó a su lado los temores y se afirmó en su decisión de adoptar un enfoque positivo para su futuro. Había hecho lo adecuado, y no se atrevía a dudar de su decisión de casarse con Trevor. Al final todo saldría bien, y ya había dado el primer paso.
Cogió el cepillo y se peinó con fuerza como si deseara de esta forma alejar los pensamientos molestos, pero no lo consiguió. En ese momento la puerta se abrió y contempló la imagen de Greg en el espejo.
—¿Qué haces en mi dormitorio? —le preguntó con dureza.
—Estoy aquí con el consentimiento de tus padres —le dijo con esa sonrisa maliciosa que ella conocía tan bien.
—¿En serio?
Él pasó por alto su sarcasmo y deteniéndose frente a ella se quedó mirando su cabello dorado.
—Siempre tenías la costumbre de dejarte el cabello suelto, y me gustaba más a mí que recogido en un moño te hace parecer mayor.
—No has venido aquí para decirme eso —le replicó Susan, dejando sobre la mesa el cepillo, y levantándose con el fin de mantener más distancia entre ellos.
—No, es cierto. He venido a informarte de que no te puedes casar con Trevor Wylie.
Por un instante su arrogancia la dejó sin habla; después le preguntó furiosa:
—¿Qué te importa a ti la persona con la que yo decida casarme?
—Me importa tu felicidad.
—¡Qué conmovedor! —exclamó con tono de burla.
—Deja de burlarte, Sue y escúchame.
—Lo estoy haciendo, pero hasta ahora no me has dicho nada interesante. Lo menos que podías haber hecho era felicitarme.
—No puedo felicitarte por cometer el mayor error de tu vida.
—Déjame corregirte. El mayor error de mi vida fue casarme contigo, pero quedó rectificado hace más de seis años, y nada en este mundo me conducirá a cometer de nuevo el mismo error.
—Si te imaginas que voy a sugerirte que te cases conmigo en lugar de hacerlo con Trevor, estás equivocada —le devolvió el golpe y ella entrecerró los ojos con rapidez, para disimular el dolor que sentía.
—No te vanaglories, Greg. Me refería al hecho de que cuando me casé contigo tenía la cabeza llena de tontos ideales, pero ya soy lo bastante adulta como para enfocar el matrimonio desde un punto de vista más práctico.
Greg la cogió por los hombros.
—No puedes casarte con él si no le amas, Sue.
—Le respeto, y eso es más de lo que siento por otras personas —le contestó, tratando de liberarse de esas manos tan grandes que podían intranquilizarla con tanta facilidad.
—El respeto no es un sentimiento muy excitante para llevar a la cama.
—Debería haberme imaginado que el sexo entraría de alguna forma en esta conversación.
Se dibujó una sonrisa sensual en la boca de Greg mientras sus manos se deslizaban por sus hombros para rodearle el cuello.
—Lo hicimos muy bien la otra noche, ¿verdad? —murmuró en voz baja.
—¡Cállate! —gritó mientras su rostro se enrojecía de ira y enfado, y de alguna parte sacó la fuerza para hacerle retirar las manos y dar un paso atrás alejándose de su lado—. ¡Sabes que no fui a tu apartamento por eso!
—La razón por la que fuiste no tiene importancia. Lo que interesa es lo que sucedió mientras estuviste allí.
Susan se acercó a la ventana, miró hacia los pozos de la mina.
—¿Es necesario que me lo recuerdes?
—Sí —le respondió acercándose por detrás—. Estoy rememorando esa noche porque no creo que Trevor tenga capacidad para excitarte hasta el punto en que te despojas de tus tontas inhibiciones, de la forma en que siempre lo has hecho conmigo.
—Trevor no es ningún principiante en hacer el amor. ¡Es un experto!
—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Greg con brusquedad a la vez que le hacía darse la vuelta.
—Es fácil de imaginar, ¿no te parece?
—¡Mientes! —gruñó y le hizo tanto daño en los brazos, que consiguió que terminara con su engaño.
—Sí, estoy mintiendo…, ¡ahora suéltame, y sal de mi habitación antes de que empiece a gritar y haga que mi padre te eche de mi casa!
—Si te casas con Trevor cometerás un grave error, Sue, y después no digas que no te lo he advertido —le dijo con dureza y la soltó tan bruscamente que se dio contra la pared.
—Tu opinión no me interesa lo más mínimo.
Su mano izquierda se movió en un gesto inconsciente mientras hablaba, y él la cogió, sometiéndola de modo que pudiera ver el anillo de compromiso.
—Muy brillante, ¿verdad? —le comentó en tono cortante y con una sonrisa maligna—. Confiemos en que Trevor no se dé cuenta demasiado pronto de que te falta el brillo necesario cuando os acostéis juntos.
Sus palabras le hicieron tanto daño que se encogió interiormente, pero antes de que pudiera pensar en una respuesta adecuada, Greg había salido de la habitación, dando un portazo.
Susan contempló la puerta con dolor, y después caminó vacilante, hacia la cama, quedándose allí recostada durante varios minutos mientras aceptaba, a su pesar, que Greg no había dicho nada que ella no supiera. Se iba a casar con Trevor sin amarle y sabía que él nunca conseguiría hacerla sentir lo mismo que Greg. Por mucho que lo intentara, no podía olvidarlo, pero tampoco podía enfrentarse al futuro con Greg casado con otra mujer. Necesitaba tener a alguien en quien apoyarse, y Trevor era el único hombre, aparte de Greg, que se había interesado por ella en los últimos años.
Susan se puso el camisón y se acostó, temiendo permanecer despierta durante horas. Sin embargo, el agotamiento mental pudo con ella, y durmió hasta que sonó el despertador a la mañana siguiente.

Capítulo 7

En el trabajo Susan pudo evitar fácilmente que se enteraran de que se había comprometido. Ella siempre había llevado un anillo en el tercer dedo de la mano izquierda y aunque se dieron cuenta de que llevaba uno distinto, no le dieron importancia especial. Acordó con Trevor no dar publicidad a su compromiso. Con el tiempo todos lo sabrían, y por el momento prefería que no se hablara de ello.
Esa mañana trató de no pensar demasiado en el tema, pero seguía recordando algunos de los comentarios que Greg le había hecho la noche anterior, en particular uno de ellos le hacía estremecer cada vez que veía el destello del anillo de compromiso.
¡Maldito Greg! ¿Qué derecho tenía para criticarla cuando Ángela Meade llevaba su anillo? Ella tenía tanto derecho como él a la felicidad, y no le agradó que se metiera en sus asuntos.
Solo faltaban unos minutos para la hora de la comida cuando alguien entró en su oficina.
—¡Papá! —exclamó sorprendida mientras dejaba el trabajo y se levantaba para darle un beso en la mejilla—. ¡Qué sorpresa tan inesperada!
—He tenido que ir a una junta en las oficinas principales y he pensado que podríamos comer juntos antes de regresar a Western Ridges.
—Si tú pagas, no me negaré —le contestó riendo.
Comer con su padre era algo que ocurría muy rara vez, mientras se dirigían hacia el restaurante, presintió que él le quería decir algo, y que estaba relacionado con su decisión de casarse con Trevor. Mientras comían hablaron de muchas cosas, pero en varias ocasiones él le quiso decir algo, y su padre fruncía el ceño al mirar su mano izquierda donde resplandecía el anillo de Trevor.
—Susan… —comenzó a decirle Richard con una indecisión poco normal en él, cuando les acababan de servir el café—. Tu madre y yo no queremos meternos, pero estamos preocupados por ti, y esa repentina decisión de casarte con Trevor nos inquieta.
Susan comprendió lo extraño que les debió parecer, cuando acababa de reconocer que aún amaba a Greg.
—Durante los dos últimos años Trevor me ha pedido muchas veces que me casara con él, ya lo sabes. Lo que sucede es que he tardado mucho tiempo en decidirme.
—¿Qué me dices de Greg? Recuerdo que dijiste que aún te interesaba.
—Por supuesto —aceptó ella, obligándose a sí misma a reír—. Y confío que sea muy feliz con Ángela Meade.
—¿Ángela Meade? —se dio cuenta de que eso le había cogido desprevenido—. ¿Quién es ella?
—Ángela es la prometida de Greg —le explicó Susan con calma—. ¿No sabías que él estaba comprometido?
—No me había comentado nada, y tampoco tengo por qué saberlo —murmuró su padre con el ceño fruncido—. Debo confesar que tu madre y yo confiábamos en que Greg y tú… —se colocó la cuchara en el plato y después de tomar un sorbo de café, con un esfuerzo evidente añadió—: Solo queremos que seas feliz, y si piensas que tu dicha está en Trevor, no intentaremos detenerte.
—Gracias —le sonrió, un poco extrañada por su comportamiento pero siguiendo un impulso cogió la mano y se la apretó—. Os agradezco que os preocupéis por mí, pero no hay ninguna necesidad.
—Hay otra cosa —dijo él moviéndose en la silla—. No te apresures demasiado para decidir la fecha de la boda. Antes de que lleves a cabo tus planes tengo algo de extremada importancia que discutir contigo.
—Estás despertando mi curiosidad —comentó Susan riendo, a pesar de que se sintió intranquila—. ¿No puedes decirme ahora cuál es ese asunto tan importante que deseas discutir conmigo?
—Puede esperar un poco más —afirmó su padre con tono cortante, y ella le conocía lo suficiente como para no insistir.
De repente, él cambió de tema y pocos minutos después dejaban el restaurante y se iban cada cual a su oficina. Susan sentía curiosidad por lo que su padre le había dicho, y cuando Trevor la llamó por teléfono para invitarla a cenar en su hotel agradeció la interrupción.
—Pasaré a buscarte a las siete —dijo—. Ahora tengo que colgar, he salido un momento de la junta y tengo que regresar.
Susan colgó el auricular sonriendo. Nunca había visto a Trevor tan preocupado por el tiempo, pero sería agradable, pasar la noche con él, después de la conversación tan turbadora que había tenido con su padre.
Esa noche cuando Trevor llegó a las siete a buscarla, sus padres no estaban en casa, y Susan se sintió aliviada. Necesitaban tiempo para adaptarse a la idea de que iba a casarse con Trevor y hasta entonces sería preferible que no le vieran demasiado.
La compañía agradable y alegre de Trevor le hizo olvidar la intranquilidad que había sentido todo el día. Ella solo había bebido una copa de jerez antes de la cena y cuando salieron del restaurante, Trevor le sugirió tomar otra copa antes de regresar a la casa.
Pidió para ella otro jerez y un coñac para él; Susan le preguntó sobre su trabajo en Ciudad del Cabo.
La mirada indiferente de Trevor recorrió el salón, contemplando a las demás personas que estaban allí; de repente apareció en sus ojos un destello de interés y se inclinó hacia Susan.
—Aquél que está en la mesa del rincón es Joseph Zimmerman, el empresario —le indicó señalándole con discreción—. ¿Te molestaría que fuera a verle un momento para decirle una cosa?
En esos días Joseph Zimmerman aparecía en todas las noticias. Había llevado al país muchos artistas de fama internación y Susan comprendía el deseo de Trevor de hablar con él.
—Por supuesto que no me molesta —le aseguró.
—Regresaré en seguida —le prometió Trevor, levantándose con rapidez y ella tuvo la extraña sensación de que en ese momento era como si ella no le importara, pero tenía que reconocer que Trevor siempre había sido así en lo referente a su trabajo.
Le observó dirigirse hasta la mesa del empresario y vio cómo le entregaba su tarjeta que le identificaba como periodista, después Susan cogió una revista y empezó a pasar las hojas. Cuando levantó la vista se encontró con la mirada de Greg, que tenía un vaso en la mano y señalándole su copa vacía le dijo:
—¿Puedo invitarte a tomar algo?
En ese momento Susan era consciente de su habilidad para mirar a una mujer y hacerla sentirse deseada y especial, como si fuera lo único que existiera para él. Hacía mucho tiempo, Greg le había dicho que ella siempre sería la única mujer especial para él. Eso fue lo más cerca que estuvo de decirle que la amaba.
Todos esos pensamientos pasaron por su mente en una fracción de segundo, y de repente sintió que el bar del hotel no era lo bastante grande para que estuvieran Greg y ella. Deseaba levantarse y correr, pero en lugar de eso, se encontró allí sentada y mirándole.
—¿Qué haces aquí? —le preguntó.
—He quedado en encontrarme aquí con un antiguo compañero de la universidad, pero he llegado antes de tiempo, por lo que he decidido tomar una copa mientras le espero —le explicó Greg—. ¿Te molesta que me siente un rato?
—Sí —le contestó Susan con una rudeza producto del temor que sentía, pero él ya se estaba sentando, y ella añadió desesperada—: ¡Por favor, vete!
—No eres muy amable —la regañó con tono burlón, estirando sus largas piernas todo lo que pudo, y llamó a un camarero que pasaba junto a ellos—. ¿Quiere traerle un jerez a la señora?
—¿Cómo sabes que estoy tomando jerez? —le replicó irritada.
—La única cosa que es previsible en ti son tus hábitos al beber. Café, té, jerez y champán. Esa copa vacía no contiene ni café, ni té, y estoy seguro de que anoche ya tomaste bastante champán, así que tiene que ser jerez —le sonrió con malicia y frunció el ceño al preguntarle divertido—: ¿No tengo razón?
—¡Maldito seas, Greg! —dijo furiosa, pero en voz baja para que no la oyeran las personas que estaban sentadas cerca de ellos—. ¡Vete y déjame en paz!
—Tú estás esperando a Trevor, y yo aguardo la llegada de mi amigo, por lo tanto, ¿qué hay de malo en que estemos juntos tomando una copa mientras esperamos? —le preguntó Greg con una calma que aún la enfurecía más—. ¿Hubieras preferido que me sentara en otro lugar y que no te hubiera hecho caso?
Susan le hubiera preferido, en cualquier lugar menos en ése donde su presencia alteraba el ritmo de los latidos de su corazón y la hacía sentirse consciente de esa odiosa debilidad contra la que no podía combatir. Además de eso estaba su preocupación por Trevor. No dudaba de que él ya habría visto a Greg sentado allí con ella, y temía lo que pudiera estar pensando en ese momento.
—No quiero que te quedes en esta mesa —le dijo al fin, olvidando toda cortesía, deseando que Greg se fuera antes de que Trevor regresara.
—¿Por qué no? —le preguntó Greg con una sonrisa desdeñosa—. ¿Piensas que a Trevor no le gustará que esté aquí?
—Por favor, Greg…, vete.
—¿No me digas que es celoso?
—La situación ya es bastante desagradable —le dijo, disimulando su nerviosismo—. Por favor, no la empeores.
—Te prometo que me portaré como nunca.
—¡Oh, por todos los santos! —dijo desesperada y apretando las manos con tanta fuerza que se llegó a hacer daño. Greg se dio cuenta.
—Tu anillo es un poco aparatoso. ¿Te pesa tanto en la mente la decisión de casarte con Trevor como ese anillo en el dedo?
—¡Ocúpate de tus asuntos!—murmuró, mientras sus ojos se oscurecían por la furia que ya no podía contener por más tiempo.
—Si llegas a casarte con él, me imagino cómo estarás dentro de un año. Te sentirás frustrada y siempre estarás de mal humor.
—¡Eres despreciable!
—Quizá…, pero también soy realista —se bebió el resto del contenido del vaso, después lo colocó sobre la mesa. Cuando levantó la cabeza, Susan se dio cuenta de que había desaparecido la burla de sus ojos—. Él no es para ti, Sue.
Quería que Susan reconociera que él estaba en lo cierto, pero ella no le iba a dar la satisfacción de decírselo, aun cuando estuviera comenzando a pensar que así era.
—Yo no me he metido en tu vida —le dijo con frialdad—. ¿Qué derecho tienes para meterte en la mía?
—Necesitas ayuda.
—¿Ayuda? ¡Eso sí que es gracioso!
—No sabes lo que estás haciendo.
—Sé perfectamente lo que estoy haciendo —replicó con sarcasmo—. Me he cuidado yo sola durante los últimos seis años y seguiré haciéndolo sin ti muchas gracias.
—¿Sabes que tus padres están preocupados por ti?
—Hoy he comido con mi padre, le he dicho que sé lo que estoy haciendo, y le he dejado tranquilo.
—A mí no me convences, Sue.
—Y no pienso ni siquiera intentarlo —le dijo—. Ya hace mucho tiempo que cortamos todos los lazos que nos unían Greg, y eso significa que no tienes el menor derecho a burlarte, ni a meterte en las decisiones que yo tome relacionadas con mi futuro. Eso es algo que no toleraré, ¿entiendes?
—¿Qué hay de malo en que te dé un consejo amistoso? —insistió él ya bastante enfadado.
—No te he pedido ningún consejo —le replicó con tono de desagrado pero Greg pareció no escucharla. Su mirada estaba fija en alguien que estaba tras de ella, y de repente, se levantó y dijo:
—Buenas noches, Wylie —saludó con hostilidad a Trevor—. Me he tomado la libertad de hacer compañía a tu prometida mientras estabas charlando con el famoso Joseph Zimmerman. Espero que no te haya molestado.
Greg puso énfasis especial en la palabra prometida.
—Has sido muy amable —le respondió Trevor controlándose.
—Estaba seguro de que pensarías así —respondió Greg sonriendo con malicia, y la frialdad que se escondía detrás de su comentario hizo que Susan se estremeciera.
Estaba tan nerviosa, que se levantó y cogió del brazo a Trevor.
—Por favor, ¿podemos irnos ya, Trevor?
—Sí, por supuesto —le respondió. Mirando a Greg añadió—: ¿Nos disculpas, Delaney?
—Desde luego.
Greg se dirigió a Susan y le dijo:
—Felices sueños, Sue.
Ella apretó los dientes para contestarle, pero le dirigió una mirada llena de odio, y salió del hotel con Trevor.
Hubo un silencio tenso entre ellos hasta que se sentaron en el interior del coche. Susan se preguntaba qué estaría pensando y sentía verdaderos deseos de tranquilizarle, pero por algún motivo no lo hizo.
—¿Por qué abrevia tu nombre de esa forma tan desagradable? —le preguntó furioso.
—Olvídalo —sugirió ella tratando de aparentar indiferencia.
—Ojalá pudiera —murmuró.
—Trevor…
—Lo siento, Susan —le dijo él interrumpiéndola, apretando la boca y con el ceño fruncido—. Hasta ahora, él no era más que una sombra que podía aguantar, pero de repente se ha convertido en realidad y me está resultando demasiado molesto.
Respiró profundamente y le preguntó en tono suave:
—¿No estarás celoso?
—¡Sí, lo estoy! —afirmó, golpeando con el puño el volante—. Estuviste casada con él, te conoce muy íntimamente y cada vez que te mira veo algo en sus ojos que me hace comprender que te observa de una forma que yo aún no he conseguido. ¡Eso me está volviendo loco!
Por un momento Susan se estremeció por esa revelación, pero cuando pasó un rato, sintió compasión.
—Nunca pensé que el encontrarte con Greg te desagradara tanto.
—Perdóname, Susan, pero no puedo evitarlo —dijo Trevor pasándose una mano por el rostro.
Sin saber en realidad qué hacer o qué decir, le puso una mano sobre el brazo y le dijo con voz apagada.
—Lo comprendo.
—¿En serio?
Sus ojos se encontraron en la oscuridad y de repente Susan comprendió qué sería lo que podría ayudar a hacer desaparecer esa expresión de su rostro de una vez por todas.
—Sé que te has acostado con varias mujeres —dijo—, y eso nunca me ha molestado, pero si llegara a conocer a alguna de ellas, entonces estoy segura de que sentiría que me llevaba ventaja.
Siguió un corto silencio, tenso e incómodo, pero después él se rio y le besó la mano.
—Gracias Susan. Después de todo, sí que lo comprendes.
—Entonces, bésame y no permitas que Greg eche a perder lo nuestro.
La besó con fuerza, pero mientras regresaban a la casa, la imagen de Greg no desaparecía de su mente.
—¿Quieres entrar un rato? —le preguntó después de haber estado besándose en la sombra, junto a la puerta principal de la casa de sus padres sin que Susan sintiera nada especial.
—Será mejor que no entre —murmuró incómodo, con los brazos aún alrededor de su cuerpo—. Si entro terminaré deseando hacerte el amor, y el sofá que hay en el salón de tus padres no es el lugar más apropiado para ello —le dijo burlón, y después dándole un beso en la punta de su nariz, comentó—: Te llamaré mañana.
Susan entró en la casa tan pronto como desapareció el coche; cuando pasaba el cerrojo de la puerta principal se dio cuenta de que estaba encendida la luz de la cocina y oyó la voz de su madre que la llamaba.
—¿Eres tú, Susan?
—Sí, mamá —le contestó con suavidad, mirando el reloj del vestíbulo y dándose cuenta de que eran casi las once.
Sintiendo curiosidad por saber por qué su madre aún se encontraba levantada, cuando había dicho que se pensaba acostar temprano, Susan se dirigió hacia la cocina y se la encontró sentada en camisón y bata, tomando una taza de café.
—¿No le pediste a Trevor que pasara? —le preguntó.
—Le invité, pero no quiso —le replicó Susan.
—Sobre la cocina hay café recién hecho —le indicó haciéndole un gesto y señalándole la cafetera, pero a Susan en ese momento no le apetecía, así que acercó una silla y se sentó al lado de su madre.
Marge tenía los ojos rojos e hinchados, y Susan, dándose cuenta de lo que, eso significaba, le preguntó:
—¿Has estado llorando? —le preguntó Susan preocupada.
—Oh, no tiene importancia.
—No se llora sin ningún motivo —insistió suavemente, pero presionándola—. ¿Quieres contarme de qué se trata?
—Es que no podía dormir —le explicó Marge, pero al mirar el rostro decidido de su hija debió comprender que sería inútil disimular más tiempo, y por fin le confesó—: Estaba pensando en ti.
—¡Oh, mamá! —exclamó Susan, quitándose la estola y colocándola sobre la mesa al lado de su bolso de noche.
—Susan, sé que te prometí que no diría nada, pero…
—Pero de todas formas lo harás —Susan completó la frase.
Sus miradas se encontraron y pudo ver una gran preocupación reflejada en los ojos grises de su madre.
—No te apresures demasiado para fijar la fecha de la boda. Piénsalo detenidamente.
Susan volvió a sentir sensación de intranquilidad, acompañada por una sospecha.
—Papá me ha dicho lo mismo hoy cuando hemos comido juntos, y estoy comenzando a preguntarme qué me estáis ocultando.
Marge pareció conmovida.
—No estoy ocultándote nada, Susan, pero ya has pasado por un divorcio y no puedo evitar estar preocupada por ti —hizo un gesto con la mano, y después se inclinó sobre la mesa acercándose a su hija—. Tan solo prométeme que no te apresurarás demasiado y que meditarás bien tu decisión antes de dar el paso final.
—Mamá, sé lo que estoy haciendo —le dijo cariñosamente, pero con un ligero tono de impaciencia—. Trevor es bueno y cariñoso, y sé que seré muy feliz con él. En realidad no comprendo por qué estáis tan preocupados, pero te prometo que lo pensaré con cuidado, si eso hace que te sientas mejor.
Marge pareció sentirse aliviada, pero Susan se dio cuenta de que estaban a punto de saltársele las lágrimas mientras le decía:
—Me imagino que piensas que soy una vieja tonta, pero tu felicidad es muy importante para mí.
—Es agradable saber que te importa.
Durante el silencio que siguió, Susan pensó que no podía opinar lo mismo de Greg. Su principal preocupación no había sido otra que humillarla y burlarse de su compromiso con Trevor, mientras hacía planes para casarse con Ángela Meade.
—¿Amas a Trevor? —le preguntó Marge interrumpiendo sus pensamientos.
—Nos conocemos desde hace dos años y me agrada mucho —le confesó Susan tranquilamente—. Se puede decir que nos comprendemos, y que vamos al matrimonio con los ojos bien abiertos, de una forma realista y sensata.
—El amor nunca es realista ni sensato, pero de todas formas creo que es algo que siempre hace falta.
—Oh, vamos, mamá —le contestó Susan riéndose para aliviar la tensión del ambiente, y levantándose le dijo—: Traeré un poco de café para las dos, y después nos iremos a dormir.
Se tomaron el café y charlaron un rato más antes de acostarse.
Aquella noche Susan no consiguió conciliar el sueño. Le habían sucedido demasiadas cosas durante ese día y estaba inquieta. La comida con su padre la hizo sentirse incómoda por algo que no sabía lo que era, y la cena con Trevor había sido un paréntesis agradable hasta que llegó Greg. De nuevo sentía esa terrible incertidumbre, y sentía deseos de llorar al pensar en lo precipitada que había sido al creer que casarse con Trevor sería lo mejor que podía hacer.
Era cierto que no le amaba como a Greg, pero intentaría que su matrimonio fuera un éxito. Ella misma trataba de convencerse y hasta que no se tranquilizó un poco, no consiguió dormir. De todas formas, pasó muy mala noche, como lo demostraban las ojeras que tenía por la mañana.
—Siento lo de anoche —le dijo Trevor cuando se vieron a la hora de la comida.
—Yo también.
—Desde que nos hemos comprometido, me paso el tiempo pidiéndote disculpas —comentó sonriéndole con tristeza mientras le cogía la mano y jugaba con el anillo de su dedo.
—¿Te has arrepentido?—le preguntó.
—No. Pero creo que debemos esperar hasta que los dos estemos seguros de que es lo que queremos.
A Susan le extrañó mucho que le dijera eso. Todos le habían pedido que no se precipitara, y ahora Trevor le decía lo mismo.
—¿Tienes dudas sobre tus sentimientos hacia mí?
—Te amo, Susana —le aseguró sin vacilar—. Pero sé que tú no sientes lo mismo por mí.
Trevor la miró a los ojos, tratando de encontrar la verdad y ella, nerviosa, apartó la vista.
—Trevor yo…
—Hay otro motivo por el que quiero demorar nuestra boda —le dijo él interrumpiendo su intento de suavizar la situación—. Quiero acostumbrarme a la idea de que le perteneciste a Greg Delaney.
Ante esa afirmación Susan se quedó sin palabras, aunque trató de comprenderle, no pudo evitar sentir cierta amargura. No era la primera vez que Greg conseguía destruir su felicidad, y no se lo perdonaría tan fácilmente. Él iba a rehacer su vida con otra mujer, pero por algún motivo había decidido estropear su única oportunidad; en ese momento, odió a Greg con tal intensidad que terminó encontrándose débil y con deseos de llorar durante el resto de la tarde.

Capítulo 8

Los bailes tribales en el recinto de la mina eran la mejor diversión para los negros, que provenían de unas cincuenta tribus diferentes de Sudáfrica y que habían venido a trabajar en las minas de oro. Durante las horas libres los practicaban, como diversión, y competían trabajadores de distintas minas.

El sábado por la tarde, durante un ensayo para la final que se celebraría en Western Ridges al domingo siguiente, Susan, sentada con sus padres bajo un dosel, observaba las danzas absorta. La fascinaban ese tipo de bailes, al ritmo de la música de los tambores. Bailaban dando pasos cortos en actitud de cazadores, detrás de sus escudos confeccionados con pieles de animales y sosteniendo horizontalmente las lanzas, brindaban un aspecto aterrorizador a los espectadores, mientras que el canto de sus voces provocaba cierto, temor. En el centro de la plaza formaron una línea recta y el silbato del jefe los hizo comenzar a bailar con sus diversas y vigorosas lanzas.

Bailaron, haciendo gestos salvajes con sus escudos y lanzas mientras cantaban. Susan siguió el espectáculo atentamente, hasta que se dio cuenta de que alguien se sentaba en el asiento vacío a su lado.

Greg, con los ojos semicerrados por el sol, la contempló burlón. Desde su llegada a Susan le fue difícil concentrarse en el desfile de bailes tribales. Comprimida entre su padre y el cuerpo de Greg, solo era consciente de su muslo oprimiendo el suyo y de su brazo, rozando el suyo cada vez que se movía. Se estremeció dándose cuenta de que le amaba en lugar de odiarle por lo que le había hecho.

El resto de la tarde le pareció interminable, Greg se inclinaba delante de ella para hablarle a su padre, percibía el aroma de su colonia que despertaba sus sentidos, y tenía que luchar contra el deseo de apoyar su cabeza sobre el ancho hombro.

Le maldecía por hacerla sentirse así, cuando los dos estaban comprometidos con otras personas, y no había posibilidad de que se reconciliaran. De repente, imaginó su futuro como un desierto monótono y desolado.

El contacto de su mano sobre su espalda la hizo enderezarse y se apartó de él. Asombrada, miró hacia la plaza, y se dio cuenta de que habían terminado las danzas. Se levantó junto con todos los demás. Trataba con desesperación de sobreponerse, mientras él salía al pasillo, y les esperaba a ella y a sus padres.

—Esta noche ven a cenar —le invitó Marge cuando llegaron al aparcamiento, y Susan se sintió incómoda al escuchar que Greg aceptaba.

—Gracias, me gustaría mucho —y antes de que Susan se marchara hacia el Mercedes de su padre, la cogió por el brazo y les dijo—: Llevaré a Sue a casa.

Antes de que pudiera protestar, ya la estaba llevando hacia el elegante Rover blanco.

—¿Por qué no me puedes dejar tranquila? —le preguntó furiosa cuando se alejaban a toda velocidad—. ¿Por qué siempre tienes que comportarte como si tuvieras algún derecho a decidir lo que tengo que hacer?

—Cálmate, Sue.

—¡Estoy tranquila!

—No, lo pareces.

—Demonios, Greg, quisiera que te fueras de aquí para no volver a verte —expresó con la voz temblorosa debido al esfuerzo que estaba haciendo para controlar el enfado.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no? —le preguntó con violencia—. ¿Qué placer obtienes destrozando mi vida y estropeando mis planes para futuro?

El coche poco a poco se alejaba de la mina, pero debido al gusto, Susan no se fijó en la dirección que tomaban.

—¿He estropeado tus planes? —le preguntó Greg cuando ella comenzó a pensar que no había escuchado su pregunta.

—No por completo, gracias a Dios, pero has conseguido influir negativamente y por eso te odio.

—¿Odio, Sue? —frunció el ceño al preguntarle—. ¿Me odias por querer que no cometas el error de casarte con un hombre a quien no amas?

—¡Cuando te oigo hablar de amor me dan ganas de reír! —replicó con cinismo—. ¿Desde cuándo consideras que el amor sea un factor importante en el matrimonio?

—Los años enseñan y no he perdido el tiempo —le replicó con tono desdeñoso, y poco después aparcó en un claro cercano a una presa natural, rodeada de sauces.

En pocos segundos Susan reconoció el lugar al que la había llevado y se acongojó al sentir cómo regresaban a su mente recuerdos dolorosos, crueles, que parecían burlarse de ella al presentarle visiones de aquellas tranquilas tardes de verano en que iban a merendar junto a la presa. Allí había pasado muchas horas apasionadas en los bazos de Greg y al pensar en ello sintió deseos de llorar.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Éste era antes, nuestro lugar favorito —le recordó él—. Cuando veníamos aquí podíamos olvidarnos de que la mina existía y creíamos que éramos las únicas personas que quedábamos en la tierra.

—Greg…

—Pasamos buenos ratos juntos, ¿verdad? —insistió, inclinándose hacia ella. Susan, experimentó un loco deseo que le resultó difícil controlar cuando, él añadió—: Nos acostábamos allí en la hierba bajo de los sauces y hacíamos el amor, sin importarnos nada.

Su mirada la quemaba, haciendo desaparecer su resistencia. Los brazos de Greg la rodearon, la acercó hacia él y la besó, pero Susan reaccionó cuando sintió que sus manos intentaban desabrocharle la blusa, e inmediatamente le detuvo.

—El pasado ya está olvidado, Greg —le aclaró cuando consiguió liberar sus labios.

—¿Lo está? —sonrió burlón mientras sus dedos se movían en una caricia tentadora a lo largo de su cuello.

—¡Sí…, sí, así es! —gritó insegura, liberándose de sus brazos y abriendo la puerta.

Antes de que pudiera evitarlo, ella salió del coche, para alejarse de él, pero Greg la siguió con rapidez y la alcanzó.

—Puedes insistir en que el pasado está olvidado —afirmó con dureza sujetándola por los hombros— pero ésa no fue la impresión que me dio cuando hicimos el amor en mi apartamento hace unas semanas.

El recordar aquel incidente la avergonzó.

—Tuve un momento de debilidad y te aprovechaste de la situación —le acusó con voz ronca, evitando su mirada penetrante—. Fue muy humillante para mí lo que ocurrió después.

—No quiero humillarte, Sue —le dijo con rudeza acariciándole los hombros y la espalda hasta que obligó a Susan a que se apoyara sobre su cuerpo—. Quiero pedirte disculpas.

—¿Disculparte?

—Quería hacerte daño, y sé que lo conseguí, pero después me desprecié a mí mismo, si eso te puede servir de consuelo.

—¿Estás tratando de justificar tus acciones para poderte casar con Ángela con la conciencia tranquila? —le preguntó con sarcasmo.

—¿Casarme con Ángela? —le replicó con dureza, soltándola tan bruscamente que casi se cae al suelo—. No me voy a casar con Ángela.

—Pero ella… —se quedó asombrada y confundida ante su respuesta; en ese momento, sintió un temblor, y no pasó más de un fracción de segundo antes de que se diera cuenta de que Greg estaba completamente pálido—. ¡Oh, qué ha sido eso?

—Sube en el coche —le ordenó con sequedad y unos minutos más tarde se dirigían a toda velocidad en dirección a la mina.

Las manos de Greg sujetaban el volante con fuerza y en su rostro se podía observar una expresión que no necesitaba explicaciones. Susan ya había pasado por un temblor como ése una vez, murieron varias personas, incluyendo al hermano de Greg. El terror se apoderó, de ella mientras recordaba el pasado, y luchaba con desesperación por recuperar el control de sí misma cuando el Rover atravesó a toda velocidad la entrada de seguridad que rodeaba el área de operaciones de la mina.

Bill MacCullen corría hacia las oficinas cuando Greg detuvo el coche a su lado.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó al corpulento jefe de operaciones subterráneas.

—Una explosión en el nivel noventa y seis —con voz tensa MacCuller confirmó sus sospechas, antes de continuar hacia el edificio en que se encontraban las oficinas de los funcionarios de la mina.

¡Explosión! La palabra parecía flotar en el aire como si hubiera sido escrita con fuego, y era la palabra que temía todo minero. Los puntos focales de presión se alteran en las profundidades de la tierra; a menos que se controle ese proceso, la presión continúa cambiando hasta que se eleva a un nivel en el que alcanza el punto de ruptura, y eso era lo que acababa de suceder.

—Conduce hasta tu casa, Sue —le indicó Greg con voz cortante mientras salía del coche—. Van a hacer falta servicios de todos los hombres disponibles en la mina.

—Yo no voy a ninguna parte —protestó, siguiendo su ejemplo y saliendo del coche—. Me quedaré aquí para ayudar.

—No seas tonta —le respondió con rudeza—. No hay nada que puedas hacer.

—¡Me quedo!—le insistió con terquedad.

Por un instante permanecieron allí parados contemplándose el uno al otro, mientras aumentaba la actividad alrededor de ellos y la sirena dejaba de sonar; entonces él encogió los hombros con indiferencia.

—Haz lo que quieras, pero procura no estorbar.

Se alejó caminando a una velocidad que la hubiera obligado a correr para mantenerse a su lado, pero ella decidió no seguirle al ver que había dejado el coche en un lugar donde podría molestar. Subió al coche y se las arregló para aparcarlo cerca de las oficinas.

Dejando las llaves puestas, entró en el edificio. En momentos como esos pensaba que lo mejor era permanecer activa.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó su padre con dureza, levantando la vista de los mapas y de la información sobre el área del desastre, que se encontraba estudiando cuando irrumpió en su oficina.

—He venido con Greg. ¿Es muy grave?

—El sismógrafo registró una intensidad de siete y no puede haber nada peor —gruñó Richard irritado—. Mira Susan, creo que esto va a durar toda la noche, así que es mejor que te vayas a casa y te quedes con tu madre.

—Si autorizas a las mujeres para que puedan entrar en la mina podemos traer comida y bebidas para cuando lo necesitéis —dijo en seguida recordando los procedimientos a seguir en un caso como ése.

—He tenido tantas preocupaciones que no me he acordado de eso —aceptó él, levantando el auricular de uno de sus numerosos teléfonos para dar la orden necesaria, al mismo tiempo que Bill MacCullen entraba en la oficina. Unos instantes después colgaba el auricular y le decía con voz ronca—: ¿Qué noticias tienes?

El rostro del jefe de operaciones subterráneas mostraba la misma expresión de preocupación que el de su padre.

—El primer equipo está descendiendo para evaluar el daño, el encargado de la ventilación está preparado con un equipo de electricidad, y se ha avisado al hospital —le comunicó—. Todos los demás departamentos están a la espera.

—Bien —contestó su padre, quitándose la corbata y colocándose el casco de seguridad en la cabeza—. Vamos hasta el pozo número tres.

Susan habló por teléfono con su madre y en menos de media hora llegó el primer grupo de mujeres, bajo la dirección de Marge Brenner. Se metieron en la casa prefabricada del vigilante debido a que se encontraba bastante cerca de las entradas de los pozos y comenzaron a preparar café y bocadillos para aquellos que los necesitarían durante las largas horas que les esperaban.

Había tensión en la atmósfera alrededor de la entrada del pozo; los hombres en la superficie hablaban en voz baja, y más allá de la barrera de seguridad los familiares de los mineros atrapados se reunían para comenzar el largo y doloroso período de espera. Richard Brenner les estaba hablando, explicándoles que se haría todo lo posible para sacar a los hombres atrapados, pero ni siquiera podía garantizar la supervivencia de ellos.

Susan sintió un nudo en la garganta al ver a su padre regresar a la entrada del pozo. Podía notar la preocupación en la expresión de su rostro.

Hacía ya varias horas que se había puesto el sol, y en el área iluminada alrededor del pozo los equipos de emergencia trabajaban relevándose. Greg se encontraba entre aquellos hombres, bajando cuando le tocaba, con la esperanza de encontrar supervivientes que poder sacar a la superficie. Las mujeres también trabajaban turnándose, pero ella no podía soportar la idea de entrar en la casa durante una o dos horas. Estaba muy asustada.

Ya había pasado la medianoche cuando vio a Greg. Su traje estaba sucio por el polvo y la tierra húmeda, y su rostro también. Cuando se dejó caer cansado sobre una caja vacía que había junto a la casa que las mujeres habían convertido en cocina, con los brazos apoyados sobre los muslos y la cabeza hundida en el pecho, era la estampa viva del abatimiento y Susan sintió cariño por él.

—¿Quieres café, Greg? —le preguntó, colocándole la mano sobre el hombro y sintiendo cómo sus músculos se ponían en tensión.

—Gracias —le dijo suspirando, y se enderezó para coger la taza de café que ella le ofrecía; cuando sus miradas se encontraron, ella le retiró la mano del hombro.

—¿Cómo está todo abajo?

—Calor, polvo y todo hecho un desastre —gruñó, y se bebió el café; después se limpió la boca con el dorso de la mano y contempló el suelo arenoso bajo sus sucias botas—. Podemos escuchar los gritos de los heridos mientras estamos tratando de abrir un túnel para llegar a ellos, y eso es más que suficiente para ponerle a cualquiera los pelos de punta. Nadie sabe cuántos hombres saldrán con vida.

—¡Oh, Dios! —exclamó Susan preocupada, sentándose a su lado.

Él continuó hablando como si no se diera cuenta de que estaba a su lado.

—Me pregunto si —James moriría al momento, y ruego que así fuera.

—No, Greg —murmuró llena de compasión, sujetándole el brazo con fuerza al ver el intenso dolor reflejado en la expresión de su rostro—. No te tortures así.

Él le retiró la mano, y le pasó el brazo sobre los hombros como buscando consuelo, y ella apoyó la cabeza sobre su hombro sin importarle el polvo que tenía. No sabía cuánto tiempo llevaban sentados así cuando apareció ante sus ojos un par de zapatos de piel y se separó de Greg un poco avergonzada al levantar la vista y encontrarse con la mirada de Trevor.

—Te veré más tarde —oyó que le decía Greg después del tenso silencio que se produjo—. Y gracias por el café.

Susan se levantó, contemplando a Trevor.

—No esperaba verte aquí.

—Cualquier periodista que se precie de serlo está aquí —dijo con un ligero tono de acusación en la voz y le preguntó—. ¿Hasta cuándo van a seguir trabajando?

—Hasta que todos los supervivientes hayan sido rescatados.

—En eso pueden tardar días.

—Entonces ése será el tiempo que permanezcamos aquí trabajando, turnándonos para asegurarnos de que los hombres tengan algo que comer y beber mientras esperan su turno para bajar de nuevo hasta que saquen a todos los supervivientes y heridos a la superficie.

Susan pensaba que había algo de ironía en todo eso. Había esperado que se produjera algún desastre al reabrirse aquella sección del nivel noventa y cinco, pero nunca pensó que se produjera en una zona diferente.

—Susan —la voz de su madre interrumpió sus pensamientos—, acaban de llamar por teléfono desde la cocina del albergue para decirnos que han hecho sopa y bocadillos. Hazme el favor de ir a recogerlos.

—Regresaré tan pronto como pueda —le prometió, y miró a Trevor mientras le decía—: Discúlpame, pero tengo qué darme prisa.

Cogiendo la camioneta que les habían prestado, Susan fue al albergue. Quince minutos después volvió. La ayudaron a llevarse las dos grandes soperas hasta la casa que había sido convertida en una cocina provisional, y después llevaron seis bandejas con bocadillos. Más allá de la cerca de seguridad, un grupo de mujeres habían preparado un puesto para ofrecer a las familias de los hombres atrapados, bebidas calientes y algo de comer mientras se encontraban allí sentados, silenciosos y con los rostros sombríos esperando recibir noticias durante la noche.

La tensión iba en aumento en aquella zona iluminada alrededor del pozo número tres. Todos estaban cansados y sucios, y se desesperaban cada vez que encontraban un obstáculo que les impedía llegar hasta los mineros atrapados. El ruido del ascensor cuando ascendía, comenzó a alterar los nervios de todos, e incluso las mujeres detenían sus actividades para mirar en aquella dirección con la esperanza de ver sonrisas de triunfo, en lugar de los rostros sombríos y sucios de los equipos de rescate cuando subían una y otra vez con las manos vacías y la desilusión reflejada en todo su aspecto.

—Me voy a casa a dormir un rato —le dijo Marge a Susan cuando eran casi las dos de la madrugada—. ¿Vienes?

Susan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No podré dormir, hasta que todo haya pasado, será mejor qué me quede a ayudar.

—Dudo que yo pueda dormir, pero estoy muerta de cansancio y me voy a dar un baño —le comentó su madre sonriendo, pero sus ojos reflejaban preocupación cuando le dijo—: Cuídate Susan.

Le sonrió y murmuró algo para tranquilizarla; después, Susan ayudó a la esposa de Bill MacCullen a servir platos de sopa y bocadillos.

La noche se le hacía interminable. No podía recordar otra ocasión en la que se hubiera sentido tan cansada, pero sabía que no podía descansar. Había trabajo qué hacer y en cierta forma, la actividad la mantenía distraída.

—¿Sabes qué hora es? —le preguntó una voz familiar, cuando salió de la cocina para respirar un poco de aire fresco. Se volvió lentamente, y vio el rostro de Greg.

—Sí, lo sé —le sonrió temblorosa mientras se dirigía hacia la caja—. Son las tres y media.

—Estás muerta de cansancio —dijo él, cogiéndola del brazo.

—Puedo decir lo mismo de ti —comentó ella, observando cómo se sentaba a su lado, sobre la caja—. ¿Qué tal vais?

—Seguimos bombeándoles aire, y esperando lo mejor.

—¿Cuánto crees que falta para que podáis llegar donde ellos están?

—Otra hora…, quizá un poco más, pero es difícil saberlo —Greg respiró profundamente—. Hemos tratado de comunicarnos con ellos, pero sin éxito, y no sabemos cuántos se encuentran aún vivos bajo los escombros y el polvo.

—¿Quieres que te traiga algo de comer? —le preguntó preocupada—. ¿Quizá una taza de sopa y un bocadillo?

—Ahora no. Dentro de un minuto o dos tengo que bajar; sin embargo, creo que a tu padre sí que le sentaría bien comer algo. Lleva una noche muy ajetreada.

Susan se sintió avergonzada por no haber pensado en su padre. Le había visto dando instrucciones, y tratando de reanimar al equipo de rescate, pero no recordaba haberle visto por la zona en la que estaban sirviendo los alimentos.

—¿Dónde está ahora? —le preguntó a Greg.

—En su oficina, hablando por teléfono —le informó Greg, tratando de sonreír.

—Gracias —murmuró, levantándose, después se detuvo y se volvió para mirarle—. Greg…, ten cuidado.

—¿Tanta preocupación por alguien a quien odias? —comentó con burla.

Le miró y por un momento le dio la impresión de que estaban solos.

—No te odio, Greg, y tú lo sabes.

Greg sostuvo su mirada durante un instante y después la abrazó. Sin importarle la tierra que tenía en el rostro la besó con pasión. El pensamiento de que quizá Trevor les estaría viendo, ni siquiera se le pasó por la imaginación, y sus labios respondieron al beso de Greg.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó cuando la soltó.

—Hablaremos después.—le respondió sonriendo y contemplando su reloj—. Ahora tengo que bajar a ese infierno.

Susan hubiera corrido detrás de él para exigirle una explicación por ese beso que acababa de darle, pero comprendió que no era ni el momento ni el lugar apropiado para discusiones personales. Decidió ir a ver a su padre.

—Pensé que ya te habrías ido a casa hace rato —le comentó Richard frunciendo el ceño.

—Te he traído algo de comer y de beber —le dijo, colocando la bandeja sobre el escritorio.

—¿Qué es?

—Sopa, bocadillos y café —le respondió levantando la servilleta que cubría todo.

Su padre sonrió.

—¡Creo que me voy a dar un banquete!

—¿Tienes hambre?

—De repente siento que me muero de hambre —le confesó, y ella se sentó mientras él se servía la sopa y un bocadillo. Comió con mucho apetito, pero no podía apartar la mirada de los mapas. Susan sintió que la dominaba el cansancio mientras estaba allí sentada con su padre en la oficina. Parecía que los dos estaban apartados de toda la actividad del exterior. De repente, él levantó la vista y al contemplarla le dijo con sequedad—. Estás agotada.

—Tú también —le comentó ella, fijándose en su rostro y en su cabello.

—Tendré que darles las gracias personalmente a las señoras por habernos ayudado —comentó Richard pensativo mientras se servía más café y cogía el último bocadillo del plato—. ¿Dónde está tu madre?

—Se ha ido a casa a tratar de dormir un poco, pero me imagino que regresará pronto —suspiró y se echó hacia atrás el pelo—. No sé cómo se las arregla para estar tan tranquila.

—Tú eres la viva estampa de la calma —comentó su padre sonriendo con ironía.

—Pues no me siento así. ¡Tengo ganas de gritar y de dar golpes contra las paredes!

—Muy bien. Aquella pared me parece muy sólida.

—Si pensara que eso me podría ayudar, lo haría sin vacilar, pero… —Susan se mordió el labio y suspiró de nuevo—. Me gustaría poder hacer algo más positivo que ofrecer alimentos.

—Ésa es una tarea bastante positiva así que no quites méritos a tus esfuerzos.

—Lo siento. Creo que sé dónde te gustaría estar en éste instante.

—¿Te refieres a estar abajo ayudándoles a cavar? —le preguntó, y cuando ella asintió reflejó enfado en su rostro—. Tienes toda la razón, me agradaría, pero el reglamento me obliga a permanecer en la superficie para supervisar las operaciones y eso, pequeña, significa que tengo las manos atadas.

Sonó el teléfono, y Susan se sobresaltó. Su padre levantó el auricular.

—Brenner —contestó con tono cortante, pero unos segundos después Susan vio una expresión de alivio en su rostro—. Iré en seguida —respondió, colgando en seguida el auricular y levantándose. En ese momento se dio cuenta de la mirada interrogadora de Susan y le sonrió—. Han llegado hasta ellos, y pronto subirán al primer grupo.

Susan cogió la bandeja y siguió a su padre. Se reunieron con todos los demás que esperaban ansiosos alrededor de la entrada del pozo.. La tensión y la excitación se mezclaban mientras esperaban en silencio sin que nadie se atreviera a hablar, como si temieran que el sonido de sus voces pudiera entorpecer el trabajo.

Susan no supo si transcurrieron minutos u horas antes de que oyeran el ruido del ascensor. Se estremeció por la tensión y su mirada como la de todos los demás, estaba fija en la puerta de acero a través de la cual saldrían los hombres. En la entrada del pozo estaba parado su padre, encorvado; consciente de que aún no habían terminado sus problemas. A poca distancia se encontraban varias ambulancias, con los camilleros preparados para entrar en acción.

Se detuvo el ascensor. Se abrió la puerta de acero y comenzaron a oír voces, y exclamaciones de dolor cuando sacaban en camillas a los tres primeros hombres heridos.

Eso fue solo el inicio de la operación de rescate, pues continuó, hasta la salida del sol. A muchos les trasladaban en camillas y otros iban cojeando sin ayuda, sonriendo de felicidad cuando abrazaban a sus familiares, pero no hubo risa alguna alrededor del pozo cuando sacaron a los muertos. Susan se estremeció al pensar en sus familias.

A las ocho de la mañana ya se había terminado todo, excepto la evaluación de los daños, que sería un trabajo laborioso. Mientras los hombres subían el equipo de rescate, Susan revisó las zonas buscando a Greg. No le veía por ninguna parte, y se empezó a asustar. Su padre estaba cerca de la boca del pozo, hablando con Bill MacCullen y su ayudante, y sin importarle lo que pudieran pensar los demás, Susan se abrió paso a empujones entre la multitud que los rodeaba hasta llegar a su lado.

—Papá, ¿dónde está Greg? —le gritó con voz ronca, y se cogió con fuerza a su chaqueta—. Por Dios, ¿dónde está Greg?

Richard Brenner mostró una ligera sorpresa ante el comportamiento totalmente fuera de control, de su hija, y después le respondió:

—Está detrás de ti.

Susan se volvió para encontrarse frente a un rostro apenas reconocible por la suciedad que le cubría. Trató de hablar pero no pudo y después sintió que todo daba vueltas a su alrededor, y se desmayó a sus pies.

Capítulo 9

Cuando abrió los ojos, Susan se encontró acostada sobre un sofá, y vio a Greg inclinado sobre ella. Su rostro estaba limpio, pero su traje aún estaba sucio y pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de que se había desmayado. Avergonzada, se incorporó, y se sentó, pero eso fue un error. La cabeza le dolía como si le fuera a estallar, y pasó bastante rato antes de que su visión se aclarara lo suficiente como para poder mirar a su alrededor.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En la oficina de tu padre —le informó Greg mientras se sentaba a su lado.

—¿Cómo he llegado aquí? —le preguntó.

—Cuando te desmayaste, te cogí en brazos y te traje hasta aquí.

—Creo que es lo más tonto que me ha pasado en toda mi vida.

—Lo más tonto que nos ha pasado fue estar de acuerdo en separarnos hace seis años —le corrigió él, y cuando ella bajó la vista para ocultar las lágrimas, le cogió el rostro con las manos y la obligó a mirarle—. Ahora no te duermas, Sue, tengo algo muy importante que decirte.

—Greg… —dijo, asustada por lo que pudiera oír y muerta de cansancio después de las largas horas que había pasado despierta.

—No es el momento ni tampoco el lugar apropiado para lo que quiero decirte. Estoy deseando darme un baño y los dos estamos agotados, pero tengo que decirte que te amo y que por ningún motivo dejaré de hacerlo.

A ella le pareció que estaba soñando, y no quería despertarse por miedo a que desapareciera Greg, junto con esas palabras tan maravillosas.

—Nunca me lo habías dicho.

—No me he dado cuenta —comentó sonriéndole, y en esa ocasión no había burla alguna en su voz.

—¡Oh, Greg! —suspiró y sin importarle lo sucio qué estaba le abrazó con todas sus fuerzas.

En aquel momento nada parecía tener importancia. Greg la besó con una pasión que la excitó hasta lo más profundo de su ser, pero en su beso también había ternura.

No supo si habían pasado minutos u horas cuando el sonido de la puerta que se abría los hizo separarse con pesar, y la expresión de felicidad de sus rostros desapareció. Era Trevor. Susan sintió que la invadía el remordimiento. Se sentía culpable por haberse olvidado del hombre con quien estaba comprometida.

Greg fue el primero que recobró la compostura y levantándose le dijo con voz ronca:

—Mira, Wylie, yo puedo…

—Por favor, Greg —le interrumpió Susan y colocando un mano sobre su brazo le pidió—: Por favor, déjanos solos unos minutos.

Greg vaciló con el ceño fruncido mientras observaba a Trevor, luego se encogió de hombros, y accedió.

—Esperaré afuera.

Después de que saliera y cerrara la puerta, se produjo un silencio, y Susan acortó la distancia entre ella y el hombre que la observaba en silencio con el ceño fruncido.

—Trevor, me gustaría explicarte —comenzó a decirle.

—No creo que se necesite ninguna explicación. Ya os he visto juntos dos veces durante esta noche, y lo que he contemplado al entrar aquí es suficiente para darme cuenta de que nuestro matrimonio hubiera sido un error.

Susan vio el dolor en la expresión de su mirada, y sabía que ella lo había ocasionado. Deseó poder hacer algo para aliviarle pero no se le ocurrió nada, e hizo un gesto de impotencia mientras murmuraba:

—Trevor, lo siento. De verdad que lo siento.

—No te disculpes —le respondió él, cogiéndola por los hombros con tanta fuerza que casi le hacía daño—. Lo intentaste. Sé que trataste de amarme, pero nadie puede dar órdenes al corazón, y en cierta forma yo sabía que estaba viviendo un sueño.

—Quisiera que no fueras tan bondadoso e indulgente.

—Cuando las posibilidades están en contra lo mejor es apartarse con elegancia —le dijo soltándola y volviéndose como si no pudiera soportar mirarla.

—Nunca quise hacerte daño, Trevor, tienes que creerme. Regresaste de Ciudad del Cabo en un momento en que te necesitaba y llegué a convencerme de que juntos podríamos ser felices.

Trevor no le contestó, pero le señaló la puerta por la que Greg acababa de salir y le preguntó con brusquedad:

—¿Vas a casarte con él de nuevo?

La pregunta la sorprendió mucho. ¿Casarse con Greg? Él no le había dicho nada sobre eso, pero estaba segura de cuáles eran sus sentimientos.

—Aún no lo sé, sin embargo, pase lo que pase, sé que nunca amaré a nadie más qué a Greg —hablaba con sinceridad y quitándose el anillo se lo dio, diciéndole—: Perdóname.

Trevor lo contempló durante varios segundos, después lo cogió, y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Cuídate —le dijo, pero ya no pudo mirarle, porque las lágrimas se lo impidieron. Él salió de la oficina y cerró la puerta con suavidad.

Susan se encontraba tan cansada que se sentía como si hubiera envejecido diez años durante las últimas horas. Le habían ocurrido tantas cosas, que estaba agotada física, mental y emocionalmente.

Susan no vio entrar a Greg y se sobresaltó cuando apareció a su lado.

—Vamos. Te llevaré a casa.

—Greg… —comenzó a hablar sintiendo el deseo de que le confirmara lo que había ocurrido entre ellos, pero la fuerte presión de su mano sobre el hombro le advirtió que no continuara.

—Hablaremos en algún otro momento cuando hayamos descansado —manifestó con brusquedad.

—Me imagino que tienes razón.

—Es agradable saber que alguna vez estás de acuerdo conmigo —dijo burlándose, pero ella no hizo caso del comentario, y permitió que la cogiera del brazo y la condujera hasta donde había aparcado el Rover.

El recorrido hasta la casa de sus padres duró solo unos minutos, pero el interior del Rover era tan cómodo que casi estaba dormida cuando Greg detuvo el coche junto a la entrada de la casa. Se inclinó por delante de ella para abrirle la puerta.

—¿Podrás arreglártelas sola o quieres que entre contigo? —le preguntó preocupado.

—Puedo hacerlo sola —le aseguró, pero él no se marchó hasta que ella entró en la casa y cerró la puerta.

Eran las tres de la tarde cuando Susan se despertó, y pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de por qué estaba acostada, totalmente vestida y a esa hora del día. Bostezó, pero las imágenes de todo lo que había sucedido comenzaron a pasar con rapidez por su mente hasta que la hicieron sentarse en la cama.

Podía recordar que se encontraba tan cansada que se había tumbado sobre la cama vestida; había sido una noche larga y agotadora. En su mente apareció el rostro de Greg, y Susan recordó que le había dicho que la amaba. Pero pronto desaparecieron sus rasgos, y surgió la imagen de Trevor.

Había roto su compromiso con él. Confundida bajó la vista hacia su mano. No tenía el anillo en el dedo, imaginaba lo que había sucedido. Trató de pensar con claridad, pero los incidentes que habían ocurrido en la oficina de su padre no los recordaba, renunció con la esperanza de que cuando pasara un rato lo vería con más claridad.

Se dio un baño para relajarse, y se lavó la cabeza. Se puso un vestido estampado de flores y, cuando ya se había secado el pelo, se lo cepilló, y se lo dejó suelto sobre sus hombros. Se maquilló, y después de contemplarse en el espejo, bajó al salón.

Oyó un murmullo de voces, y su corazón comenzó a palpitarle con fuerza al ver a Greg y a su padre tomando una copa. Ambos se volvieron al oír sus pasos, y Susan no se dio cuenta de que su padre le sonreía porque buscaba en vano alguna señal de que su imaginación no la había traicionado, en el rostro de Greg. Pero su único saludo consistió en una ligera inclinación de cabeza y Susan se quedó desilusionada.

—No pude preguntarte nada —le dijo a su padre controlando sus emociones, todo su ser era consciente de la presencia de Greg—. ¿Cuáles fueron los daños personales?

—Tres, muertos y dieciocho heridos graves —le contestó Richard—. El resto por suerte, solo ha sufrido ligeras lesiones. Bueno, debo ir a la oficina. Tengo mucho papeleo, que rellenar y varias llamadas telefónicas que hacer.

Sintiéndose nerviosa ante la idea de quedarse a solas con Greg, Susan preguntó:

—¿Dónde está mamá?

—Ha ido a jugar al tenis —le contestó Richard—. No sé de donde saca tanta energía. Te veré más tarde.

Cuando su padre salió, Susan se puso en tensión. Pensó prepararse algo de beber, pero después desistió. El alcohol con el estómago vacío, se le subiría a la cabeza y lo que más necesitaba en ese momento era estar despejada. Se dio cuenta de que Greg la observaba detenidamente, y se volvió despacio para quedar frente a él. Durante varios segundos le contempló en silencio. Le seguía pareciendo tan atractivo como, siempre. Le encantaba su cabello oscuro y sus ojos. Era inevitable que su mirada se encontrara con la de Greg.

—¿Me he imaginado algunas de las cosas que sucedieron anoche…, o más bien esta mañana?

—No tienes el anillo de compromiso, y eso te debería indicar algo —le dijo con una sonrisa burlona; terminó de beberse el contenido del vaso y lo colocó sobre la mesa.

—Por si acaso crees lo contrario, quiero que sepas que no disfruté haciendo daño a Trevor.

—Nunca pensé que lo hicieras —le aseguró Greg, pero al acortar ella la distancia entre ambos, vio algo en sus ojos que la puso nerviosa.

—Si en realidad rompí mi compromiso con Trevor, supongo que no me he imaginado lo demás.

Greg le acarició la mejilla y deslizó su mano por debajo del cabello hasta llegar a la nuca.

—¿Tanto te cuesta creerlo? —le preguntó con suavidad.

—Yo…, yo siempre pensé que para ti era algo físico y…, nada más —le confesó y de repente se encontró en sus brazos con el rostro apoyado sobre su pecho.

Eso no era un sueño; era realidad, y Susan era consciente de ello. Le abrazó, y él la besó con pasión, haciéndola entreabrir los labios, embriagada y temblorosa al borde del deseo, retiró sus labios de los suyos para apoyarse en su cuerpo mientras trataba de recuperar el aliento. Sus manos le acariciaron con toda libertad no permitiéndole apartarse demasiado.

Sus labios encontraron de nuevo los de ella, y cuando al fin retiró su boca de la de Susan, le murmuró junto al oído:

—Estos años que hemos estado separados, han sido un infierno para mí, pero sabía que tenía que permanecer lejos y darte tiempo.

—¿Tiempo para qué? —le preguntó ella.

—Tiempo para que vieras las cosas tal como son; tiempo para madurar; tiempo para reconsiderar…, pero después de todo, ¿qué importa? Había pensado venir, pero cuando se me presentó la oportunidad de regresar a Western Ridges, acepté de inmediato, pues tendría la posibilidad de verte sin que sospecharas lo, que aún sentía por ti —levantó la cabeza y al ver la expresión de Susan, sonrió con malicia—. Yo también tengo mi orgullo.

Orgullo. Por primera vez desde hacía años, oía esa palabra con claridad. El orgullo tenía fuerza para separar a las personas; entre ellos había originado la incomprensión y al final habían sido incapaces de comprenderse el uno al otro. Si querían ser felices en el futuro, era necesario que en ese momento aclararan todo entre ellos. Con ese pensamiento en su mente, Susan se soltó de sus brazos y le preguntó:

—¿Qué me dices sobre Ángela?

—Era simpática y resultaba una compañía agradable cuando necesitaba llevar una dama conmigo a alguna fiesta u otro lugar, pero eso fue todo —le explicó sin vacilar—. Y eso se puede aplicar a cualquiera de las mujeres que he conocido en estos últimos años.

—Me dijo que ibas a casarte con ella —insistió Susan—. Llevaba puesto tu anillo.

—La palabra matrimonio nunca se mencionó entre nosotros y, desde luego, que el anillo que llevaba no era mío —protestó, metiendo las manos en los bolsillos de sus pantalones, y mirándola con el ceño fruncido—. ¿Llegó a decirte eso Ángela?

Susan estuvo un momento pensativa y después negó con la cabeza.

—No con esas mismas palabras, pero se aseguró de que viera bien su anillo de diamantes, y me dijo que no me metiera en su territorio.

—¿Por eso te comprometiste con Trevor con tanta prisa?

—Pensé que iba a dejar que se escapara la única oportunidad que me quedaba de ser feliz, y de repente me aterrorizó la idea de tener que pasar el resto de mi vida sola —confesó, mordiéndose el labio para evitar que siguiera temblando, pero no pudo controlar las lágrimas, y comenzó a llorar—. Oh, Greg, he sido tan tonta y…

—No digas más —le interrumpió él con brusquedad, cogiéndola de nuevo en sus brazos.

—¡Pero tengo que hacerlo! Tengo que decirlo todo ahora, o nunca me sentiré en paz, así que déjame hablar…, ¡por favor, Greg!

—Si eso te hace feliz —aceptó con desgana, llevándola hasta el sofá y haciéndola sentarse junto a él de modo que pudiera recostarse con comodidad sobre su cuerpo mientras le confesaba todo.

—Hace poco mi madre me dijo que siempre he estado tan ocupada pensando en mí misma, que no me he dado cuenta de que sucedía a mi alrededor. Tengo que confesar que tenía razón. Era rebelde y una de las cosas que me atrajo de ti al principio, fue el hecho de que eras completamente opuesto a lo que mis padres querían para mí. Creo que me casé contigo para contrariarles, no me gustaba la forma de ser que entonces pensaba que tenían. Me asusté cuando decidiste seguir con los estudios después de la muerte de tu hermano. Estaba atemorizada por el cambio que se producía en ti y me inquietaba lo que podría representar para nosotros —se reclinó en sus brazos y levantó la vista para mirarle—. Al final te perdí, y en realidad no puedo culpar a nadie por ello más que a mí misma.

—¿Quieres decir que nunca me amaste?

—No, Greg —murmuró, sin poder contener las lágrimas—. Aunque estaba confundida y era una tonta, te amaba, pero ahora te amo mucho más y lo que deseo con todas mis fuerzas es unirme contigo otra vez.

—¿Para volver a utilizarme?

—No. Solo quiero amarte; te amaré el resto de mis días, me dejas.

Susan se preguntaba si él notaría el latido de su corazón, mientras la contemplaba en silencio. ¿Se daría cuenta del valor que había necesitado para ser tan sincera?

Estaba a punto de perder toda esperanza cuando en su boca apareció aquella sonrisa burlona tan familiar.

—¿Te me estás declarando?

—Es…, algo parecido, ¿no crees? —sonrió—. ¿Me vas aceptar?

—He esperado seis largos años para que me pidieras que regresara contigo —le dijo—. Así que no es muy probable que rechace.

—¡Oh, Greg! —suspiró llena de felicidad, abrazándole.

Se besaron y pasó mucho rato antes de que ninguno de ellos recuperara el suficiente control para hablar. Susan pensó que sería mejor que su madre no la viera así. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos le brillaban mucho.

—Me imagino que tendremos que casarnos otra vez —le dijo riéndose nerviosa mientras se esforzaba en arreglar un poco su apariencia.

—Eso no será necesario.

Levantó la vista sorprendida por lo que acababa de oír.

—¿Estás sugiriendo que vivamos juntos? —le preguntó.

—Hay algo que tengo que decirte, Sue —se levantó y se pasó la mano por la nuca. La preocupación y un temor desconocido hicieron que ella también se levantara. Por algún motivo contuvo el deseo de buscar la seguridad en sus brazos, y en lugar de atravesar la habitación para llegar junto a él, permaneció donde estaba, esperando a que hablara. De repente, él se volvió con brusquedad y le dijo—: Nunca nos divorciamos.

Susan sintió que todo le daba vueltas cuando escuchó esas palabras pero de alguna forma consiguió mantenerse de pie, contemplándole con ojos que reflejaban sorpresa e incredulidad.

—¿Qué has dicho? —le preguntó negándose a creer que había oído bien.

—Nunca nos divorciamos —repitió él—. No quería que me dejaras, estaba convencido de que, a pesar de todo, aún me querías, por lo que entre tu padre y yo te hicimos creer que yo había comenzado los trámites para conseguir el divorcio.

Comenzó a enfadarse al pensar que la habían engañado aquellos en quienes había confiado.

—¿Mis padres lo sabían desde el principio?

—Tu madre no —le dijo—. Tu padre y yo pensamos que sería mucho mejor que ella no lo supiera.

—¿Me mentisteis? ¿Tanto tú como mi padre? Todo lo que me dijisteis de que no tenía que presentarme en el juzgado debido a que no era necesario que fuéramos los dos, y que el documento del divorcio se encontraba guardado en la caja de seguridad de mi padre porque él quería que me olvidara de que había estado casada…, ¿todo eran mentiras?

—Me temo que sí —aceptó Greg con expresión sombría. Si no se hubiera sentido tan herida y enfadada por haber sido engañada, Susan se hubiera reído y hubiera olvidado todo, pero sentía que si ahora se reía se pondría furiosa hasta llegar a la histeria.

—Así que los dos me mentisteis, permitiéndome que hiciera el ridículo comprometiéndome con Trevor. ¡Oh, cómo os habréis divertido a mi costa!

—¡Sue, eso es mentira! —gruñó él, y sin que ella se diera cuenta del dolor y el enfado que se podía leer en sus ojos, retrocedió huyendo de las manos que la buscaban.

—¡No me toques!.

—Tienes que escucharme —le suplicó.

—Creo que ya he oído demasiado —le replicó—. ¡Y no deseo escuchar más mentiras ni de ti, ni de nadie!

—Sue, ésta es la única mentira que te he dicho, y cuando hice consideré que era por tu propio bien.

—¿Por mi propio bien? ¡Eso da risa!

—Mi teoría era correcta. No hace ni diez minutos me has dicho que aún me amas. No puedes negarlo.

—Eso fue un error —replicó, mientras le miraba furiosa ¡Nunca podría amar a un malvado mentiroso y tramposo como.

—Sé sensata, Sue —le ordenó.

—¡Estoy siendo razonable! —le gritó, perdiendo el control mientras agitaba los brazos—. ¡Si no lo fuera, ya hace, rato que te hubiera tirado algo!

Greg la cogió por los hombros, y sintió el dolor que le ocasionaba la intensa presión de sus dedos mientras la sacudía con fuerza.

—Deja de comportarte, como una niña, y vamos a sentarnos a discutir este asunto tranquilamente.

—Te puedes ir al infierno, ¿me oyes? —le gritó, golpeándole el pecho con los puños cerrados—. ¡Por mí te puedes ir al infierno.

Él la soltó repentinamente y durante varios segundos se quedaron quietos mirándose frente a frente. Susan no se podía explicar por qué se comportaba así. Quizá durante las últimas veinticuatro horas había soportado demasiada tensión pero cualquiera que fuera la causa, nada podía hacerle olvidar el hecho de que la habían engañado durante los seis últimos años.

—Parece que estaba equivocado —le dijo Greg—. Es evidente que aún no has madurado lo suficiente, y yo no tengo paciencia, ni deseos de tolerar, a una niña histérica que se niega a ver la realidad.

Sintió deseos de pegarle, pero él se marchó. Cuando oyó que su coche se alejaba, se sentó en una silla con los brazos cruzados, y poco a poco se fue tranquilizando.

Capítulo 10

A Susan se le aclararon muchas cosas que no había comprendido. Cuando supuestamente se tramitaba su divorcio, le había llamado la atención la preocupación de su padre, y también le extrañó su interés por facilitarle las cosas, pero en aquel momento se encontraba llena de dolor y temor y no le prestó mucha atención. Deseaba terminar su matrimonio con Greg con el mínimo de problemas, y molestias, y cuando su padre le ofreció hacerse cargo de la situación, se lo agradeció. En ningún momento sospechó que la estaba engañando, pues confió, ciegamente en él, ahora comprendía lo equivocada que había estado. Ésa era la razón por la que su padre estaba tan preocupado y por la que le dijo que quería hablar muy en serio con ella antes de que hiciera planes definitivos para su boda con Trevor. Sin duda, al darse cuenta de que la situación no estaba funcionando entre Greg y ella como él había esperado, había comenzado a sentir remordimientos.

Sintiendo que aumentaba su enfado, Susan se levantó y caminó sin parar de un lado a otro de la habitación. Nunca en su vida se había sentido tan furiosa, el saber que se habían burlado de ella durante todos esos años era algo que no podía soportar. La habían engañado de la forma más despreciable, y eso era algo que no podía olvidar.

Cuando Marge Brenner llegó, se encontró a Susan pálida y con expresión iracunda, recorriendo la habitación como un animal enjaulado por lo que le comentó:

—Hija, tienes una apariencia horrible.

—Me encuentro muy mal —dijo Susan deteniéndose un momento para mirar a su madre—. Esta tarde me he enterado de algo que ni siquiera tú sabes. Greg y yo nunca nos hemos divorciado, y estoy tan furiosa que podría…, ¡podría escupir sangre!

—¡Pero…, eso es imposible! Tu padre se ocupó de todo eso y él…, él no mentiría.

—Él sí me mintió —Susan lo dijo con violencia—. Todos estos años sus preocupaciones por mis asuntos han sido para encubrir el hecho de que nunca se tramitó el divorcio.

—Pero… —comenzó a decir su madre, y después se sentó pensativa sobre el brazo de un sillón—. ¡Oh, cielos! Sabía que Greg confiaba en que volveríais, así me lo comunicó la noche que tuvimos la cena en su honor, pero me pidió que no me metiera —Susan vio la preocupación en los ojos de su madre—. ¿Qué me dices sobre Trevor?

—Por fortuna, hemos roto nuestro compromiso esta mañana, y eso, me ha salvado de la humillación de tenerle que explicar que aún me encuentro legalmente casada.

—Espera a que regrese tu padre —dijo Marge con severidad—. ¡Le voy a decir lo que pienso de él!

—Eso déjamelo a mí —le replicó Susan con violencia—. Estoy ansiosa por dirigirle unas cuantas frases que no creo que olvide tan fácilmente.

Marge asintió comprensiva y se levantó, pero se detuvo antes de llegar a la puerta.

—Voy a cambiarme, y dentro de media hora cenamos. No sé cuándo llegará tu padre.

Susan había estado demasiado furiosa como para pensar en la comida, pero las palabras de su madre le hicieron recordar que desde el día anterior, solo había tomado un café y un bocadillo. Había estado demasiado ocupada como para pensar en la comida.

Se sentó a cenar con su madre, pero apenas se daba cuenta de lo que estaba haciendo. Sentía sus nervios en tensión y le costaba trabajo masticar. El enfado y una profunda amargura habían borrado su sentido común, y como resultado de ello su mente estaba fija en un solo pensamiento. La habían engañado cruel y despreciablemente. No podía explicarse por qué le había dado tanta importancia, pero se sentía profundamente herida.

Ya eran más de las siete cuando Marge entró en el dormitorio de Susan para decirle que su padre había regresado de la oficina.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Susan con brusquedad. Su madre pareció vacilar y después le informó:

—En su despacho.

—Gracias.

—Susan —Marge la detuvo cuando ya salía de la habitación—, no seas demasiado dura con él, está muy preocupado.

—Eso dependerá de las respuestas que me dé.

Richard Brenner estaba sentado en su escritorio con la cabeza entre las manos cuando Susan entró en su despacho.

—Me alegro de verte —le dijo cuando levantó la vista y la vio—. Hay algo que quería discutir contigo en privado y que ya no puedo demorar más.

Susan sonrió con cinismo.

—¿Tiene algo que ver con el hecho de que erróneamente todos estos años he pensado que estaba legalmente divorciada?

—Te lo ha dicho Greg.

—¿Pensabas que no lo haría? —le preguntó ella enfadada.

—No pensé que te lo contara tan pronto. Esta mañana, cuando te asustaste por la seguridad de Greg, comprendí que uno de los dos te tendría que confesar la verdad.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me mentiste?

—Greg no quería divorciarse, y estaba convencido de que en el fondo tú tampoco lo deseabas. Por lo tanto decidimos llevar a cabo un pequeño engaño para que los dos tuvierais tiempo de pensar y decidiros —suspiró, e hizo un gesto expresivo con sus manos—. En ese momento no imaginé que esa situación duraría tantos años.

—¿Qué pensabas de que yo creyera que estaba legalmente divorciada? —le reclamó enfadada—. ¿No se te ocurrió qué yo pudiera conocer a alguien? ¿Qué hubieras hecho si hubiese insistido en casarme con Trevor?

—Por supuesto que te hubiera revelado la verdad, y tendrías que haber esperado a conseguir el divorcio para casarte —le replicó con esa tranquilidad y control por el que había conseguido llegar a ser el director general de la mina, pero su calma le enfureció.

—¡Qué fácil lo ves todo! —le contestó con sarcasmo—. ¿Qué me dices de mis sentimientos sobre este asunto? Y, ¿qué opinas de la vergüenza que hubiera pasado?

—No sé para qué sigues con todo esto, cuando esta mañana todo el mundo se ha dado cuenta de lo que sientes por Greg —protestó su padre, refiriéndose al momento en que se había desmayado al enterarse de que Greg estaba a salvo.

—Eso fue antes de que supiera lo mentirosos que habéis sido los dos —comentó en tono acusador—. ¡Tal como me encuentro ahora, no creo que quiera volver a verle nunca más!

Richard permaneció silencioso por un instante, mientras la miraba, y después le preguntó:

—¿Dejarías escapar tu felicidad por algo que Greg y yo hicimos pensando que era la mejor solución para el problema en aquel momento?

—Teniendo en cuenta que se trataba de mi vida, creo que lo menos qué pudisteis hacer fue consultarme —le replicó con frialdad.

—Si le hubieras amado lo suficiente hace seis años, nunca habrías pensado en dejarle, en un momento como ése.

El enfado de Susan fue desapareciendo poco a poco.

—¡Oh, no! —gimió, dejándose caer en la silla que había detrás de ella.

Comenzó a llorar por el remordimiento. Hacía seis años se había comportado como una tonta, y ahora se acababa de comportar como una tonta aún mayor.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó Richard, ofreciéndole su pañuelo.

—Ahora estoy peor que antes —le confesó secándose las lágrimas y sonándose la nariz con el pañuelo.

—Me parece que no le diste a Greg la oportunidad de que te explicara todo —observó su padre.

—Perdí el control y lo eché todo a perder —le confesó, presionando el pañuelo contra sus ojos cuando las lágrimas amenazaron con salir de nuevo.

—¿Quieres que te dé un consejo? —le preguntó él, levantándose e inclinándose cerca de ella, y cuando hizo un gesto afirmativo le dijo—: Vete a ver a Greg y arregla la situación tan pronto como puedas.

—No sé dónde estará.

—Está en su apartamento.

Susan levantó la vista mirándole con suspicacia.

—¿Cómo lo sabes?

—Dejó un mensaje comunicando que si se presentaba alguna emergencia y se le necesitaba, que allí le encontrarían.

—¿Y si se niega a recibirme? —le preguntó, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo y frunciendo el ceño.

—Sería extraño que un hombre esté seis años confiando en que su esposa regrese a él y que la rechace cuando lo haga.

Por un instante Susan pensó en eso, y después suspiró y murmuró temblorosa.

—Confío en que tengas razón.

Susan permaneció sentada en su coche junto al edificio donde vivía Greg, y le costó varios minutos reunir el valor suficiente para entrar y coger el ascensor hasta su apartamento, pero cuando se encontró frente a la puerta aún sintió esa sensación de cobardía.

¿Y si Greg ya se había cansado? ¿Habría acabado con todas sus oportunidades con su comportamiento? Solo había una forma de averiguarlo y ésa era entrar e investigar, se dijo a sí misma, y respirando profundamente, oprimió el timbre que estaba junto a la puerta.

Se quedó allí parada contemplando la puerta sin expresión alguna en el rostro, meditando en lo que diría, y cuando ya lo tenía pensado se abrió la puerta y se encontró frente a frente con su esposo. Su mirada la recorrió, haciendo desaparecer la poca confianza que había conseguido reunir, y comenzó a preguntarse si habría sido una buena idea ir a hacer las paces con él.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó con brusquedad, haciéndole olvidar por completo el discurso que había ensayado mientras la cogía por la muñeca y la hacía entrar en el apartamento sin ninguna ceremonia.

—¿Qué…, qué quieres decir? —tartamudeó mientras él cerraba la puerta y cogía de sus manos el bolso que llevaba.

—Has necesitado cuatro horas para calmarte y recobrar el sentido común —le reclamó irritado—, ¡y la angustia que me has hecho pasar esperándote es suficiente como para desear darte una paliza!

Susan retrocedió alejándose de él y el enfado fue la única defensa que tuvo.

—Cómo te atreves a tocarme, Greg Delaney yo te…, yo te…

—¿Qué harás? —le preguntó con brutalidad cuando ella comenzó a tartamudear confusa, y después la cogió por los hombros y la acercó hacia él con tal fuerza que la dejó sin aliento.

Desapareció todo su deseo de discutir con él cuando sus miradas se encontraron, y de repente comprendió que solo con sinceridad y humildad saldrían de esa crisis.

—Sé que merezco cualquier castigo en que puedas pensar, pero te prometo que nunca más me comportaré como una niña tonta e histérica —le dijo en un murmullo, mientras sus dedos jugaban con los botones de su camisa—. ¿Me perdonas?

Durante varios segundos Greg continuó contemplándola y después sintió cómo la cogía en sus brazos de tal forma que mostraba una falta de preocupación por su cuerpo delgado y frágil. Su boca era exigente, cogiendo todo lo que ella podía darle y más. Susan se apretó contra él riéndose, débil y sumisa.

—Te perdonaré todo —expresó cuando al fin retiró su boca de la suya para besarla por el cuello—. Te doy mi palabra.

Se besaron una y otra vez. Se acariciaron, pero aún había demasiado por explicar y ambos lo sabían.

—Pienso que lo mejor será que aclaremos todo, para evitar que en el futuro pueda haber más incomprensiones —comentó con voz ronca cuando al fin se apartó un poco de ella, pero sin tratar de disimular el deseo que se leía en sus ojos.

—¿Por qué has esperado tanto antes de volver a mí de nuevo? —le preguntó Susan cuando se sentó en el sofá, segura y feliz junto a él.

—Por mi orgullo —le confesó, rozando su mejilla contra la de ella y aspirando el suave aroma de su perfume—. Te amaba y te deseaba, pero había decidido que tú tendrías que dar el primer paso.

Se dibujó una sonrisa maliciosa en su boca.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—Un hombre no puede vivir siempre de sueños —explicó, pasándole los dedos por entre el cabello, y dándole un beso en la punta de la nariz—. Al principio estaba muy ocupado con los estudios, y había decidido no desperdiciar el dinero de la compañía, y después, luchando para ascender de ayudante de geólogo pero sabía que no podría seguir así siempre. Está bien soñar, pero la realidad de tenerte entre mis brazos es mucho más satisfactoria.

—Oh, Greg, hemos perdido todos estos años —suspiró ella, apoyando su rostro contra su cuerpo para ocultar las lágrimas—. Si esta tarde me he enfadado tanto ha sido debido a que vuestro engaño nos hizo perder todos estos años de felicidad, que podíamos haber compartido.

Él le levantó el rostro, y mientras le limpiaba las lágrimas con el dedo pulgar le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Creía que estábamos divorciados y que eso había sido algo que tú deseaste tanto como yo. Con el tiempo me convencí a mí misma de que ya no nos amábamos, pero…

—¿Pero? —le preguntó él, mirándola fijamente.

—Nunca hubiera tratado de apartarte de mi vida durante tantos años si hubiera sabido que aún estábamos casados y que me querías —le temblaban los labios y él vio la expresión de dolor en sus ojos—. ¡Oh, Greg si mi padre y tú hubierais sido sinceros en aquel momento, y si me hubieses obligado a tener un poco de sentido común en lugar de dejarme hacer lo que quería!

—Llegué a temer que si sabías la verdad solo conseguiría que te apartaras más de mí, por lo que permanecí alejado y esperé confiando en que algún día algo nos acercaría de nuevo.

—En realidad todo ha sido culpa mía —murmuró ella, y después volvió a apoyar su rostro sobre su pecho.

—También yo tengo bastante culpa —insistió él—. Como acabas de decir, hace tiempo que debía haber regresado y hacerte entrar en razón.

Susan sonrió, y durante un rato se olvidaron de todo excepto de la necesidad que sentían el uno del otro. Los botones de su vestido se abrieron sin ninguna resistencia y la provocativa incitación de sus labios y sus manos encendió un fuego dentro de ella que la hizo temblar ante la fuerza de sus intensas emociones.

—¿Qué vas a hacer cuando termines el trabajo en Western Ridges? —le preguntó cuando la dejó respirar un momento.

—Me han ofrecido un trabajo como profesor de geología en la universidad.

—¿Quieres dejar la industria minera? —le preguntó sorprendida, pero sin dejarle ver el alivio que sentía al pensar que no pasaría el resto de su vida rondando por las profundas cavernas de una mina.

—Ya estoy cansado de minas —murmuró, descendiendo sus labios para besarla, pero ella le obligó a mirarla.

—¿Vas a aceptar esa oferta? —le preguntó contemplando la expresión de su rostro.

—Eso depende de ti —le dijo, con aquella burla tan familiar.

—¿De mí?

—¿Crees poder soportar que tu esposo sea un profesor pedante y estirado?

—Creo que podré soportar cualquier cosa siempre que estemos juntos, para combatir lo que nos depare el futuro.

—¡Eso era todo lo que necesitaba saber!

—No todo, Greg —le interrumpió deteniéndole de nuevo—. Tengo que confesarte que estoy avergonzada por la forma en que te abandoné y confío, en que me hayas perdonado.

—Te amo —le dijo respirando profundamente, y haciéndola recostarse en el sofá.

—Dímelo otra vez, mi amor —murmuró ella—. Repíteme que me amas para poder creerlo.

—Te amo, amo a esta loca y confundida bruja —comentó con una voz que vibraba por la emoción—, y espero que comprendas que no voy a permitir que regreses a casa de tus padres.

—Confiaba en que así lo hicieras —le confesó con una ligera risa provocativa mientras deslizaba sus manos dentro de su camisa para sentir contra la palma de sus manos el ritmo rápido de su corazón, y añadió—: Tengo todo…, todo lo que puedo necesitar…, en esa bolsa de lona que he traído.

La risa de Greg era un ligero murmullo que salía de su garganta mientras se levantaba y la cogía en sus brazos para llevarla hasta el dormitorio murmurando junto a su oído:

—Creo que voy aceptar ese trabajo como profesor. ¿Qué necesidad tengo de oro cuando todo el oro que necesito lo tengo aquí en mis brazos?

Aquellas palabras permanecieron en la mente de Susan mucho después de que él la llevara hasta las alturas llenas de las estrellas del éxtasis. Era como una sinfonía que escuchaba repetidas veces dentro de su mente, y su música le llenó el corazón y el alma haciendo que se despidiera de aquel vacío que había sido su compañero durante tanto tiempo; mientras se quedaba dormida rogó que Greg nunca tuviera necesidad de volver a esperarla.

Fin